

**PLAZA Y VALDÉS
EDITORES**
Con más de 1000 obras
sobre:
Administración pública
Agricultura
Antropología
Arte
Ciencia / tecnología
Ciencias sociales
Cine
Comunicación
Derecho
Ecología
Economía
Educación
Ensayo
Filosofía
Género
Geografía
Historia
Lingüística
Metodología
Narrativa
Periodismo
Poesía
Política
Psicología
Religión
Salud
Sociología
Teatro
Trabajo social
Urbanismo

*
Editorial académica

¿Por qué llama la atención hacer una investigación acerca de un comunista italiano, disidente del estalinismo, crítico de la versión positivista del mismo, crítico de la forma de partido contenida en el ¿Qué hacer?, de Lenin, en plena época del neoliberalismo? ¿Por qué hacerlo cuando el neoliberalismo pareciera haber apagado toda idea de revolución o de sociedad alternativa al capitalismo? Porque el neoliberalismo ya ha pasado por dos grandes crisis, la de 1995 y, sobre todo, la de 2008-2009, que mostraron que era falsa su concepción de reducir la sociedad al mercado, a pesar de la globalización y la apertura de las economías. No obstante, esta etapa del capitalismo avanzado creó un nuevo contexto, en el que la clase trabajadora, en general, no ha logrado establecer alternativas teóricas de sociedad, ni sus acciones limitadas han apuntado hacia alguna en particular, fuera de la mera resistencia a perder en salarios, empleo o condiciones de trabajo.

En este contexto tan desfavorable para los trabajadores es cuando creemos que le relectura de la perspectiva obrerista podría ayudar a ordenar los términos de la discusión acerca de posibles estrategias del movimiento obrero.

En las actuales condiciones, reducir la lucha obrera, cuando la hay, al terreno de la circulación, es contribuir al sometimiento de los trabajadores a la lógica del capital, para no afectar la inflación ni la competitividad de las empresas. Al mismo tiempo, los partidos políticos, incluyendo los de izquierda, han optado por la intervención institucional en el sistema político (elecciones, leyes), ya no se discute ampliamente el papel de un partido de los trabajadores en ámbitos diferentes a los institucionales de este nuevo capitalismo, el concepto de partido instrumento podría ayudar a rediscutir este tema clásico del marxismo. Finalmente, la crítica de Panzieri al positivismo marxista puede extenderse a todo positivismo y a la teoría de sistemas sin sujetos, en un reforzamiento de una visión marxista de la realidad como articulación entre sujeto y objeto.

Enrique de la Garza Toledo, México, 2021

ISBN: 978 607 8624 92 8



9 786078 624928

P Y V

**RANIERO PANZIERI, ORÍGENES DEL OBRERISMO ITALIANO:
CONTROL SOBRE EL PROCESO DE TRABAJO, SINDICATO,
PARTIDO Y ESTRATEGIA DEL MOVIMIENTO OBRERO**

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO

RANIERO PANZIERI, ORÍGENES DEL OBRERISMO ITALIANO: CONTROL SOBRE EL PROCESO DE TRABAJO, SINDICATO, PARTIDO Y ESTRATEGIA DEL MOVIMIENTO OBRERO

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO



Enrique de la Garza Toledo

Es Doctor en Sociología por El Colegio de México, Postdoctorado en las Universidades de Warwick, Inglaterra, Berkeley, California, Cornell y la Universidad de Texas, con estancia de Investigación en la Universidad de Roma, Italia, Barcelona, España, Evry, Francia. Es Profesor Investigador Titular C de tiempo completo en el Doctorado en Estudios Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana y fundador del mismo; Profesor Distinguido de dicha Universidad; miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel III e investigador Emérito del SNI (máximos reconocimientos que otorga el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología a un investigador).





RANIERO PANZIERI, ORÍGENES DEL OBRERISMO ITALIANO.
CONTROL SOBRE EL PROCESO DE TRABAJO, SINDICATO, PARTIDO
Y ESTRATEGIA DEL MOVIMIENTO OBRERO



**Raniero Panzieri,
Orígenes del Obreroismo Italiano.
Control sobre el Proceso de Trabajo,
Sindicato, Partido y Estrategia
del Movimiento Obrero**

**Selección, Introducción y traducción de
Enrique de la Garza Toledo**



Primera edición: enero de 2021

D.R. © Enrique De La Garza Toledo

© Plaza y Valdés S. A. de C. V.
Alfonso Herrera #130, int. 11,
Colonia San Rafael
06470, Ciudad de México
Teléfono: 5550972070
e-mail: coediciones@plazayvaldesmexico.com
www.plazayvaldes.com.mx

Plaza y Valdés S.L.
Calle Murcia, 2. Colonia de los Ángeles
Pozuelo de Alarcón 28223, Madrid, España
Teléfono: 91 8126315
madrid@plazayvaldes.com
www.plazayvaldes.es

Formación tipográfica: Claudio Martínez Martínez

ISBN: 978-607-8624-92-8

Impreso en México / *Printed in Mexico*

El trabajo de edición de la presente obra, fue realizado en el taller de edición de Plaza y Valdés, ubicado en el Reclusorio Preventivo Varonil Norte en la Ciudad de México, gracias a las facilidades prestadas por todas las autoridades del Sistema Penitenciario, en especial, a la Dirección Ejecutiva de Trabajo Penitenciario.

Contenido

Prefacio: Actualidad de la obra de Panzieri	11
Capítulo I	
La herencia de Raniero Panzieri	17
Panzieri, revolucionario italiano	17
El contexto histórico de la ruptura de Panzieri . .	21
La renovación del marxismo en la obra de Panzieri	26
Del análisis del proceso de trabajo a la táctica obrera y a la concepción del socialismo	41
El uso socialista de la investigación obrera y la idea de partido y control obrero	44
La herencia de Raniero Panzieri	47
Capítulo II	
Acerca del uso capitalista de las máquinas en el neocapitalismo	55
Las transformaciones técnicas y organizativas del capitalismo y las interpretaciones objetivistas.	59

Consumos y tiempo libre	69
El control obrero en una perspectiva revolucionaria	72
Capítulo III	
Luchas obreras en el desarrollo capitalista	83
Capítulo IV	
Plusvalía y planificación; apuntes de lectura de <i>El Capital</i>	113
Plusvalía y plan en la producción dirigida	117
Las tendencias históricas del capitalismo hacia la superación de la competencia	130
La planificación capitalista en la producción social en su conjunto	137
Capítulo V	
Siete tesis sobre la cuestión del partido de clase	159
Sobre el problema del tránsito del capitalismo al socialismo	159
La vía democrática al socialismo es la vía de la democracia obrera	165
El proletariado se educa a si mismo construyendo instituciones	166
Acerca de las condiciones actuales del control obrero	168
El sentido de la “unidad clase” es la cuestión de la relación entre luchas parciales y objetivos generales	170
El movimiento de clase y el desarrollo económico.	171

Aclaraciones acerca de problema del control obrero: un debate con L'Unita	174
Capítulo VI	
Trece tesis acerca de la cuestión del partido de clase	177
Las experiencias de la social-democracia alemana, el reformismo y la ilusión parlamentaria	177
Una condición objetiva: el ciclo ascendente del capitalismo	181
El leninismo: el partido y el problema del poder del Estado.	183
El socialismo italiano: las tendencias revolucionarias y el maximal-reformismo	187
La ideología y la primera condición de la existencia de un partido de clase	194
La naturaleza y las tareas del partido nacen de la lucha en contra de la amenaza integrista.	197
El papel de los trabajadores en la vida del partido	200
Acerca del congreso, las corrientes y las garantías de una real democracia interna	202
La necesidad de una política orgánica de cuadros.	208
Acerca de la incompatibilidad de las tareas de dirección	209
Acerca de los instrumentos organizativos del partido: las secciones y los NAS	211

Sobre la naturaleza y la función de un periódico de clase.	216
El partido reconoce la autonomía de la cultura y prepara los instrumentos de realización de la misma	218
Capítulo VII	
El uso socialista de la investigación obrera	221

Prefacio: Actualidad de la obra de Panzieri

¿Por qué llama la atención hacer una investigación acerca de un comunista italiano, disidente del estalinismo, crítico de la versión positivista del mismo, crítico de la forma de partido contenida en el *¿Qué hacer?*, de Lenin, en plena época del neoliberalismo? ¿Por qué hacerlo cuando el neoliberalismo pareciera haber apagado toda idea de revolución o de sociedad alternativa al capitalismo? Porque el neoliberalismo ya ha pasado por dos grandes crisis, la de 1995 y, sobre todo, la de 2008-2009, que mostraron que era falsa su concepción de reducir la sociedad al mercado, a pesar de la globalización y la apertura de las economías. No obstante, esta etapa del capitalismo avanzado creó un nuevo contexto, en el que la clase trabajadora, en general, no ha logrado alternativas teóricas de sociedad, ni sus acciones limitadas han apuntado hacia alguna en particular, fuera de la mera resistencia a perder en salarios, empleo o condiciones de trabajo. Ese nuevo contexto ha implicado profundas reestructuraciones productivas –sobre todo la

revolución informacional, aunque ésta se presenta de manera desigual entre grandes corporaciones; empresas nacionales, grandes, medianas, pequeñas y micro. Asimismo, significó un cambio profundo en la forma del Estado en la economía y benefactor, a otro que se desprende de sus empresas productivas, desregula sin llegar a cero, reduce la seguridad social y privatiza la educación, aunque interviene en favor de esas grandes corporaciones al cambiar leyes laborales, con su política laboral proclive a la flexibilización del trabajo.

En este contexto neoliberal se han reducido los espacios de acción sindical: la reestructuración productiva y de la circulación de las mercancías ha provocado cambios profundos en el concepto de trabajo, con un incremento, que venía de antes, en el sector de los servicios, en la subcontratación y en extensión de los límites de las empresas, no definidos únicamente por la propiedad de las acciones, sino por quién ejerce el control de la producción o la circulación.

Es decir, el ámbito de los procesos de trabajo, con su precarización y pérdida de control de los sindicatos sobre los mismos, se ha vuelto central en esta gran transformación. Este ámbito para el capital se presenta con grandes incertidumbres, a pesar del enamoramiento respecto a la flexibilidad del trabajo, sigue sin quedar claro si a mayor flexibilidad corresponde mayor productividad y, en este sentido, cuáles son las determinantes de la productividad, relacionado esto con cuáles son los límites de la empresa. En estas condiciones, los sindicatos que en algunas de sus vertientes buscaban el cambio del capitalismo hacia una sociedad diferente se han replegado: unos se han refugiado en la simple resistencia para no perder en salarios, empleo o condiciones de trabajo, es decir, de clasistas se han convertido en sindicatos de la circulación –para usar la expresión de Panzieri, un sindica-

PREFACIO: ACTUALIDAD DE LA OBRA DE PANZIERI

lismo que pone en el eje de su acción las condiciones de compra venta de la fuerza de trabajo. En otra vertiente del sindicalismo, los corporativos de Estado –aliados con el Estado para intercambiar apoyo político a estos por mejores leyes y condiciones de trabajo. Ante el cambio de forma del Estado en el neoliberalismo, este sistema de intercambios se ha reducido sustancialmente, transitando a veces estos sindicatos del privilegio de la relación con el Estado a la subordinación pasiva con la gerencia, para aumentar la productividad y la calidad de los bienes y servicios. Es decir, ha quedado en el pasado la tradición del movimiento obrero de luchas por el control de las decisiones en el proceso de trabajo: que fue la tradición de los consejos de fábrica, de los que Gramsci expresaba que la clase obrera (a inicios de los años veinte en algunos países europeos) se había levantado ocupando las fábricas, no impulsada por la huelga o por el hambre, sino por controlar sus condiciones de trabajo. En este sentido, ni siquiera se han desarrollado en esta época en América Latina las perspectivas socialdemócratas de la cogestión, por la cual los sindicatos son considerados como socios de la empresa y participan en el consejo de administración de las mismas; tampoco la forma japonesa patronal de “sindicatos de la casa”, que participan en el proceso de producción como si fueran parte del departamento de personal de la empresa, para mejorar productividad y calidad. En todo caso, ha sido el surgimiento del corporativismo de empresa, como sindicato que se subordina a la gerencia, sin tomar parte en las decisiones de la producción, sino aceptando restricciones al trabajo en aras de conservar una parte de los salarios y del empleo.

En este contexto tan desfavorable para los trabajadores es cuando creemos que la relectura de la perspectiva obrerista

podría ayudar a ordenar los términos de la discusión acerca de posibles estrategias del movimiento obrero. El obrerismo primario de Mallet en Francia, fue el que planteó inicialmente que la clase obrera no era un sujeto-objeto homogéneo, por el solo hecho de vender fuerza de trabajo al capital, sino que había que añadir en su análisis las características de los procesos de trabajo, logrando una nueva periodización del capitalismo, basada en los cambios en los procesos de trabajo y sus impactos en la transformación de los sujetos obreros: obrero de oficio, obrero masa, obrero de procesos automatizados. Cada uno de estos con diferentes potencialidades de organización, de generar proyecto, de acción colectiva. Panzieri, dentro de lo que era una nueva perspectiva en el marxismo, acuñó al respecto el concepto de composición de clase, técnica (de acuerdo a la división del trabajo en la fábrica), social (conforme a sus espacios de reproducción de la fuerza del trabajo y política (por sus tradiciones de lucha y de organización). Con esto Panzieri buscaba superar la perspectiva marxista de que la clase en sí estaba definida por su situación estructural de empleada del capital y clase para sí como aquella con conciencia de clase, para plantear un panorama más complejo en cuanto a que la clase se define no solo por su situación estructural sino por formas de conciencia y acción, lo que rebasaba la dicotomía entre falsa y verdadera conciencia. En esta media, para Panzieri, la posible hegemonía de la clase obrera o de una de sus fracciones no quedaba autodefinida por su situación estructural, sino que se construye en la práctica. Lo anterior se dio en consonancia con la ruptura de este comunista con estalinismo, siendo uno de los críticos de la época de cómo se construía el socialismo real; también criticó a la concepción leninista del partido, que llamó la del “partido guía”, es

PREFACIO: ACTUALIDAD DE LA OBRA DE PANZIERI

decir, aquel que por su conocimiento de la teoría marxista es capaz de decir a la masa el “qué hacer”. Le contraponen la concepción de “partido instrumento” de los trabajadores, con una función más que teórica (la teoría no puede predecir el futuro, solo señalar potencialidades), epistemológica (partido que sirve de epistemólogo colectivo para que los trabajadores construyan sus estrategias). Asimismo, criticó el que los sindicatos comunistas se hayan convertido en sindicatos de la circulación, el centro de su acción estaba en la compra venta de la fuerza de trabajo, y hayan olvidado tareas revolucionarias de subversión del capitalismo. En particular de luchar por el control de los procesos de trabajo en las empresas, no para volverse socios del capital como en la cogestión alemana, sino como escuelas de comunismo, de lo que puede ser la futura sociedad.

Lo anterior resultó en Panzieri de una relectura –antes de Braverman– de la sección IV de *El Capital*, en la cual Marx plantea que el capital, para cumplir su misión de explotación en el nivel de la valorización, tiene que dominar al trabajo en el proceso de trabajo. Es decir, el nivel del proceso de trabajo lo es de lucha por el control del mismo cotidianamente y con ellos puede ser un espacio interno de lucha política por el poder proletario. Convertir al proceso de trabajo en un espacio de lucha de clases, es una de las novedades teóricas y tácticas de Panzieri o, en sus palabras, de cómo el capital variable puede convertirse en movimiento obrero autónomo. Lo anterior implicó una disputa más abstracta que entabló Panzieri, en contra del positivismo marxista, que lo llevó al plano de la epistemología a través del método de la coinvestigación de los militantes con los trabajadores.

En las actuales condiciones, reducir la lucha obrera, cuando la hay, al terreno de la circulación, es contribuir al

RANIERI PANZIERI, ORIGENES DEL OBRERISMO ITALIANO

sometimiento de los trabajadores a la lógica del capital, para no afectar la inflación ni la competitividad de las empresas. Al mismo tiempo, los partidos políticos, incluyendo los de izquierda, han optado por la intervención institucional en el sistema político (elecciones, leyes), ya no se discute ampliamente el papel de un partido de los trabajadores en ámbitos diferentes a los institucionales de este nuevo capitalismo, el concepto de partido instrumento podría ayudar a rediscutir este tema clásico del marxismo. Finalmente, la crítica de Panzieri al positivismo marxista puede extender a todo positivismo y a la teoría de sistemas sin sujetos, en un reforzamiento de una visión marxista de la realidad como articulación entre sujeto y objeto.

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO
México, CDMX, 2020

Capítulo I

La herencia de Raniero Panzieri

Enrique De la Garza Toledo

Panzieri, revolucionario italiano

Raniero Panzieri nació el 14 de febrero de 1921 en Roma. Durante el fascismo no pudo inscribirse en la universidad estatal por ser de origen judío, e ingresó a la Universidad del Vaticano donde estudió filosofía, economía y en especial a los clásicos del marxismo.

Durante los años de la II Guerra Mundial entra en contacto con la izquierda socialista en la clandestinidad. En 1945 se gradúa en jurisprudencia en la Universidad de Urbino y, en ese mismo año, se afilia al Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria (PSIUP), de donde surge posteriormente el Partido Socialista Italiano (PSI). En 1946, Panzieri pasa a formar parte de la redacción de *Socialismo*, la revista del partido, y funge también como secretario del Instituto de Estudios Socialistas. En 1948 aparece como director de la revista *Estudios Socialistas*.

Al año siguiente obtiene la cátedra de filosofía del derecho en la Universidad de Messina, donde inicia un estudio profundo de la obra Marx. A la par, traduce al italiano el segundo tomo de *El Capital* y juega un papel central en las luchas de los campesinos socialistas por la ocupación de la tierra en el sur de Italia. En 1951 se le encomienda la dirección de prensa y propaganda del PSI y es electo miembro de la dirección nacional. En 1953 es electo miembro del Comité Central, y dos años más tarde deja la dirección de prensa y propaganda para encargarse de la sección cultural del partido. A partir de esta posición y en el contexto del XX Congreso del PCUS, Panzieri desarrolla su crítica a la línea política del PSI. En ese mismo año comienza a intervenir en la revista teórica del partido, *Mondo Operaio* fundamentalmente con temas culturales.

1956 es el año del XX Congreso del PCUS, de la intervención soviética en Hungría, del levantamiento obrero en Berlín, es decir, de la apertura de un proceso general de crisis en el movimiento comunista internacional. El impacto que estos acontecimientos provocan en Panzieri es verdaderamente profundo.

La crisis del movimiento comunista internacional toma cuerpo inicialmente en Panzieri bajo el planteamiento de preservar la autonomía intelectual y del conocimiento democrático frente a los partidos, en el sentido de autonomía de investigación al interior de la organización partidaria; todo ello como garantía para lograr procesos honestos de verificación de las líneas políticas. Esta reivindicación se convierte en Panzieri en una propuesta de reescritura de la historia del movimiento obrero, partiendo de la crítica a la tradición estalinista e intentando reconsiderar las verdaderas tradiciones de la clase proletaria.

LA HERENCIA DE RANIERO PANZIERI

En 1957 Panzieri es electo codirector de *Mondo Operaio* y desde este foro busca estimular en el partido un examen crítico de la línea política del mismo, en continua confrontación con las exigencias de la lucha de clases. Los temas que Panzieri privilegia en este momento son los de la democracia directa, los consejos obreros, el soviétismo, la situación de la lucha de clases y la historia del movimiento obrero.

En el primer número de *Mondo Operaio* publicado en enero de 1958, aparece el artículo de Panzieri “El control obrero en el centro de la acción socialista”, que constituye uno de los intentos más importantes del momento por desmitificar la estrategia reformista al interior de los partidos de izquierda. El debate acerca del control obrero se convierte en el centro de confrontación entre estrategias incompatibles al interior del partido, y Panzieri sufre el aislamiento político. En 1959 abandona la dirección de *Mondo Operaio* y se traslada a Turín iniciando uno de los periodos más intensos de relación con el movimiento obrero al margen del partido.

Vinculado a los militantes de izquierda del PSI y del Partido Comunista Italiano (PCI), Panzieri trabaja sobre la hipótesis de la reactivación de la lucha obrera en la FIAT, al tiempo que entra en comunicación con otros intelectuales con los que comparte inquietudes semejantes a las suyas como Foa, Tronti, Negri y otros. Este grupo de intelectuales sostenía, en este tiempo, un centro de discusión y análisis que posibilitaba el trabajo político autónomo respecto de los partidos. Es entonces cuando Panzieri propone la creación de un órgano de investigación que fuese canal de intervención política, teniendo como eje el esclarecimiento de las condiciones materiales y de conciencia de la clase obrera en la Italia de su tiempo y el enfrentamiento contra las ideologías del integrismo.

En 1960 Panzieri logra establecer una compleja red de relaciones con militantes de base de los partidos, sindicatos y activistas independientes de izquierda. Específicamente, establece contactos con la base obrera joven que participa en las luchas de fábricas y *Quaderni Rossi* es el resultado inmediato de las actividades desarrolladas por Panzieri y su grupo entre el otoño de 1960 y el de 1961. Esta revista nace en octubre de 1961 y trata de incidir en el movimiento obrero más en el aspecto cultural que en el organizativo.

La lucha obrera en la FIAT se convierte en un campo de prueba y de confrontación máxima entre *Quaderni Rossi* y los partidos y sindicatos de izquierda. Esta polarización tiene consecuencias importantes en las relaciones de base que la revista había establecido, destacándose entre ellas el alejamiento de muchos cuadros sindicales y partidarios. Las dificultades que *Quaderni Rossi* tiene para continuar una relación de exterioridad y, a la vez, de vinculación con partidos y sindicatos, abre una crisis en la revista, configurándose así dos tendencias en su seno que tienen como punto de discrepancia el carácter y tipo de relaciones que *Quaderni Rossi* debe tener con los partidos y sindicatos, así como también el propio carácter de la iniciativa emprendida por Panzieri.

Una tendencia planteaba convertirse en partido, mientras que la otra proponía permanecer en el plano político-cultural. Finalmente, el grupo de *Quaderni Rossi* se escinde en agosto de 1963, aunque la revista continúa bajo la influencia de Panzieri con sus relaciones partidarias, sindicales y obreras. Mientras tanto, Panzieri empieza a trabajar su tesis respecto al uso de la investigación obrera, la que tiene detrás no sólo un trasfondo científico epistemológico, sino que también hunde sus raíces en las polémicas acerca del papel del partido y de cómo la clase obrera deviene sujeto de la revolución.

Panzieri no pudo desarrollar esta línea de investigación ya que muere, intempestivamente, en octubre de 1964 a la edad de 43 años.

El contexto histórico de la ruptura de Panzieri

La ruptura panzeriana con el movimiento comunista internacional se inscribe en el contexto de dos vertientes críticas. En el campo de las relaciones internacionales y del predominio de la unidad del movimiento comunista internacional en torno a la Unión Soviética, por un lado, y por otro, el gran trauma de las revelaciones del XX Congreso del PCUS y la posterior ruptura chino-soviética.

Para la intelectualidad comunista y de la izquierda socialista, el estalinismo no solo había significado la unidad política, sino también el modelo de socialismo a seguir y la unidad del pensamiento marxista. Cuando en el XX Congreso, Nikita Jruschov denuncia los crímenes de Stalin se abre la posibilidad no sólo del derrumbe de un hombre que simbolizó el marxismo y estuvo en el centro de las organizaciones marxistas en el ámbito mundial, sino también del cuestionamiento de una forma de construir el socialismo. Esta crisis permitió que la codificación del marxismo realizada por la Academia de la URSS, de cuyas sistematizaciones abrevaron los comunistas del mundo, no quedara fuera de toda sospecha, pues cabía suponer que estuviese contaminada de los mismos vicios que se descubrían en su padre tutelar.

La crisis del estalinismo y la legitimidad de su crítica apuntan también a la posibilidad de que el socialismo de Estado construido en la URSS no fuese pensado como la única

alternativa de sociedad socialista y que los vicios de aquel no fuesen producto fundamentalmente de una dirección autoritaria, sino de la propia concepción del partido guía, depositario de la conciencia proletaria, que pasó a convertirse en Estado-guía después de realizada la revolución. Estado suplantador del proletariado que se sitúa sobre él, lo domina y lo controla.

La posibilidad de la crítica al partido-guía, depositario de la conciencia de clase, cuestionando varias décadas antes por la izquierda de la socialdemocracia—Luxemburgo, Korsch, Panekoek—, abre un nuevo capítulo en la desestalinización. Detrás de este problema, el de la función del partido en el proceso de constitución del proletariado en sujeto de la revolución, se esconden problemas de no menor fondo en otro orden de cosas. En los planos filosófico y epistemológico, está el problema de la relación entre teoría y realidad y del grado en que dicha realidad puede ser captada por el cuerpo profesional de intelectuales conformadores del partido-guía. Además, el repensar la relación marxista entre teoría y praxis buscando trascender la visión positiva de la verificación (en cuanto a un uso deductivo de la teoría acumulada y no de reconstrucción de ésta). En suma, se posibilitaba la reapropiación de la concepción marxista de la realidad en movimiento y de ésta como articulación entre objetividad y subjetividad, así como de las consecuencias metodológicas que tienen detrás estos presupuestos del materialismo marxista.

La respuesta estalinista a estas cuestiones había sido codificada por los “sabios” de la Academia de la URSS y era la guía indiscutible en el conocimiento del “verdadero” marxismo: si el plano teórico general quedaba a cargo de los científicos de la Academia, los niveles de la política de los partidos comunistas correspondían a la dirección del partido soviético. Así, desde el

momento en que la sociedad era vista como sujeta a leyes, las del materialismo histórico, en las cuales la acción de los sujetos era propiamente la de marionetas encargadas de cumplir los designios de algún oculto demiurgo, el conocimiento estalinista no podía ser sino de corte deductivo. En consecuencia, los problemas de la táctica y la estrategia eran definidos desde el Kremlin y legitimados a partir de la interpretación “correcta” de Marx y Lenin.

El predominio estalinista en el proceso del conocimiento implicó en Italia, tanto como en el resto del mundo, el virtual olvido de la lectura de Marx. Panzieri es de los primeros que de una manera creativa emprende una lectura sistemática de los clásicos del marxismo, encontrando un Marx diferente al de la Academia.

Los problemas referidos en el ámbito internacional tenían una correspondencia nacional en cuanto a las concepciones de la relación entre el partido y la clase obrera, a la política sindical, al problema del parlamentarismo, etc. El punto de vista nacional de la crítica de Panzieri a la política marxista en Italia se refiere a una virtual escisión entre táctica y estrategia en el movimiento obrero. La estrategia se volvía abstracta desde el momento en que no encontraba una articulación precisa con la táctica y esta se volvía empírica, puramente reivindicativa, alimento del gradualismo táctico y del reformismo.

Esta escisión entre táctica y estrategia en el movimiento obrero subyacía detrás de la concepción de la política sindical destinada básicamente a la contratación, cuyo espacio se encontraba circunscrito exclusivamente al ámbito institucional.

Por otra parte, si los partidos marxistas de la época se mostraban impotentes para recuperar el concepto marxista de revolución, lo eran en gran medida por su incapacidad para comprender el ciclo capitalista de la posguerra con su

crecimiento económico de larga duración y la consolidación del Estado Social. En suma, era la incapacidad de explicar el auge del capitalismo de la posguerra y de actuar en consecuencia.

Un sindicalismo que se movía fundamentalmente en el terreno de la circulación de la fuerza de trabajo, en los planos salarial y de ocupación, en una coyuntura de auge cercana al pleno empleo y a la consolidación del Estado Social no podía sino caer en algún tipo de integrismo.

El integrismo, es decir, la integración funcional de la clase obrera al capital, es una de las grandes preocupaciones de la izquierda comunista de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta. Al respecto las teorías del neocapitalismo hablaban de esta integración proletaria, de la pérdida de su filo revolucionario; aún los más optimistas trasladaron el eje de la revolución al Tercer Mundo o a los sectores marginados de las metrópolis en virtud del integrismo de la clase obrera.

Para Panzieri la ideología reformista o integrativa comunista era producto en parte de la ausencia de una política de fábrica tanto en el PCI como en el PSI, ausencia que se observaba en la escisión entre la lucha sindical y la lucha política, ya que se reducía la primera a la mera contratación de la fuerza de trabajo y la segunda a lo electoral o parlamentario. Panzieri creyó encontrar en su investigación que detrás de este integrismo, de la elevación del salario real y de las condiciones materiales de existencia de la clase obrera había, a nivel fabril, una conflictividad permanente, una violencia fabril que mantenía constante el choque entre el capital y el trabajo.

En su artículo “sobre el uso capitalista de las máquinas en el neocapitalismo”, Panzieri señaló que la violencia fabril era inherente a la producción capitalista y, que la resistencia obrera ante el dominio del capital, se daba en el propio

proceso de trabajo. El análisis de los procesos productivos revelaba una continua reestructuración e incremento de la explotación del trabajo por el capital. Este antagonismo negaba, así, la posibilidad de cualquier reformismo. Detrás de la crítica que realiza Panzieri al reformismo se encuentra una propuesta táctica y estratégica: convertir a la fábrica en el terreno decisivo de la lucha de clases, toda vez que la relación de producción no es solo relación económica, relación de explotación, sino también relación de dominación. La fábrica es entendida, de esta manera, como el terreno en el que el capital impone su dominio a la clase obrera, la subordina y la convierte en parte de sí mismo como capital variable.¹

Sin embargo, la clase obrera no es solo objetividad, capital variable, sino también subjetividad y esta dualidad abre la posibilidad de que la objetividad de la clase devenga subjetividad, y a la inversa, que la lucha obrera transforme las condiciones de producción y reproducción del capital.

El cuestionamiento del terreno sindical como el de la circulación y el del político como el electoral y parlamentario, para destacar el ámbito del trabajo como terreno total de confrontación, lleva a Panzieri a la crítica de la función del partido guía, entendido como aquel que, a partir del conocimiento de la ciencia marxista (núcleo de la conciencia de clase), se encarga de llevar esa conciencia desde afuera al proletariado. Panzieri contrapondrá a esta concepción de partido, la del partido instrumento de la clase, ubicada dentro de una idea nueva del rumbo de la revolución y de la construcción del socialismo que sintetiza en la consigna del control obrero.

¹ Este énfasis de Panzieri en la lucha fabril y el relativo olvido del ámbito estatal le mereció en mote de “obrerista”

En el fondo de estas críticas a las posturas del estalinismo estaba el rechazo a la idea de la historia movida por las fuerzas productivas, las cuales deberían transformar las relaciones de producción y que suponía el progreso técnico como progreso en abstracto. A esta visión, Panzieri opondrá una vuelta a la idea marxista de historia como articulación entre objeto y sujeto, en la que el movimiento del objeto depende también del sujeto, y en esa medida la transformación de aquel no es simple evolución natural.

La renovación del marxismo en la obra de Panzieri

Antes que Panzieri, Cornelius Castoriadis señalaba que, en el mundo de la lucha de clases, dos sectores de la realidad aparecen comúnmente separados: el de los militantes políticos preocupados porque sus propuestas sean recogidas por el movimiento obrero y, el de los obreros preocupados por sus reivindicaciones inmediatas.

Para aquellos militantes, el reto es lograr que el proletariado asuma sus tareas “históricas”. En este punto de vista de los militantes partidarios, dice Castoriadis, hay una idea de la separación entre lo económico y lo político, entre lo cotidiano y lo histórico; hay también la paradoja de una clase espontáneamente sindicalista y, a la vez, depositaria de una misión histórica. Ante tal paradoja se han intentado dos soluciones: la de la conciencia que llega al proletariado desde afuera y la teoría del derrumbe.

El problema de cómo la clase obrera deviene de clase en sí en clase para sí se relaciona con la cuestión del papel de los intelectuales y de los partidos en esa transformación e,

igualmente, con la relación que en el proceso histórico de la conformación de los sujetos transformadores se establece entre teoría y práctica. En síntesis, de sí la teoría es capaz de predecir el papel de los sujetos y de cuál es la relación entre objetividad y subjetividad: Y la relación que entre estos elementos guarda la ciencia.

En ese sentido, Panzieri plantea tres líneas de investigación en *Quaderni Rossi*, el análisis de la condición obrera a partir de la relectura de *El Capital*, la crítica al integrismo y, el estudio del conflicto capital-trabajo al interior del proceso de trabajo.

Panzieri, desde *Quaderni Rossi* hizo la propuesta de convertir el proceso de trabajo en un campo de confrontación política entre capital y trabajo, y con ello estaba planteando una renovación importante en los puntos de vista marxista prevalecientes en su momento, específicamente retomando el planteamiento de Marx que señala que el proceso de producción se desdobra en proceso de trabajo y proceso de valorización. Con esta reapropiación, Panzieri critica las concepciones positivistas y naturalistas que provenían del punto de vista estalinista.

El estalinismo, al expropiar la iniciativa al proletariado, deja a éste únicamente el papel *de* creador de la riqueza, convirtiéndolo en última instancia en sujeto pasivo en manos ya sea de burgueses o de comunistas, todo ello fincado en la pretensión de una supuesta científicidad partidaria. Panzieri, en “sobre el uso capitalista de las máquinas en el neocapitalismo”, no solo establece que en el mundo del trabajo hay un antagonismo permanente entre el capital y el trabajo, desde el momento en que el proceso de trabajo y el proceso de valorización permanecen indisolublemente unidos en la producción capitalista; es decir, que el mundo de las relaciones sociales de producción resulta no solo del mundo de la explotación, el mundo donde se genera

el valor y la plusvalía, a pesar de ser el aspecto que determina la lógica de la acumulación capitalista, sino también del mundo en el que en concreto se enfrentan el capital y el trabajo por el control sobre el proceso de trabajo.

Pero proceso de trabajo no es entendido por Panzieri a la manera de los sociólogos de las organizaciones, quienes también hablan del conflicto y del poder en el proceso de trabajo, sino que, para Panzieri, el conflicto encuentra su última razón en la búsqueda de la subordinación del proceso de trabajo a las necesidades de valoración capital. Recordando que, determinación desde el punto de vista marxista no significa reducción, esto es, no basta con conocer el fenómeno de la explotación para dar cuenta de la relación capitalista de producción, sino que, el proceso de trabajo, en tanto terreno del enfrentamiento por el control del mismo, debe ser estudiado específicamente para dar cuenta de las relaciones existentes en el proceso de la producción. En esta concepción, la relación social de producción no es solo una relación económica de explotación, sino propiamente una relación totalizante con determinación en el ángulo de la valorización. Una relación también política, ideológica, cultural. De esta manera, la clase obrera como sujeto de relaciones de producción no aparece solo como sujeto estructural, sino como una articulación entre objetividad y subjetividad con eje en el proceso de producción.

En este intento por dinamizar la visión de la sociedad, en donde existe una articulación íntima entre objetividad y subjetividad; la base y la superestructura adquieren una dinámica que, desde algunos escritos de Marx, no se observaba en el marxismo. No existe la objetividad separada de la subjetividad en la sociedad; son dos caras de la misma moneda, dos niveles del proceso histórico. La clase obrera ya

no es la simple objetividad como clase en sí en espera de los trasmisores de subjetividad.

El mismo partido, y los intelectuales, son sujetos de su tiempo y, en esta medida, su capacidad de conocer se encuentra también determinada por la situación de la lucha de clases y las condiciones materiales.

Si a la clase obrera se le quiere analizar históricamente, tal intención implica verla unida al avance material del capitalismo (como parte que es el propio capital), pero a la vez, es obligado a considerar ese cambio material en íntima relación con la propia capacidad de la clase obrera para imponer con sus luchas nuevas condiciones de reproducción. El espacio donde esta articulación se da con las dos dimensiones mencionadas, es precisamente el del proceso de trabajo porque ahí es donde, de manera inmediata, el capital y el trabajo se relacionan objetiva y subjetivamente.

Por lo antes dicho, es que para Panzieri las reestructuraciones productivas deben entenderse en su doble dimensión: como propuestas del capital en aras de una mayor tasa de ganancia, pero también como respuestas de este a la resistencia obrera al interior del mismo proceso de trabajo. Aquí, resistencia obrera está relacionada con las propias características de los procesos productivos (en cuanto a su subordinación como procesos productivos por el capital), así como de la propia clase obrera involucrada en dichos procesos y del control de la misma sobre el proceso de trabajo. En este sentido, el avance del capitalismo acepta otro nivel de análisis y articulación con procesos más globales como el del proceso de producción.

La importancia que *Quaderni Rossi* dio a esta mediación entre proceso de trabajo y proceso de valorización, en tanto subsunción real y/o formal del trabajo al capital, llevó a Panzieri a reflexionar acerca de la importancia del pasaje

hacia el taylorismo y las implicaciones que este produjo en la relación capital-trabajo poniendo especial énfasis en el problema del poder y las características que adquiriría la clase obrera con la organización científica del trabajo.

Los procesos productivos pre tayloristas se caracterizaban por una relativa autonomía del obrero en el proceso de trabajo, por una capacidad de controlar su propio tiempo de producción. A estos procesos productivos les correspondió el predominio de un tipo de obrero, el obrero de oficio, el obrero de la I Internacional y del sindicalismo gremialista.

El monopolio que este obrero tuvo del conocimiento y de las operaciones en el proceso de trabajo se convirtieron en fuente de su capacidad de resistencia y en obstáculo a la acumulación del capital. La propuesta de Taylor precisamente *en* el sentido de buscar la destrucción de este tipo de obrero y de su capacidad de resistencia a través de la reestructuración de la organización del trabajo, la cual consistía en disociar las tareas de concepción y ejecución; *en* expropiar ese conocimiento que caracterizaba al obrero de oficio y depositarlo en la dirección de la empresa. Por esto, señalaba Panzieri, que las reestructuraciones tecnológicas en vez de ser concebidas como producto de la ley de la evolución material de las fuerzas productivas deben verse *en* su articulación con la superestructura actuando en el propio lugar del trabajo.

Así, se está proponiendo una concepción sintética entre base y superestructura y no disociada por esferas; con ello, la base económica adquiere dinamismo histórico y rumbo no predeterminado por leyes inviolables. En esta concepción, la historia resulta de un proceso constante de articulaciones y rearticulaciones entre objetividad y subjetividad.

La necesidad que tiene el capital del vencer la resistencia obrera se traduce en la necesidad de expropiar a la clase de

sus espacios de autonomía en el proceso de trabajo, esto es, la subordinación creciente al capital en el proceso de trabajo: la descalificación.

De esta manera, descalificación se convierte para Panzieri en un concepto central que sintetiza el enfrentamiento que está detrás de las reestructuraciones productivas. La connotación que este concepto adquiere en el autor es la de pérdida de poder del obrero en el proceso de trabajo.

Y si reestructurar es descalificar, ello implica también transformar a la propia clase obrera que forma parte del proceso productivo. En este punto Panzieri acuña el concepto de composición de clase y figura obrera para referirse a las características concretas de la relación entre capital y trabajo en el proceso de trabajo.

Composición de clase no se equipara a fracción de clase, sino que remite a un nivel de abstracción menor en un intento por dinamizar el propio concepto de clase. Es decir, en esta concepción y en este intento, la clase no resulta solamente un objeto estructural definido por su relación con los medios de producción, sino que se constituye en una auténtica relación social en sus dimensiones objetivas y subjetivas, principalmente referidas al proceso de trabajo; por tanto, la relación social de producción no es vista únicamente como relación de explotación (este solo nivel impide ver a la clase de movimiento desde el momento en que todo empleado productivo del capital es un explotado generador de plusvalía), sino que, con el trasfondo y la determinación de su ubicación en procesos de valorización, se trata de ver ahora a la clase obrera relacionada con el capital en procesos de trabajo en transformación. Pero en una transformación no naturalista o pasiva, sino en la cual la clase, como totalidad, es un elemento activo.

De esta manera, la relación entre el capital y el trabajo en el proceso de trabajo tiene que ser desglosada en tanto relación del obrero con los medios de producción y de aquel con la jerarquía de mando de la empresa, así como con los demás obreros, todo ello aunado al problema de la subordinación y la capacidad de mando del capital sobre el trabajo.

Como consecuencia, las etapas del avance en los procesos productivos se caracterizan por una composición determinada de clase, en el sentido de una distribución de diferentes figuras obreras actuantes a la vez en los mismos procesos productivos; figuras obreras caracterizadas por cierta forma de relación con el capital en el ámbito de la valorización, pero, principalmente, en el ámbito del proceso de trabajo por su nivel de control sobre el mismo.

Para Panzieri, las reestructuraciones productivas se traducen en recomposiciones de clase y, en esta medida, composición de clase adquiere un sentido histórico y articulado con el proceso capitalista global y no simplemente descriptivo del cambio de la propia clase obrera.

El concepto de composición de clase es, en la línea de pensamiento de Panzieri, el concepto central que sintetiza sus concepciones en relación con la clase obrera, la lucha *de* clases, la relación entre teoría y práctica, la estrategia y el socialismo. Composición de clase no es un concepto pasivo, sino que expresa ubicación objetiva con relaciones al interior del proceso de trabajo, pero también subjetividad obrera en tanto relación dinámica entre estos dos niveles articulados en el espacio de la lucha por el poder sobre el proceso de trabajo.

La resistencia obrera en el proceso de trabajo está enmarcada por las condiciones materiales de la relación que potencian ciertas formas de resistencia con respecto a otras; a su vez, la resistencia obrera se revierte sobre las condiciones

objetivas al ser el componente activo en las reestructuraciones emprendidas por el capital.

Con el análisis de Panzieri, el marxismo recobra un sentido de la historia totalmente ajeno al naturalismo y al voluntarismo; por lo tanto, la objetividad no será ya un sustrato dado sino un componente activo y articulado a la subjetividad.

A una composición de clase corresponderán formas de conflicto relacionadas con las características del proceso de trabajo y de la propia clase.

Panzieri se interesa por refutar las teorías objetivistas del progreso técnico que ven en este el elemento dinámico del desarrollo social. En contraposición planteará que son las necesidades del capital (de acumular y de vencer la resistencia obrera), las que imponen el cambio tecnológico. Aquí hay también un concepto de tecnología que no se reduce a la idea de maquinismo, sino que incluye a los métodos y la organización del trabajo en tanto racionalidad que se opone al obrero como poder extraño que lo controla y lo domina.

La novedad panzeriana consiste en ver la relación de producción como relación de poder; en esa medida el espacio del proceso *de* trabajo aparece potencialmente como un espacio central de la lucha política en disputa por el poder contra el capital. Y desde el momento en que la relación de trabajo es también relación de poder, en Panzieri política y economía no tienen la distinción tajante que aparece en el *¿Qué hacer?* de Lenin. Pero la contradicción en el proceso de trabajo no es para Panzieri, de manera inmediata, una lucha política, sino que *puede* convertirse en: política en la medida en que la contradicción cotidiana se convierta en antagonismo, en la medida en que la clase obrera como capital variable se transforme en movimiento obrero autónomo.

La dinamización y la complejización de la lucha de clases en Panzieri lleva también a una reconsideración del espacio de la política, tradicionalmente reducido al de la lucha por el poder del Estado. Para Panzieri el espacio de lo político no es algo cuyos contornos están predefinidos, sino que la lucha de clases puede ir politizando espacios insospechados por la teoría y aparentemente alejados de la esfera estatal. No se trata de la concepción gramsciana del Estado ampliado que en su ambigüedad llega a confundir Estado y sociedad, sino de reconocer potencialidades al proceso de trabajo como lugar de enfrentamiento entre las clases por el poder. Panzieri no niega la mediación política estatal, sino que, en su concepción, el espacio político se alarga. Al respecto Panzieri dirá que “la batalla política no se reduce a la fábrica, se combate en todos los niveles”, pero el problema del poder nace en el ámbito de la fábrica. En otras palabras, la lucha por el control obrero del proceso de trabajo puede ser una lucha política.

Así como el espacio del proceso de trabajo es definido como un campo potencial de la lucha de clases, la composición de clase que permite dar cuenta de la globalidad de la condición de la clase no se reduce a su composición técnica, sino que incluye una composición social y otra política, sin las cuales el intento panzeriano de dinamizar estructura y superestructura caería en un nuevo reduccionismo: el tecnológico. En este sentido se articula su propuesta con alternativas metodológicas más profundas. Si un problema es el análisis de la composición de clase en cuanto a las potencialidades de la coyuntura para conformar un movimiento autónomo de clase, entendido como movimiento que es capaz de generar un proyecto viable de transformación social opuesto al proyecto burgués, el problema es ahora como proceder a desentrañar esas potencialidades. Una solución es la de ver a la teoría como modelo teórico

con capacidad, por sí misma, no solo de explicar sino de predecir. Esta concepción tendría que caer en algún tipo de reduccionismo, por ejemplo, la reducción de la composición de clase a la composición técnica o bien en un análisis multivariado de la predicción, la eliminación de los sujetos o su cosificación en un intento de reducir sus comportamientos a leyes objetivas. Aunque no contenido explícitamente en Panzieri podríamos pensar que una alternativa es la idea de la reconstrucción de la composición de clase y de sus potencialidades de acción como una totalidad de determinaciones. Totalidad que implicara el descubrimiento de determinaciones y articulaciones en el propio proceso de investigación, por un lado, y por otro, la posibilidad de que el conocimiento no aislara objetividad y subjetividad, sino las incluyera en un proceso de búsqueda y de acción, es decir, reivindicar la historicidad de los sujetos y no el sujeto abstracto.

Este planteamiento complejo del problema de la práctica y del conocimiento tiene lógicamente implicaciones en cuanto al *papel de los intelectuales* y de los partidos como intelectuales colectivos en la transformación de la clase obrera en movimiento obrero autónomo: el famoso tránsito de la clase en sí en clase para sí. Desde el momento en que la clase obrera, como composición de clase, no es un simple sustrato objetivo sino una realidad histórica en transformación, cuya su subjetividad no depende exclusivamente de los partidos sino de las condiciones de su composición de clase, lo cual implica determinación material y social general, pero también la influencia de la misma sobre estas condiciones, el papel de los intelectuales se relativiza y es, a su vez, determinado por las condiciones de la clase.

Dicho de otra manera, la clase deja de ser vista como clase en sí, como clase pasiva e importante solo en su objetividad,

objetividad reducible a sus condiciones de explotación, para verla como clase activa, forjada y forjadora de su subjetividad. Con esto desaparecen las ingenuas ideas de una clase obrera eternamente engañada por dirigentes o por partidos a pesar de ser supuestamente depositaria de una misión histórica. Pero la historia no aparece predeterminada y *el socialismo no es inevitable: lo que existe son potencialidades que pueden o no desprenderse en la realidad histórica*. En este planteamiento hay un trasfondo opuesto en cuanto a la concepción del partido que poseedor de la ciencia del marxismo, lleva la conciencia desde afuera al proletariado, desde el momento en que se relativiza la capacidad de esa ciencia, o mejor aún, la tarea de la ciencia de la revolución se reformula y distancia de la cientificidad positivista. Los educadores deben ser educados, decía el viejo Marx. Panzieri agregará que los partidos y los intelectuales no tienen la tarea, ni la capacidad, de revelar a la clase obrera su destino, desde el momento en que ese destino no está predeterminado y hay condicionantes sociales del conocimiento que lo relativizan en su capacidad de captar procesos no naturales, procesos de los cuales cercana o distantemente, la propia ciencia forma parte de una red compleja y en reestructuración.

La unidad entre proceso de trabajo y de valorización y el inicio de la búsqueda de articulaciones entre ellos se encuentra en Marx. Podemos ver algunas de estas articulaciones en la sección cuarta del primer volumen de *El Capital*, en los Grundrisse, en el capítulo VI inédito y en los materiales sobre ciencia y tecnología, aunque comúnmente en la historia del marxismo no fueron considerados más allá de pasajes de la historia del capitalismo y no como son: parte integrante de la reconstrucción de la totalidad en la obra de Marx.

En la sección cuarta de *El capital*, cuando Marx analiza el paso de la manufactura a la gran industria, dice que con la cooperación nace la necesidad de la dirección y esta función se vuelve una prerrogativa del capital; es decir, la función de dirección no es algo natural sino depende de la función de explotación. La función de dirección del capital se vuelve concreta a través de un plan y de un control sobre el proceso de trabajo. Es decir, el concepto de dirección y control se convierte en Marx en un concepto mediador entre proceso de trabajo y valorización. Las dos caras de la relación de producción se pueden ver también a través de los conceptos centrales que las definen. El proceso de valorización sólo adquiere coherencia teórica en el tratamiento de Marx a través del concepto de explotación y ello es así porque explotación es un concepto relacional que implica forzosamente las dos partes: capital y trabajo, una relación desigual de contradicciones. Pero, a la vez, el nivel del proceso de trabajo adquiere sentido en consonancia con el de explotación a través de la mediación del concepto subsunción del trabajo al capital. Desde el momento en que la relación de producción es concebida como contradictoria, lo importante a destacar en el proceso de trabajo es como la necesidad de valorización del capital se impone en ese nivel.

La valorización se impone a través de una dirección capitalista del proceso productivo y de un plan; el capital consume la fuerza de trabajo, la dirige y la vigila coercitivamente. Pero dirección y plan no necesariamente implican contradicción entre las partes, sino se les especifica a través de un concepto más central, en el sentido de ser más sintético y poseedor del ángulo que se quiere destacar, este concepto es el de subsunción del trabajo al capital. Con la subsunción real, Marx completa el panorama de la articulación entre proceso de trabajo y valorización. En la gran industria no sólo el trabajo se

subsume al capital como capacidad de dirección de este, sino también al medio de trabajo, como parte del capital constante que es. Se trastoca así la relación entre capital constante y variable, el obrero se convierte en mediador entre elementos del capital constante, en instrumento de la máquina.

La máquina culmina la codificación de la relación capitalista, el obrero se enfrenta a sus condiciones de trabajo como poderes autónomos que se le presentan como fetiches dotados de voluntad. La subordinación del trabajo a la máquina adquiere connotaciones concretas: la actividad humana productiva es determinada y regulada por la máquina, la calidad del producto deja de depender de la habilidad del obrero, la máquina resulta producto de una ciencia que no forma parte de la conciencia del obrero. El concepto de subsunción del trabajo al capital, con todo y ser abstracto y permitir otros niveles de concreción conceptual, es un concepto de mediación y, a la vez, central en el nivel del proceso de trabajo; es un concepto que denota, por un lado, conexión con formas de explotación y, por el otro, con formas de control y figuras obreras históricas.

Cuando Marx analiza la manufactura capitalista señala que, desde el punto de vista técnico, el proceso de trabajo manufacturero no es revolucionado por el capital ni recreado por este. El proceso de trabajo manufacturero es el resultado de descomponer el oficio pre capitalista en operaciones discretas. La base de estos procesos no son las máquinas, sino el trabajo manual dependiente de la fuerza, destreza, rapidez y seguridad del obrero. Una base técnica como esta excluye el análisis científico del trabajo. La figura obrera dominante en esta etapa productiva es el obrero de oficio, aquel obrero que se caracteriza por tener el monopolio del conocimiento de las operaciones productivas. En esta etapa de los sindicatos gremiales, la capacidad de resistencia obrera, “añade Marx”, se

basa en que la manufactura descansa sobre la habilidad manual de operario, habilidad asociada a un conocimiento práctico del proceso, conocimiento que no le ha sido expropiado ni es objeto todavía de la ciencia.

Pero la capacidad de resistencia del obrero de oficio se convirtió en un obstáculo para la acumulación del capital y la reestructuración productiva que representa la introducción del maquinismo implicó toda una revolución en las relaciones de producción. El capital revoluciona entonces las condiciones técnicas del proceso de trabajo apropiándose del propio proceso de trabajo, robándolo de acuerdo con la sed capitalista de plusvalía. El medio de trabajo se subsume ahora en el proceso de producción capitalista y se trastoca la relación manufacturera entre el hombre y el instrumento: el elemento activo del proceso de trabajo deja de ser el obrero trasladándose a la máquina. El obrero es ahora el mediador entre la máquina y la materia prima, el obrero se vuelve instrumento de la máquina. Dice Marx que la máquina completa la cosificación del trabajo, el trabajo pierde su aspecto subjetivo ya que no es principio sino mediación, está subordinado a una cosa: la máquina. Concluye Marx diciendo que con la subsunción real hay una subsunción material del trabajo en el instrumento y de esta manera el capital subsume en su totalidad la relación de producción. Pero la maquina no solo aparece como instrumento de subordinación, sino también de explotación y de esta manera la articulación entre subsunción real y plusvalía relativa permite a Marx recuperar la articulación moderna en el proceso de producción capitalista.

En los manuscritos sobre ciencia y técnica Marx añadirá que la introducción de la máquina representa para la clase obrera la substitución del trabajo calificado por el trabajo simple, en búsqueda, por un lado, de reducir el valor de

la fuerza de trabajo y, a la vez, de romper la resistencia del oficio y crear una nueva clase obrera más fácilmente sustituible; de allí la incorporación masiva de mujeres y niños al ejército del trabajo. Surgen así nuevos tipos de obreros; se barren atrasadas jerarquías, se uniforma la clase desde el momento en que los obreros pueden intercambiarse porque los movimientos y ritmos no dependen de ellos y la pericia desaparece ante la ciencia. La máquina permite aumentar la productividad del trabajo y, a la vez, la intensidad del mismo en el instante en que rompe la capacidad de resistencia obrera. La subsunción real del trabajo al capital, que significa la subordinación extrema de toda la relación capital-trabajo a la lógica de la valorización, intensifica la función de dirección del capital sobre el proceso de trabajo, el papel del plan de producción, el del control capitalista sobre el proceso de trabajo, adquiriendo su racionalidad la forma de ciencia aplicada a la producción. La ciencia tiende a convertirse en una fuerza productiva directa, no solo en la forma de ciencia natural aplicada a los procesos productivos sino en su articulación con la ciencia social a través de la contabilidad y la microeconomía. El determinismo científico se vuelve una necesidad del capital en cuanto aspiración de la ganancia, con ello desaparece para esta ciencia la distinción entre ciencia natural y social.

Creemos que en la obra de Marx está ya la idea de la relación de producción como relación de explotación y también de poder, de confrontación entre el capital y el trabajo por el control del proceso de trabajo. Un análisis que pretendiera ubicarse en la perspectiva marxista *de* la totalidad tendría que tomar en cuenta que la relación capital-trabajo no se agota ni puede analizarse solo desde la cara de la explotación; si el problema es cómo la clase obrera puede

transformarse de capital variable en movimiento obrero, esto tiene que incluir niveles diversos de la condición obrera, uno de los cuales es el de la vida obrera del trabajo. El solo cálculo de tasas de explotación, de ganancia, y el definir que los mecanismos de explotación pudieran consistir en pagar por debajo del valor, etc., es incapaz de permitirnos explicar el movimiento de la clase, porque en estos análisis la clase aparece como un sustrato, como simple objeto de explotación y las tendencias de la tasa de ganancia, por ejemplo, tendrían un comportamiento legal sin la intervención de los sujetos, sin implicaciones en y por la lucha de clases. Si en cambio, consideramos con Marx que la reestructuración productiva ni se emprende ni se impone al margen de la resistencia obrera, estas reestructuraciones no serán ya tendencias naturales del capital hacia el progreso, sino producto y productoras de lucha de clases. Esta visión de la historia del marxismo como articulación entre lo objetivo y lo subjetivo, permite ver a la relación de producción como relación de poder, relación de poder que no depende inmediatamente de la ideología de los sujetos, sino que responde a contradicciones objetivas que solo potencialmente se convierten en política cuando enfrenta a clase contra clase por el poder en el proceso del trabajo.

Del análisis del proceso de trabajo a la táctica obrera y a la concepción del socialismo

Panzieri en su artículo “Luchas obreras en el desarrollo capitalista” avizora un viraje precisamente en el contenido de las luchas. De la lucha obrera en el ámbito de la circulación de la fuerza de trabajo (salario y empleo) a la de proceso de trabajo. Ciertamente

Panzieri resulta un visionario con capacidad poco común de adelantarse a los acontecimientos, en vida todavía este viraje no aparecerá prefigurado con precisión en la realidad, pero sus consideraciones teóricas preverán muchos de los sucesos de la oleada consejista después de 1968.

En el artículo señalado, Panzieri establece que en el capitalismo avanzado ha desaparecido la distinción entre lucha económica y lucha política,² por dos circunstancias: primero porque la subsunción real del trabajo al capital articula de manera precisa explotación con lucha por el poder en el proceso de, trabajo y, segundo, porque el Estado interventor capitalista ha convertido la economía política en política económica.

Al capitalismo avanzado le es consustancial el plan: plan productivo, plan del mercado de trabajo, plan de la realización de la mercancía, plan de la producción de la fuerza de trabajo. En esta medida no hay contradicción en la planificación del capital, por el contrario, la planificación se ha convertido en un instrumento de explotación. Al nivel de empresa, la primera manifestación de la planificación sería la separación entre dirección y ejecución. Sin embargo, no en todas las etapas de la producción capitalista la planificación habrá adquirido las mismas connotaciones. En el capitalismo de libre competencia éste se caracteriza por una contradicción entre anarquía en la división social del trabajo y planificación en la división del trabajo en fábrica. En la etapa monopolista y el surgimiento del Estado keynesiano, la planificación social adquiere caracteres extremos. El predominio del mecanismo de la plusvalía relativa en este periodo socializa la explotación,

² Esta identificación entre lucha económica y lucha política debe interpretarse como potencial expansión del ámbito de lo político.

según Panzieri, e impone la necesidad de la planificación del proceso social de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo.

Pero la planificación social tiene otro significado no menos importante. Esta reafirma la centralidad de la producción sobre la sociedad y la dominación de la lógica del capital en el conjunto de las relaciones sociales. En este contexto la fábrica adquiere dos significados: uno en sí misma y otro como dominante de las relaciones sociales. Dirá Panzieri que la fábrica tiende a permear toda la sociedad civil y su racionalidad a diseminarse por la sociedad entera. Con el surgimiento de la fábrica sociedad y de la sociedad- fábrica, es decir, una fábrica que sintetiza el conjunto de las contradicciones sociales y una sociedad que se ve sujeta a la lógica del capital, el campo de la política se amplía. La fábrica ya no es solo economía sino el lugar donde el plan microeconómico se impone autoritariamente y en donde el plan estatal se concretiza. Asimismo, lo estatal ya no es solo el ámbito de lo político como terreno desgajado de lo económico, sino que es también el de la regulación del ciclo. Política y economía van de la mano, como cara de la misma medalla. La ampliación y la compenetración de los espacios de la economía y de la política hacen pensar a Panzieri que hoy la lucha de clases es una lucha total, en el conjunto de la sociedad civil y no únicamente en el espacio del proceso de trabajo.

Los planteamientos de Panzieri acerca del papel capitalista de la planificación y de la fábrica-sociedad llevan dos intenciones muy precisas; primera, tratar de escapar al estrecho obrerismo que reduce la lucha de clases únicamente al nivel del proceso de trabajo o que ignora la existencia de otras clases en la sociedad, diferentes al proletariado y a la burguesía. En segundo lugar, va en contra del reformismo socialista entendido como estatización y planificación de la economía.

Para Panzieri el plan estatal-capital no es la preparación del socialismo en el sentido institucional, es decir de la utilización socialista de las instituciones creadas por la planificación estatal capitalista. La preparación del socialismo viene para Panzieri en la universalización de la contradicción capital-trabajo, no en el sentido estricto de creación de plusvalía como después aparecerá en Negri con su concepto de obrero social, sino de la subordinación de la sociedad a la lógica del capital. La universalidad de la contradicción entre capital y sociedad.

El uso socialista de la investigación obrera y la idea de partido y control obrero

Panzieri propone una visión del proletariado que elimine parcialidades y lo desmitifique; señala que hay dos parcializaciones en las ópticas de análisis del proletariado: el objetivismo que ve al proletariado únicamente como capital variable, como parte del capital, como objeto estructural; y el subjetivismo, que analiza a la clase obrera solo como movimiento obrero, en tanto voluntad. La eliminación de la parcialidad pasa evidentemente por la consideración de la clase obrera en tanto sujeto-objeto, lo cual impone al marxismo un problema central que lo distingue de los socialismos académicos. El gran problema teórico-práctico será cómo la clase obrera, en tanto creación y parte del capital, puede llegar a convertirse en movimiento obrero autónomo o de cómo la contradicción cotidiana entre el capital y el trabajo se convierte en antagonismo. Este planteamiento del problema fundamental para el marxismo contiene, en Panzieri, el estatuto científico del conocimiento. El marxismo sería una sociología en tanto visión de la vida social como relaciones

sociales y por su carácter totalizante no especializado. Sería, además, una sociología concebida como ciencia política, como ciencia de la revolución.

Una ciencia de la revolución que mantenga la perspectiva de una realidad social en permanente rearticulación entre los aspectos legales de la misma y de los voluntarios tiene que ser opuesta a la idea del marxismo como sistema teórico que en el plano político conduce a una visión metafísica del proletariado y de su “misión histórica”. Es decir, no basta en el punto de vista de Panzieri con reivindicar el espacio de vida del trabajo como terreno de investigación, ni aún con el agregado que hacíamos de la necesaria reconstrucción de la totalidad.

Lo que da el sello distintivo a Panzieri es la posibilidad de desarrollar, a partir de su pensamiento y experiencia, una concepción de la historia como articulación de coyunturas relativamente abiertas que, la ciencia de la revolución, por ser función también de lo subjetivo, no podría ser determinista, sino, a lo sumo, llegar a definir los campos de acción viables a los sujetos. Sin embargo, este punto de vista tampoco escaparía al cientificismo, convirtiéndose en uno de corte metodológico, si no es completado con la idea de que el conocimiento es también dependiente de la situación social.

Panzieri aventura una solución metodológica a esta complejidad con su propuesta de la coinvestigación. La coinvestigación se convierte para Panzieri en una forma de intervención política en la cual los verdaderos sujetos prácticos no son vistos como cosas sino en sus dos dimensiones: como sujetos-objetos, en un proceso en el que la coinvestigación forma parte de ellos. La coinvestigación no es un pretexto para que los intelectuales encuentren un auditorio obrero desde el momento en que las alternativas no son función única de la teoría, sino que aparecen en juego recíproco coinvestigación

y lucha. En otras palabras, la teoría nunca es autosuficiente para predecir el comportamiento obrero, pero la investigación llega a convertirse en parte de la misma práctica.

La propuesta metodológica panzeriana se cristaliza en la propuesta política y estratégica acerca del control obrero. El control obrero tiene el presupuesto que hemos señalado acerca de la redefinición del espacio de lo político y la conversión del proceso de trabajo en un campo político. El significado de control obrero en Panzieri es el de contrapoder obrero en el proceso de trabajo y la construcción desde abajo y ahora de las instituciones de democracia directa. Control obrero sintetiza táctica y estrategia: táctica, en tanto construcción de un contrapoder que se asiente en el seno de la sociedad civil y, estrategia, en tanto concepción del socialismo como asociación de productores libres y no como socialismo del Estado.

Para Panzieri control obrero no es equivalente a congestión, puesto que se trataría de un control basado permanentemente en la lucha de masas y no en la coparticipación de las responsabilidades de la acumulación del capital. Más aún, el establecimiento del control obrero o su construcción va aparejado en Panzieri, a la creación de instituciones de base no burocratizadas, los consejos obreros, y a una función partidaria diversa a la del llamado partido-guía. El partido-guía para Panzieri es el partido estalinista que se cree depositario de la conciencia de clase; que establece una identidad entre clase obrera y partido que lo lleva al burocratismo y al autoritarismo, y tiene su continuidad en el Estado guía. En cambio, Panzieri plantea otra alternativa, distanciándose también del anarquismo, la del partido instrumento de la clase, que implica también la negación del monismo partidario y la reivindicación de la libertad de creación cultural. Finalmente,

dirá Panzieri, el proletariado se educa creando sus instituciones autónomas, principalmente aquellas relacionadas con el mando productivo. Por autonomía se entienden dos cosas; primero, como capacidad política de generar un proyecto de clase alternativo al proyecto burgués y de dirección de la sociedad; pero, en segundo término, como auto valorización, es decir, como capacidad de resistir al poder del capital en el proceso de trabajo.

La herencia de Raniero Panzieri

Panzieri murió a los 43 años combatido por tiros y troyanos. Su gran proyecto de reconstrucción del marxismo quedó inconcluso, inútil sería buscar en su pensamiento mucho más allá de las consideraciones que hemos comentado hasta aquí. Pero Panzieri renació en la oleada obrera consejista a partir de 1968 y aun sus enemigos se vieron obligados a recuperar algunos de sus planteamientos centrales. Sin embargo, el pensamiento de Panzieri es más valioso probablemente por las perspectivas de renovación que abrió, que por las respuestas concretas que encontró. La frescura de su pensamiento habría que verla unida con, el intento de recuperar para el marxismo teórico y práctico su estatuto de ciencia de la revolución, en un contexto en que proliferaban las teorías acerca de la integración del proletariado al capitalismo. Es probable que en Panzieri las acusaciones de obrerismo y ciertas formas encubiertas de reduccionismo estén presentes, que no haga un planteamiento claro acerca del problema de la totalidad y que su teoría de la acción no rompa finalmente con la concepción del partido-guía, que conciencia y acción no logren ser articuladas dialécticamente. Sin embargo, creemos

que, en él, hay los elementos necesarios para el inicio de una reconstrucción del marxismo, de un marxismo de inicios del siglo XXI: un marxismo del periodo de auge y la crisis del Estado Neoliberal.

La herencia de Panzieri se inscribe en este tenor. La posibilidad de que la prehistoria de la humanidad termine, de que los dominados abolan toda dominación, de forjar un proyecto de civilización alternativo al que inauguró la burguesía hace cuatro siglos, se mostró inmadura todavía en el intento proletario de “tomar el cielo por asalto” al terminar la Primera Guerra Mundial. El desengaño del socialismo real, como alternativa cerrada que no se dirige a aquella sociedad sin clase en que Marx soñó en los inicios del siglo XXI, obligan a la precaución y a la vigilancia con respecto al voluntarismo, aunque sea de corte tercermundista, y al reformismo corporativo.

Para los que todavía pensamos que el capitalismo no siempre existirá y que su destrucción se empieza a dibujar en el tiempo presente, continúa siendo un problema el cómo articular las luchas cotidianas de los trabajadores por sus reivindicaciones inmediatas con una ideología coherente y un programa máximo de la renovación social. Es el viejo problema de Marx: cómo la clase obrera deviene sujeto de la revolución, cómo puede pasar de clase en sí a clase para sí y cuál es el papel de los intelectuales en este pasaje (incluyendo al partido como intelectual colectivo).

Este viejo problema político remite a otros no menos profundos; al problema de la relación entre teoría y práctica, al del papel de la teoría acumulada ante una realidad social en permanente fluir, al de la capacidad de predicción de la ciencia social. En cuanto al estatus de la ciencia marxista éste se vincula con la relación entre conocimiento científico

y acción proletaria, de cuál es el criterio de científicidad marxista, del significado de la ley marxista. Muchos de estos problemas se sintetizan en el de la conciencia de clase. Lukács en una formulación clásica considera a la conciencia de clase como la que tendrían los hombres si fuesen capaces de captar totalmente su situación y la acción que de ella resultara; es decir, la conciencia de clase en cuanto a su definición, depende totalmente de la situación estructural de la clase. Esta definición tan unívoca, al ser analizada, presenta un problema insalvable, el de la propia definición del criterio de correspondencia entre conciencia y estructura: como la mediación puede ser establecida por una teoría que además de ser necesariamente cambiante (“al cambiar la realidad”) dependerá de la situación histórica en que se genera.

Esto quita a la definición de conciencia de clase toda pretensión de absolutización. En segundo lugar, la definición de la conciencia y estructura se convierte más en un problema teórico que en lo que realmente es, es decir, un problema práctico.

En la versión del partido-guía la ciencia del marxismo se convierte en núcleo central de la conciencia de clase del proletariado. Partido-guía y conversión del marxismo en teoría sistemática capaz de explicar y predecir el devenir social van de la mano. La visión positivista del marxismo no se inició con Stalin, sino en el marxismo de la II Internacional que se ubica en el contexto de una segunda arremetida del positivismo con la pretensión de presentarse, no como una epistemología entre varias, sino como la única reflexión sobre la ciencia. La ideología positivista y su potencia, en tanto que logra imponerse socialmente como “racionalidad natural”, no es producto únicamente de la labor de los filósofos de la ciencia de dicha matriz, es resultado también de un gran

desarrollo de las ciencias naturales, pero, sobre todo, de la imbricación entre ciencia y procesos productivos. Esta imbricación coincide con la pérdida de autonomía subjetiva de los creadores de valor de que hablaba Marx en *El Capital*. La disociación que propone Taylor entre concepción y ejecución y la expropiación del saber productivo obrero por la dirección de la empresa realiza en la práctica la escisión entre sujeto y objeto. El marxismo como producto de una época histórica no podía estar ajeno a esta influencia. La concepción de ciencia que propone el positivismo prescinde del sujeto, es el mundo de los procesos con pretensión de objetividad, desubjetivado. El marxismo de la II Internacional es el primer marxismo con pretensión de sistema teórico autosuficiente y con él viene la idea del partido-guía en su primera versión formulada por Kautsky. En el estalinismo la legitimidad y necesidad de una teoría marxista positivizada tendrá el apoyo de la fuerza y a ella corresponderá la forma de Estado-guía, Estado fundado en la ciencia del marxismo, versión de ciencia acuñada por ese mismo Estado. Una larga historia y condiciones sociales definidas han penetrado al marxismo de positivismo, de un positivismo que tiene detrás toda una concepción de la realidad y del cambio social que no podría encontrarse en Marx. Panzieri es de aquellos que buscan *en* las raíces mismas del marxismo la causa *de* sus supuestos errores y por ello el estalinismo no resulta producto simplemente de desviaciones de las que la clase obrera sería ingenuo instrumento. La puerta que abre Panzieri es una vuelta revolucionaria a Marx en el sentido de refutar drásticamente la cosificación cientificista *en* sus dos connotaciones, como negación del componente subjetivo del proceso social y, como negación del contenido relativamente abierto de dicho proceso. De esta manera, el viejo problema de cómo el proletariado se convierte en sujeto

de la revolución puede llegar a ser reformulado despojándolo *de* su contenido metafísico. El problema para el marxismo teórico y práctico no es ahora cómo el proletariado cumple su destino histórico, sino cómo un grupo social en condiciones históricas determinadas puede llegar o no a generar una voluntad colectiva autónoma, con un concepto de autonomía no metafísico, es decir, como capacidad de dirigir el conjunto de una sociedad hacia un nuevo derrotero. En esta concepción histórica de la voluntad objetiva autónoma, el problema de su conformación es sobre todo práctico y en él la teoría puede contribuir a su conformación acotando los cauces de la acción colectiva viable, los límites de la voluntad objetiva, parámetros a su vez en construcción y determinados por la propia acción. La voluntad colectiva autónoma se manifiesta en un movimiento de clase autónomo, *el* cual ha tratado de ser captado como campo de conocimiento desde dos grandes perspectivas. Una es la historiográfica que ve la emergencia del movimiento como resultado e influencia de las direcciones e ideología. Esta es la historia de acontecimientos, dirá Castoriadis, en la que los líderes aparecen como los maquinistas de la locomotora de la historia. La otra es la versión objetivista, para la cual el proletariado, como objeto estructural, se mueve determinado por el cambio de sus condiciones objetivas, por ejemplo, el nivel de la explotación o la forma que ésta asume.

Por otro lado, el problema que aparece es, si la perspectiva histórica que abre Panzieri puede llegar a convertirse en un ángulo de análisis de la condición obrera, en una sociología marxista del trabajo.

El marxismo debe reconocer que el mundo del trabajo no fue objeto de su estudio durante la mayor parte de su existencia y que el campo de la sociología industrial quedó durante varias décadas a cargo de las ideologías empresariales.

La sociología industrial propiamente dicha nació como una reacción de las limitaciones del taylorismo, que proponía la disociación entre concepción y ejecución y una forma de analizar el trabajo como movimientos mecánicos. La crítica más importante provino de Elton Mayo en el sentido de que el taylorismo concibe un hombre totalmente racional y no deja espacio al importante campo del “sentimiento”. Mayo es el primero en concebir, dentro de esta sociología industrial, que las relaciones entre el capital y el trabajo deber ser tratadas como auténticas relaciones sociales. La preocupación de Mayo es evidentemente de carácter integrativo y busca construir una comunidad del trabajo en la que los intereses obrero-patronales no sean necesariamente contradictorias. Durante varias décadas predominó el enfoque de Mayo acerca de las relaciones humanas en el lugar de trabajo. Al terminar la Segunda Guerra Mundial surgen críticas a las relaciones humanas provenientes de tradiciones teóricas diversas. Primero la de Friedman, continuada más tarde por Touraine, y la segunda de corte funcionalista enmarcada en lo que será la sociología de las organizaciones. Ambas versiones, desde sus propios presupuestos, destacan el problema del conflicto en el proceso de trabajo como algo que pudiera ser consustancial al carácter de las relaciones que se entablan. Al inicio de la década de los sesenta las condiciones están maduras para que la sociología industrial emprenda el gran reto de analizar de manera más compleja la condición obrera. El trabajo clásico de Walker y Guest inaugura una de las dos corrientes que todavía debaten acerca de la explicación de los comportamientos obreros. La propuesta de estos autores es que la vida del trabajo determina dichos comportamientos. La contrapropuesta de Goldthorpe irá más bien en el sentido de ponderar como factor explicativo superior no a la experiencia

LA HERENCIA DE RANIERO PANZIERI

de trabajo, sino a los valores sociales transportados por el obrero de la fábrica. Sin embargo, a pesar de la actitud optimista de Elton Mayo respecto al intento de eliminar el conflicto, este aparece como algo cada vez más inherente a la relación laboral y foco central del análisis sociológico. La importancia del conflicto lleva a desarrollar ámbitos especiales de esta sociología industrial como son el de las organizaciones de los trabajadores y el del conflicto colectivo.

Una constante que aparece en casi todos estos estudios de la sociología industrial (con honrosas excepciones como de la Friedman), es su intención integrativa; además de sostener en los modelos explicativos del conflicto, una concepción estructural en la cual el problema de la subjetividad es reducido a componentes estructurales. El obrero aparece básicamente como objeto determinado por sus características socioeconómicas o su calificación o su experiencia política.

La llegada tardía de la sociología del trabajo en América Latina introduce una serie de confusiones que es necesario destacar: 1) la sociología industrial académica se ha desarrollado básicamente como ciencia empresarial y en la cual el marxismo no ha tenido mucho que decir. 2) las iniciativas a la manera de Panzieri se desenvuelven en el plano de la lucha sindical y política más que en la academia. 3) la sociología industrial, por sus orígenes y desarrollo empresariales, se encuentra bastante alejada de cualquier interés subversivo.

En la línea que abre Panzieri, decíamos, el marxismo aparece como una sociología vestida de ciencia política, que no sirve para resolver cualquier problema de conocimiento, sino que aparece como ciencia de la revolución y en esta medida como un tipo de conocimiento más acorde con la intencionalidad de la transformación social y del enfrentamiento clasista. Por otro

lado, la sociología del trabajo hace referencia a la parcialidad en dos sentidos: como parcialidad disciplinaria (desgajamiento del conocimiento en tipos de comportamientos) y como objetivación de los sujetos-objetos. Desde el punto de vista de la totalidad marxista y de su pretensión revolucionaria, no podría hablarse propiamente de una sociología marxista del trabajo, sino de un punto de partida en el proceso de trabajo y en la composición de clase en el proceso coinvestigativa de reconstrucción de la realidad en la teoría y en la práctica. El eje problemático de la perspectiva de Panzieri es diferente al de las sociologías del trabajo y éste apunta más que a la explicación y la integración, a la conformación práctica de voluntad colectiva autónoma y de subversión del capitalismo.

La ventana abierta por Panzieri permanece y sus retos no han recibido todavía respuestas satisfactorias. Hay una síntesis por realizar: el desarrollo del concepto marxista de totalidad como concepto central de la metodología; el ángulo de análisis de la clase obrera a partir del proceso de trabajo que elimine reduccionismos de todo tipo; y la coinvestigación en todas sus implicaciones tanto epistemológicas y metodológicas, como políticas y prácticas.

Capítulo II

Acercas del uso capitalista de las máquinas en el neocapitalismo*

Según Marx la cooperación simple se presenta históricamente al inicio del proceso de desarrollo del modo de producción capitalista. Pero esta figura simple de la cooperación es sólo una *forma particular* en cuanto *forma fundamental* de la producción capitalista (1). “La forma capitalista presupone desde un principio al asalariado libre

* Apareció en el primer número de los *Quaderni Rossi*, este ensayo representa tanto un punto de arribo como de partida; de arribo en cuanto que es la síntesis del proceso de autocrítica iniciado con el distanciamiento del Partido Socialista Italiano, y de partida en tanto que sobre esta reelaboración teórica se apoyaron durante varios años los trabajos que ubicaron como aspecto importante la relación entre clase obrera y desarrollo tecnológico. La tesis central que maneja Panzieri en este ensayo que el desarrollo tecnológico, así como el desarrollo de las fuerzas productivas no son neutrales, sino que ~responden a la lógica misma del capital el cual plasma en ellos sus fines de extracción máxima de plusvalor y establece de manera despótica la relación entre técnica y poder. Tomado de la revista *Quaderni Rossi*, Milán, n. 1, 1961

que vende su fuerza de trabajo al capital”. Pero el obrero, en cuanto propietario y vendedor de su fuerza de trabajo, entra en relación con el capital solamente como individuo. La cooperación, la relación recíproca entre los obreros

“no comienza sino en el proceso de trabajo, pero en el proceso laboral ya han dejado de pertenecerse a sí mismos. Al ingresar a ese proceso el capital se los ha incorporado. En cuanto cooperadores, en cuanto miembros de un organismo laborante, ellos mismos no son más que un modo particular de existencia del capital. La fuerza productiva que desarrolla el obrero como *obrero social* es, por consiguiente, *fuerza productiva del capital*. La fuerza productiva social del trabajo se desarrolla gratuitamente no bien se pone a los obreros en determinadas condiciones, que es precisamente lo que hace el capital. Como la *fuerza productiva social del trabajo* no le cuesta nada al capital, como, por otra parte, el obrero no la desarrolla *antes* que su trabajo mismo pertenezca al capitalista, esa fuerza productiva aparece como si el capital la poseyera *por naturaleza*, como su fuerza productiva inmanente” (2).

El proceso productivo capitalista se desarrolla en sus distintos estadios históricos como proceso de desarrollo de la división del trabajo, y el lugar fundamental de este proceso es la fábrica:

“Es un producto de la división manufacturera del trabajo el que las *potencias intelectuales* del proceso material de la producción se les contrapongan [a los obreros] como *propiedad ajena y poder que los domina*. Este proceso de escisión comienza en la cooperación simple, en la que el capitalista, frente a los obreros individuales, representa la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. Se desarrolla en la manufactura, la cual mutila al trabajador haciendo de él un obrero parcial. Se consume en la

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

gran industria, que separa del trabajo a la *ciencia*, como potencia productiva autónoma, y la compele a servir al capital” (3).

El desarrollo de la tecnología se produce totalmente al interior de este proceso capitalista. Aun cuando el trabajo está parcializado, el fundamento de la manufactura se basa todavía en la habilidad artesanal, y

“el mecanismo colectivo que funciona en ella no posee un esqueleto *objetivo*, independiente de los obreros mismos, el capital debe luchar sin pausa contra la insubordinación de estos”. La manufactura tiene, por lo tanto, una *base técnica restringida* que entra en contradicción “con las necesidades de producción generadas para ella misma” (4).

La introducción de las máquinas en vasta escala señala el pasaje de la manufactura a la gran industria. Este pasaje se presenta, por un lado, como superación de “el fundamento técnico de la anexión vitalicia del obrero a una función parcial. Y caen, por otra parte, las barreras que ese mismo principio oponía aún a la dominación del capital” (5).

La tecnología incorporada en el conjunto del sistema capitalista destruye “el viejo sistema de la división del trabajo”, y lo consolida “sistemáticamente y bajo una forma aún más repulsiva, como medio de explotación de la fuerza de trabajo. La especialidad vitalicia de manejar una herramienta parcial se convierte en la especialidad vitalicia de servir a una máquina parcial. Se utiliza abusivamente la maquinaria para transformar al obrero, desde su infancia, en parte de una máquina parcial. De esta suerte no sólo se reducen considerablemente los costos necesarios para la reproducción del obrero, sino que a la vez se consuma su

desvalida dependencia respecto al conjunto fabril; respecto al capitalista.” (6).

El proceso tecnológico mismo se presenta, por consiguiente, como modo de existencia del capital, como su desarrollo.

“Hasta el hecho de que el trabajo sea más fácil se convierte en medio de tortura, puesto que la máquina no libera del trabajo al obrero, sino de contenido a su trabajo. Un rasgo común de toda la producción capitalista, en tanto no se trata solo de *proceso de trabajo* sino, a la vez, de *proceso de valorización* del capital, es que no es el obrero quien emplea a la condición de trabajo, sino, a la inversa, la condición de trabajo al obrero. Pero solo con la maquinaria ese trastrocamiento adquiere una realidad *técnicamente tangible*. Mediante su transformación en autómatas, el medio de trabajo se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, *como capital*, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva” (7).

La fábrica automática establece potencialmente el dominio de parte de los productores asociados sobre el proceso de trabajo. Pero en la aplicación capitalista de la maquinaria, en el moderno sistema de fábrica “es el autómatas mismo el sujeto, y los obreros sólo se coordinan como órganos conscientes ajenos a los órganos inconscientes de aquél, quedando subordinados con éstos a la fuerza motriz central” (8).

En consecuencia, se puede establecer, entre otras cosas: 1) que el uso capitalista de las máquinas no es, por así decirlo, la simple distorsión o desviación de un desarrollo “objetivo” en sí mismo racional, sino que dicho uso determina el desarrollo tecnológico; 2) que “ante la ciencia, ante las descomunales fuerzas naturales y el trabajo masivo social ... corporificados en el sistema fundado en las máquinas... forman, con este, el poder del “patrón” (9). Por consiguiente, frente al obrero

individual desprovisto, el desarrollo tecnológico se manifiesta como desarrollo del capitalismo: “como capital y en cuanto tal el autómeta posee en el capitalista conciencia y voluntad” (10). En el cerebro del patrón “la maquinaria y el monopolio que ejerce sobre la misma están inextricablemente ligados” (11).

El proceso de industrialización, a medida que se adueña de estadios cada vez más avanzados de progreso tecnológico, coincide con el aumento incesante de la autoridad del capitalista. Con el crecimiento del volumen de los medios de producción, contrapuestos al obrero, crece la necesidad de un control absoluto de parte del capitalista. “La conexión entre sus trabajos se les enfrenta idealmente [a los obreros] como plan, prácticamente como autoridad del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos” (12). De allí que el desarrollo de la programación capitalista esté estrechamente vinculado al desarrollo del uso capitalista de las máquinas. Al desarrollo de la cooperación, del proceso de trabajo social; corresponde, en la dirección capitalista, el desarrollo del plan como despotismo. En la fábrica el capital afirma en forma creciente su poder “como legislador privado”. Su despotismo está en su planificación, “caricatura capitalista de la reglamentación social del proceso laboral” (13).

Las transformaciones técnicas y organizativas del capitalismo y las interpretaciones objetivistas

El análisis de Marx acerca de la división del trabajo en el sistema de la gran industria bajo dirección capitalista se presenta como una metodología válida para refutar las

distintas ideologías “objetivistas” que afloran en el terreno del progreso tecnológico (especialmente, en relación con la fase de la automatización). El desarrollo capitalista de la tecnología, a través de las diversas fases de racionalización y de formas cada vez más refinadas de integración, etc., comporta un aumento creciente del control capitalista. El factor fundamental de este proceso es el creciente aumento del capital constante respecto del capital variable. En el capitalismo contemporáneo, como es sabido, la planificación capitalista se amplía desmesuradamente con el pasaje a formas monopolistas y oligopólicas, que implican la progresiva extensión de la planificación de la fábrica al mercado, al área social externa.

No existe ningún oculto factor “objetivo”, implícito en los aspectos de desarrollo tecnológico o de programación en la sociedad capitalista actual, que pueda garantizar la transformación “automática” o la subversión “necesaria” de las relaciones existentes. Las nuevas “bases técnicas”, paulatinamente logradas en la producción constituyen para el capitalismo nuevas posibilidades de consolidación de su poder. Esto no significa, naturalmente, que no se acrecienten simultáneamente las posibilidades de subversión del sistema. Pero estas posibilidades coinciden con el valor totalmente destructivo que frente al “esqueleto objetivo” cada vez más independiente del mecanismo capitalista, tiene a asumir “la insubordinación obrera”.

Las ideologías “objetivistas”, “economicistas”, presentan, por lo tanto, obviamente, los aspectos más interesantes en torno a los problemas del desarrollo tecnológico y de la organización empresarial. No nos referimos aquí, naturalmente, a las ideologías neocapitalistas, sino a posiciones expresadas en el interior, del movimiento obrero y de su problemática teórica.

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

Contra las viejas cristalizaciones ideológicas en la acción sindical, el proceso de renovación del sindicato de clase en estos años se desarrolla ante todo en torno al reconocimiento de las “nuevas realidades” del capitalismo contemporáneo. Pero la atención justamente orientada a las modificaciones que acompañan la actual fase tecnológica y económica, en toda una serie de exposiciones e investigaciones aparece deformada debido a una representación “pura”, idealizada, despojada de las conexiones concretas con los elementos generales y determinantes (de poder) de la organización capitalista (14). La racionalización, con su extrema parcelación del trabajo, su “vaciamiento” del trabajo obrero, es considerada como una fase de pasaje, “dolorosa” pero necesaria y transitoria al estadio que “recompone en sentido unitario los trabajos parcelarios”. Se reconoce ambiguamente que la disminución de la aplicación del trabajo vivo en la producción y el aumento correspondiente del capital constante conducen a una ininterrumpida continuidad del ciclo, así como “crecen ulteriormente los lazos *de* interdependencia interna y externa: así como en el interior de una unidad productiva cada puesto de trabajo y cada trabajador no pueden ser considerados más que como partes de un conjunto orgánicamente articulado, así, hacia el exterior, cada unidad productiva y su comportamiento tiene muy estrechas ligazones de interdependencia con todo el cuerpo económico” (15).

Aspectos característicos nuevos asumidos por la organización capitalista son convertidos de esta manera en estadios de desarrollo de una “racionalidad” objetiva. Así, por ejemplo, viene subrayada la función positiva, “racional” del MTM, en cuanto “a través de los tiempos el técnico se ve obligado a estudiar (los métodos) (16). Y además: el enorme valor de ruptura que asume en la gran empresa moderna “con una

producción programada y realizada a flujo continuo” la “no correspondencia de un obrero, de un grupo de obreros, cuanto le viene exigido en base a las previsiones hechas en el programa de producción de la empresa” (17) es absolutamente olvidado para poner de relieve, en cambio, la exigencia (naturalmente “racional”) “de la llamada relación ‘moral’ entre empresarios y trabajadores, que es condición y fin de las denominadas ‘relaciones sociales’, precisamente porque únicamente sobre su base se puede establecer la colaboración”. En efecto, “a una producción integrada debe corresponder una integración del trabajador en la empresa, y esta integración debe ser voluntaria, por cuanto ninguna constricción o disciplina puede obtener la renuncia, de parte de los hombres a la libertad, por ejemplo, de producir un día un poco de menos y otro día un poco de más”, etc. (18). De modo que las razones del agotamiento de este movimiento (de las “relaciones humanas”) podrán consistir en la absorción de la parte válida de su temática”: en efecto, los sindicatos deben intervenir “para romper dañosas formas de empresarismo estrechamente ligadas a las ‘relaciones humanas’ mismas” (19). Por lo tanto, la sustancia de los procesos de integración viene aceptada, reconociendo en ellos una necesidad intrínseca que derivaría fatalmente del carácter de la producción “moderna”. Simplemente, se plantea la exigencia de corregir algunas “distorsiones” que el uso capitalista introduciría en estos procedimientos. La misma organización “funcional de la producción es vista en este marco sólo bajo su forma tecnológicamente “sublimada”, directamente como un salto más allá de la jerarquización propia de las fases precedentes de mecanización. Ni se sospecha siquiera que el capitalismo pueda servirse de las nuevas “bases técnicas” ofrecidas por el pasaje de los estadios precedentes al de la mecanización pujante (y de la automatización),

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

para perpetuar y consolidar la estructura autoritaria de la organización de la fábrica. En efecto, aquí se nos representa todo el proceso de industrialización como dominado por la fatalidad “tecnológica” que conduce a la liberación “del hombre de las limitaciones impuestas por el ambiente y por las posibilidades físicas”. La “racionalización administrativa”, el enorme crecimiento de funciones de “organización hacia el exterior”, son igualmente aceptadas en una forma “técnica”, “pura”: la relación entre estos desarrollos y los procesos y las contradicciones del capitalismo contemporáneo (su búsqueda de medios cada vez más complejos para realizar e imponer su planificación), es decir la concreta realidad histórica en la que se encuentra inserto el movimiento obrero y en la que debe combatir, el actual “uso capitalista” de las máquinas y de la organización resultan completamente ignorados en pro de una representación tecnológico-idílica.

Particularmente graves son las deformaciones que se refieren al carácter de la prestación de trabajo en la fábrica moderna, derivadas de una consideración “objetiva” de las nuevas formas tecnológico-organizativas. Se tiende a reconocer la desaparición de la parcialización de las funciones y el establecimiento de nuevas tareas de carácter unitario, que serían calificadas por la responsabilidad, la capacidad de decisión y la multiplicidad de preparación técnica (20). El desarrollo de las técnicas y de las funciones conexas al management es aislado del contexto social concreto en que se produce, es decir, de la creciente centralización del poder capitalista, y considerado así como el soporte de nuevas categorías de trabajadores (los técnicos, los “intelectuales de la producción”), que aportarían “naturalmente”, como reflejo directo de sus nuevas profesiones, la solución de las contradicciones “entre los caracteres y exigencias de las fuerzas

productivas y las relaciones de producción (21). La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción aparece aquí como “no correspondencia” técnica: “por ejemplo, en el caso que la búsqueda de la combinación mejor de determinados factores productivos obtenibles a través de métodos cada vez más válidos objetivamente, ellos (los trabajadores de nuevo tipo) se vean obligados a descartar las soluciones objetivamente más válidas para respetar los límites impuestos por los intereses privados” (22). Y es verdad que, desde este punto de vista, “la hoz y el martillo... pueden ser hoy un símbolo de trabajo humano ¡” Solo desde un punto de vista ideal”! (23). Todo ello, naturalmente, tiene un reflejo directo en la concepción de la lucha obrera, en la representación de los mismos protagonistas de esta lucha. La realidad de las luchas actuales indica una convergencia de los distintos “niveles” de trabajadores determinados por la organización actual de la gran fábrica (24) hacia exigencias *gestionales*. Se comprende que este es un proceso que se lleva a cabo sobre la base de factores objetivos, representados precisamente por la diferente “colocación” de los trabajadores en el proceso productivo, por el tipo diferente de relaciones con la producción y con la organización, etc. Pero el elemento específico de este proceso de “recomposición unitaria” no puede aprehenderse si se descuida o se rechaza el nexo entre el elemento “tecnológico” y el organizativo-político (de poder) en el proceso productivo capitalista. El nivel de clase se expresa no como progreso sino como ruptura, no como “revelación” de la racionalidad oculta implícita en el moderno proceso productivo sino como construcción de una racionalidad radicalmente nueva y contrapuesta a la racionalidad practicada por el capitalismo. Lo que caracteriza a los procesos actuales de adquisición de conciencia de

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

clase en los obreros de la gran fábrica “no [es] solamente la exigencia primaria de expansión de la personalidad en el trabajo, sino una exigencia motivada estructuralmente de gestionar el poder económico y político de la empresa y a través de ella, de la sociedad” (25).

Es por ello que los factores arriba mencionados, de caracterización “objetiva” de los diferentes estratos de trabajadores en el proceso productivo tienen ciertamente un significado en la formación de una toma de conciencia “colectiva”, de parte de los trabajadores, de las implicaciones políticas del hecho productivo. Pero estos factores se vinculan a la formación de una fuerza unitaria de ruptura que tienda a asumir en todos sus aspectos la actual realidad tecnológico-organizativo-propietaria de la fábrica capitalista.

Es obvio que la plena convalidación de los procesos de racionalización (considerados como conjunto de las técnicas productivas elaboradas en el ámbito del capitalismo) olvida que es precisamente el “despotismo” capitalista el que asume la forma de racionalidad tecnológica. En el uso capitalista, no sólo las máquinas, sino también los “métodos”, las técnicas organizativas, etc, son incorporados al capital, se contraponen a los obreros como capital: como “racionalidad” extraña. La “planificación” capitalista presupone la planificación del trabajo vivo, y cuanto más ella se esfuerza en presentarse como un sistema cerrado, perfectamente racional, de reglas, tanto más ella es abstracta y parcial, pronto a ser utilizada en una organización solamente de tipo jerárquico. No es la “racionalidad”, sino el control, no es la programación técnica, sino el proyecto de poder de los productores asociados, quienes pueden asegurar una relación adecuada con los procesos tecno-económicos globales.

En efecto, en el ámbito de una consideración “técnica”, pseudocientífica de los nuevos problemas y de las nuevas contradicciones que surgen en la empresa capitalista actual, es posible encontrar soluciones cada vez más “avanzadas” de los nuevos desequilibrios sin afectar la sustancia de la alienación, y aun, garantizando el mantenimiento del equilibrio del sistema. Las ideologías sociológicas y organizativas del capitalismo contemporáneo presentan distintas fases del taylorismo al fordismo hasta el desarrollo de las técnicas integradoras, human engineering, relaciones humanas, regulación de las comunicaciones, etc. (26) precisamente en la tentativa, siempre más compleja y refinada, de adecuar la planificación del trabajo vivo a los estadios sucesivamente alcanzados, a través del continuo acrecentamiento del capital constante, de las exigencias de programación productiva(27). En este cuadro, es evidente que, tienden a asumir una importancia siempre mayor las técnicas de “información”, destinadas a neutralizar la protesta obrera derivada inmediatamente del carácter “total” que asumen los procesos de alineación en la gran fábrica racionalizada. Naturalmente, desde este punto de vista, el análisis concreto se encuentra frente a situaciones también profundamente diversas entre sí en relación a una cantidad no despreciable de factores particulares (disparidad en el desarrollo tecnológico, orientaciones subjetivas diversas en la dirección capitalista, etc.); pero el punto que es preciso subrayar aquí es que en el uso de las técnicas “informativas”, como manipulación del comportamiento obrero, el capitalismo tiene vastos e indefinibles márgenes de “concesión” (o mejor, podría decirse de “estabilización”). No es determinable el límite más allá del cual la “información” acerca de los procesos productivos globales deja de ser un factor de estabilización para el poder del capital. Lo cierto es que las técnicas de información

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

tienden a restituir, en la situación más compleja de la empresa capitalista contemporánea, aquella “atractiva” (satisfacción) del trabajo de la cual hablaba ya el Manifiesto (28).

La extensión de las técnicas de información y de su campo de aplicación, así como la extensión de la esfera de decisiones técnicas (29), entran perfectamente en la “caricatura” capitalista de la regulación social de la producción. Es preciso por lo tanto subrayar que el “conocimiento productivo” no provoca la subversión del sistema, que la participación de los trabajadores en el “plan funcional” del capitalismo, de por sí, es factor de integración, de alienación por así decirlo, a los límites extremos del sistema. Y es verdad que con el desarrollo de los “factores de estabilización” en el neocapitalismo nos encontramos aquí con una premisa de naturaleza tal para la acción obrera, más rápido posible del capital productivo”: es decir, “cuanto más rápidamente la clase obrera aumenta y acrecienta el poder el enemigo, la riqueza ajena que la domina, tanto mejores serán las condiciones en que podrá seguir laborando por el incremento de la riqueza burguesa, por el acrecentamiento del poder del capital, contenta con forjar ella misma, las cadenas de oro con las que le arrastra a remolque la burguesía” (34).

Por otra parte, el mismo Engels reconocerá (en la *Crítica al programa de Erfurt*) que “el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, y de una esclavitud que se torna cada vez más dura a medida que se desarrollan las fuerzas productivas sociales del trabajo, tanto si el obrero es pagado mejor como si es pagado peor (subrayado nuestro R.P.). Lenin recalca este aspecto como obvio en el marxismo: “y nosotros sabemos que la teoría de Marx ha tomado de los clásicos esta concepción de la acumulación, al reconocer que cuanto más rápidamente crece la riqueza, con tanta más

plenitud se desarrollan las fuerzas productivas del trabajo y su socialización, tanto mejor se torna la situación del obrero, hasta donde ello es posible dentro del sistema actual de economía social” (35). El progresivo aumento del “abismo social” entre obreros y capitalistas es también expresado por Marx en la forma del salario relativo y de su disminución. Pero es evidente que este concepto implica el elemento de conciencia política, el conocimiento precisamente de que, al mejoramiento de las condiciones materiales, al aumento del salario nominal y real, corresponde la agravación de la “dependencia política”. La llamada inevitabilidad del pasaje al socialismo no se plantea a nivel del conflicto material sino sobre la base misma del desarrollo económico del capitalismo, en relación a la “intolerabilidad” de la desigualdad social, que solamente puede manifestarse como toma de conciencia política. Pero por ello mismo la subversión obrera del sistema es la negación de toda la organización en la que se expresa el desarrollo capitalista, y, en primer lugar, negación de la tecnología en cuanto ligada a la productividad.

La ruptura, la superación del mecanismo salario-productividad no puede, por tanto, plantearse como reivindicación “general” del aumento del nivel de salarios. Es evidente que la acción tendiente a superar las desigualdades salariales constituye un aspecto de la superación de aquella relación. De por sí, no garantiza de ninguna manera, la ruptura del sistema, sino solamente “cadenas más doradas” para toda la clase obrera. Solo asumiendo las raíces de los procesos de alienación, individualizando, la creciente “dependencia política” frente al capital, es posible configurar una acción de clase verdaderamente general (36).

En otras palabras, la fuerza destructiva de la clase obrera, su capacidad revolucionaria se presenta (potencialmente)

más fuerte precisamente en los “puntos en desarrollo” del capitalismo, allí donde la relación aplastante del capital constante sobre el trabajo vivo, con la racionalidad a aquel incorporada, plantea inmediatamente a la clase obrera la cuestión de su esclavitud política. Por otra parte, la dependencia creciente de los procesos sociales “externos” globales del plan capitalista, tal como se manifiesta ante todo a nivel empresario, está por así decirlo, en la lógica elemental del desarrollo capitalista. Es sabido que Marx insistió muchas veces en esta proliferación cada vez mayor de las raíces del poder capitalista: en última instancia la división del trabajo en la fábrica tiende a coincidir con la división social del trabajo lo cual, naturalmente, no debe ser entendido de manera estrechamente economicista.

Consumos y tiempo libre

El “objetivismo” acepta la “racionalidad” capitalista a nivel de la empresa, desvaloriza la lucha dentro de las estructuras y los puntos en desarrollo, pero tiende a poner de relieve, en cambio, el valor de la acción en la esfera externa, de los salarios y de los consumos; de aquí deriva, con la búsqueda de una dialéctica a más elevado nivel dentro del ámbito del sistema entre capital y trabajo, la sobreestimación de la acción en el ámbito estatal, la distinción-separación entre momento sindical y momento político, etcétera. De esta manera, hasta en el debate más serio y “actualizado” (que hoy en Italia se desarrolla sobre todo en el ámbito del sindicato de clase), se concluye por encontrar, de una manera más crítica y moderna, una confirmación simple de los viejos planteamientos “democráticos” de la lucha obrera. Todo el trabajo de búsqueda

y de adecuación de la acción sindical a los modos de desarrollo del capitalismo corre el riesgo de desembocar en una convalidación de viejas posiciones, enriquecidas por un nuevo contenido, pero en forma mistificada. Se llega así “a calificar la acción autónoma de las grandes masas sólo a posteriori de las decisiones patronales y jamás *priori*” (37).

Mientras los procesos intrínsecos a la acumulación capitalista devienen cada vez más determinantes globalmente, en lo “interno” y en lo “externo”, en el ámbito de la empresa y en la esfera social general, las distintas posiciones afloran también en el interior del movimiento obrero de la matriz keynesiana, se presentan como verdaderas ideologías, reflejo de los desarrollos neocapitalistas. Contra ellas es válida aun, y quizá con más fuerza, la advertencia de Marx: “La esfera de la circulación, es decir del cambio de las mercancías, en la que se realiza la compra y la venta de la fuerza de trabajo, es de hecho un verdadero Edén de los derechos innatos del hombre”. No por nada se contraponen, a los consumos “impuestos” por el capitalismo, los consumos “honestos” que debería plantearse la clase obrera, y el aumento general de los salarios, es decir, la confirmación de la esclavitud capitalista, es presentado como “instancia” del trabajador en cuanto “persona humana”, que (reivindica dentro del sistema!) el reconocimiento y la afirmación de su “dignidad” (38).

La misma reivindicación de las “necesidades esenciales” (la cultura, la salud) contra la escala de los consumos impuesta por el capitalismo (o por el neocapitalismo) no tiene sentido, como justamente lo ha subrayado Spesso, desde fuera de un rechazo de la racionalización capitalista y de una exigencia obrera de control y de gestión en la esfera de la producción (39).

Es significativo que posiciones “revisionistas” se remitan, deformándola, a la concepción marxista del tiempo libre, de

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

su relación con la jornada de trabajo y de su colocación en la perspectiva de una sociedad comunista. Sobre la base de una interpretación “economicista”, se tiende a identificar en el pensamiento de Marx la libertad comunista con la expansión del tiempo libre sobre la base de la creciente planificación “objetiva” y de la racionalización de los procesos productivos (40).

En efecto, para Marx el tiempo libre “para la libre actividad mental y social de los individuos” no coincide en forma simplista con la reducción de la “jornada de trabajo”. Presupone la transformación radical de las condiciones del trabajo humano, la abolición del trabajo asalariado, la “regulación social del proceso de trabajo”. Vale decir, presupone la subversión integral de la relación capitalista entre despotismo y racionalidad, para la formación de una sociedad administrada por los productores libres en la cual mediante la abolición de la producción por la producción misma, la programación, el plan, la racionalidad y la tecnología están sometidas al control permanente de las fuerzas sociales, y el trabajo pueda así (y solamente por esta vía) convertirse en la “necesidad primera” del hombre. La superación de la división del trabajo, en cuanto meta del proceso social, de la lucha de clases, no significa un salto en el “reino del tiempo libre”, sino la conquista del dominio de las fuerzas sociales sobre la esfera de la producción. El “desarrollo completo” del hombre, de sus capacidades físicas e intelectuales (que tantos críticos “humanistas” de la “sociedad industrial” gustan exigir) aparece como una mistificación si se lo representa como “goce del tiempo libre”, como abstracta “versatilidad”, etc., independientemente de la relación del hombre con el proceso productivo, de la reapropiación del producto y del contenido

del trabajo de parte del trabajador, en una sociedad de libres productores asociados. (41).

El control obrero en una perspectiva revolucionaria

Las “nuevas” reivindicaciones obreras, que caracterizan las luchas sindicales, (examinadas en este “Quaderno” (42)) no aportan inmediatamente un contenido político revolucionario ni implican un desarrollo automático en el mismo sentido. Sin embargo, su significado no puede ser limitado a un valor de “adecuación” a los modernos procesos tecnológicos y organizativos de la fábrica moderna, presupuesto de una “sistematización” de las relaciones de trabajo en general en los niveles más altos. Ellas contienen indicaciones de desarrollo que se refieren a la lucha obrera en su conjunto y en su valor político. Tales indicaciones, sin embargo, no derivan simplemente de la exaltación o de la “suma” de esas reivindicaciones, por más diferentes y “avanzadas” que ellas puedan aparecer respecto a los objetivos tradicionales. Contratación de los tiempos y ritmos de trabajos, de las plantillas, de la relación salario productividad, etc., tienden evidentemente a enfrentar al capital en el interior mismo del mecanismo de acumulación y a nivel de sus “factores de estabilización”. El hecho de que tales reivindicaciones se vayan planteando junto con las luchas de los núcleos obreros en las empresas más fuertes y de mayor desarrollo, es la confirmación de su valor de vanguardia, de ruptura. El intento de instrumentalizarlas a los fines de una lucha general simplemente salarial es sólo ilusoriamente la búsqueda de una nueva, de una más vasta unidad de la acción de clase:

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

con esta línea se realizaría en la práctica precisamente lo que se declara querer evitar, es decir, la recaída en situaciones de cierre empresarial derivadas necesariamente del vaciamiento de los elementos potenciales de desarrollo político. La línea tendencial objetivamente destacable como hipótesis-guía valida esta en el reforzamiento y en la expansión de la exigencia gestional. Puesto que la exigencia de gestión se presenta no como exigencia de participación meramente “cognoscitiva”, sino que asume la relación concreta de racionalización-jerarquía-poder, ella no se encierra en el ámbito de la empresa, se dirige precisamente contra el “despotismo” que el capital proyecta y ejerce sobre toda la sociedad y en todos sus niveles, se expresa como necesidad de subversión total del sistema a través de una toma de conciencia global y una lucha general de la clase obrera en cuanto tal.

Nosotros consideramos que, práctica o inmediatamente, esta línea puede expresarse en la reivindicación del control obrero. Sin embargo, es preciso efectuar algunas aclaraciones. La fórmula del control obrero puede ser juzgada hoy como equívoca, asimilable a un planteamiento “centrista”, de atenuación o de conciliación de las exigencias revolucionarias propuestas por la lucha con la tradicional línea nacional-parlamentaria-democrática: en verdad, no faltan antecedentes de una utilización de la fórmula en este sentido. Caprichosa y ambigua es, por ejemplo, la indicación del control obrero cuando se entiende con ello la continuación o la recuperación de la concepción y de la experiencia de los Consejos de gestión. En el movimiento de los Consejos de gestión, una auténtica exigencia de control obrero venía subordinada hasta llegar a anular al elemento “colaboracionistas” ligado a las ideologías de la reconstrucción nacional y a un planteamiento instrumental del movimiento real respecto al

plano institucional-electoral. La misma ambigüedad es factible cuando una línea de control obrero viene propuesta como alternativa “tolerable”, como “corrección” al “extremismo” de la perspectiva de la autogestión obrera. Ahora bien, es evidente que una formulación no mistificada del control obrero tiene sentido solamente en relación a un objetivo de ruptura revolucionaria y en una perspectiva de autogestión socialista. En este cuadro, el control obrero expresa la necesidad de colmar el “salto” actualmente existente entre las mismas reivindicaciones obreras más avanzadas a nivel sindical y la perspectiva estratégica. Representa, por consiguiente, o mejor dicho puede representar, en una versión no mistificada, una línea política inmediata, alternativa de aquellas, propuestas actualmente por los partidos de clase.

Es evidente que la línea del control obrero es presentada aquí como factor de aceleración de los tiempos de la lucha general de clase: instrumento político para realizar tiempos “aproximados” por rupturas revolucionarias. Muy lejos de poderse representar como “sustituto” de la conquista del poder político, el control obrero constituiría una fase de máxima presión sobre el poder capitalista (en cuanto amenaza explícitamente ubicada en la raíz del sistema). El control obrero, por tanto, debe ser visto como preparación de situaciones de “dualismo de poder”, en relación a la conquista política total.

Es inútil insistir acerca de los motivos que llevan a proponer el control obrero como propuesta política general y actual. Lo que verdaderamente importa es que la polémica contra las fórmulas no sea una coartada para eludir el problema político general impuesto por las luchas obreras y que concretamente se trabaje en reconstruir, sobre la base de estas luchas, una perspectiva política nueva que garantice

contra un decaimiento “sindical” de la acción obrera y su reabsorción en el desarrollo capitalista.

Notas

1. 1. Karl Marx, *El capital*, México, Siglo XXI, t.I, vol.2, 1977, pp. 406-407.
2. *Ibid.*, p. 405
3. *Ibid.*, p. 440
4. *Ibid.*, p. 448
5. *Ibid.*, p. 449
6. *Ibid.*, p. 515
7. *Ibid.*, p. 516
8. *Ibid.*, p. 511
9. *Ibid.*, p. 516
10. *Ibid.*, p. 491
11. *Ibid.*, p. 516
12. *Ibid.*, p. 403
13. *Ibid.*, p. 517
14. Consideramos útil referirnos a los primeros documentos del “giro” sindical, sobre cuya base continúa desarrollándose hoy el debate: I laboratorie e il progresso tecnico. Actas del Coloquio tenido en el Instituto “Antonio Gramsci” en Roma, durante los días 29-30 de junio y 1 de julio de 1956, referentes al tema: Le trasformazioni tecniche e organizzative e le modificazioni del rapporto di lavoro nelle fabbriche italiane; Silvio Leonardi, Progresso técnico e rapporti di lavoro, Einaudi Torino 1957. Tomamos como referencia fundamental la obra de Leonardi, que amplía y profundiza la relación expuesta por él mismo en el Coloquio del Instituto Gramsci.

Para los desarrollos más recientes de la discusión, cfr. los informes y las intervenciones presentadas en el reciente Congreso acerca del progreso tecnológico y la sociedad italiana. En estos apuntes, prescindimos de toda referencia a la vasta literatura (tanto de inspiración neocapitalista como marxista) sobre los temas indicados, tratando sólo de referirnos al debate en curso en nuestro movimiento sindical.

15. Cfr. Leonardi. op.cit. p.93; cfr. también p. 35, 46, 55-59.
16. Ibid., p.48.
17. Ibid., p. 50. “un simple retardo, una ausencia, o también una pequeña disminución de la producción de un solo obrero, pueden reflejarse en toda una línea de máquinas”, etc. (pp. 50 y ss.)
18. Ibid., pp. 50-51.
19. Ibid., p. 52.
20. Ibid., pp. 55-56.
21. Ibid., p. 82. Sobre la “alienación total” de los “intelectuales de la producción” ver en cambio las observaciones verdaderamente puntuales y agudas de Pino Tagliacozzi en el artículo Aspetti della condizione impiegatizia nell'industria moderna, en “sindacato moderno”, n. 1, febrero-marzo 1961, pp. 53 y SS.
22. Leonardi, op. cit. pp. 81-82.
23. Ibid., p. 67.
24. Cfr., el artículo de Romano Alquati en “Quaderni Rossi”, n.1.
25. Ibid.
26. Cfr. Nora Mitrani, “Ambiguité de la technocratie”, en “cahiers internationaux de sociologie”, vol.XXXI, 1961, p. 111.

27. Franco Momigliano ha observado con justeza que la fábrica moderna no sólo excluye cada vez más a los obreros de la participación consciente *en* el momento mismo de la elaboración del plan racional productivo, en el proceso global de producción, sino que requiere de los obreros, subordinados a la nueva racionalidad, identificarse contemporáneamente con el momento ‘antiracional’, el correspondiente a la filosofía del ‘ajustarse’, del viejo empirismo. De tal modo la misma resistencia obrera resulta, paradójicamente, racionalmente explotada. Cfr. II “sindacato nella fabbrica moderna”, *en* *Passato e presente*, n. 15 mayo-junio 1960, pp. 20-21.
28. “El creciente empleo de las máquinas y la división del trabajo quitan al trabajo del proletario todo carácter propio y le hacen perder con ello todo atractivo para el obrero. Este se convierte en un simple apéndice de la máquina”. (Karl Marx y F. Engels, El manifiesto comunista, en *Obras escogidas*. Moscú, Ed. Progreso, t. I, p.26).
29. Sobre la exigencia de participación “democrática de los obreros para una administración capitalista más racional, cfr. El libro muy importante de Seymour Melman, Decisión Making and Productivity, Oxford, 1958.
30. Los más recientes desarrollos de la investigación económica y técnica en la Unión Soviética presentan un carácter ambiguo. Mientras la reivindicación del momento autónomo de la investigación tiene, sin duda, un significado de resistencia y de ruptura respecto a las formas más groseras de voluntarismo *en* la planificación de tipo estalinista, el desarrollo de procesos “racionales”, independientemente del control social de la producción parece representar (¿cuánto hay? y ¿cuánto como posibilidad futura?) la premisa y el soporte para nuevos

desarrollos de los viejos procesos de burocratización. Sin embargo, es importante no perder de vista el elemento distintivo de la planificación soviética respecto al plan capitalista. El elemento autoritario, despótico de la organización productiva nace en el seno de las relaciones capitalistas y sobrevive en las economías planificadas de tipo burocrático. Las burocracias en su relación hacia la clase obrera no pueden protegerse solamente en la racionalidad objetiva, sino que deben recurrir a la clase obrera misma. La caída del elemento fundamental, del elemento propietario, cercana a la organización burocrática y su propio fundamento. De allí que en la URSS y en las Democracias Populares las contradicciones se presenten en forma diferente y el despotismo asuma un carácter precario y no organice. Lo que no significa, naturalmente, que sus manifestaciones no puedan asumir aspectos igualmente crudos que los de las sociedades capitalistas. Cfr. las observaciones fundamentales de Rodolfo Morandi en los escritos: “Análisis dell’ economia regolata” (1942) y Criteri organizzativi dell’ economia collettiva (1944), reimpresos en Lotta di popolo, Einaudi. Torino, 1958. La exclusión del elemento propietario y la consideración en sí del elemento autoritario-burocrático o de la alienación técnica (o *de* ambos) están, como es sabido, en el centro de una interminable literatura ideológica neocapitalista y neorreformistas. Al análisis de estas ideologías estará dedicado uno de nuestros “Quaderni”.

31. Cfr. Friederich Engels, Introducción a trabajo asalariado y capital de Karl Marx, Obras escogidas, t. I., Moscú, p. 63.
32. Ibid.,
33. Ibid.,
34. Ibid.,

35. Lenin, Caracterización del romanticismo económico, en obras completas T.II, Cartago, Buenos Aires, 1960, p. 138.
36. Cfr. el actual debate en “Política Ed economía”, con artículos *de* Aravini, Tató, Napoleoni, etc. (números de noviembre *de* 1960).
37. Cfr. Ruggero Spesso, Il. Potere contrattuale dei lavoratori e la “razionalizzazione” del monopolio, en “Politica ed economía”, noviembre 1960, p. 10. Una consideración aparte merecería las posiciones expresadas por Franco Momigliano. Observa correctamente que la consideración de los “instrumentos de la organización de la racionalización del mundo moderno” debe constituir para el sindicato la premisa “para buscar las condiciones *de* una competencia eficiente y de una capacidad hegemónica de la clase obrera” (artículo cit. p.2029). Y muchas veces ha insistido en la exigencia de que por esta vía la clase obrera reconquiste frente al capital una verdadera y completa autonomía. Pero no se comprende cómo puede conciliar estas tesis y exigencias con la confirmación del “específico terreno institucional del Sindicato”, con el consiguiente rechazo a reconocer a la misma acción sindical el carácter de una creciente tensión de ruptura respecto al sistema (Cfr. F Momigliano, struttura delle retribuzioni e funzioni del sindacato, en “Problemi del Socialismo”, junio 1961, p. 633). Véase también del mismo Momigliano: Una temática sindical moderna en “Passato e presente”, n. 13, enero-febrero 1960; el informe al Congreso sobre el Progreso tecnológico y la sociedad italiana (Milán, junio de 1960) sobre el tema: Trabajadores y sindicatos frente a las transformaciones del proceso productivo en la industria italiana.

38. Cfr.: Antonio Tato, Ordinare la struttura della retribuzione secondo la lógica e i fini del sindacato, en “Política ed economía”, febrero-marzo 1961, pp. 11-23. La creciente incidencia social inmediata de la esfera de la producción es, como se nota, subrayada en toda la investigación marxista. Entre otros autores, Paul H. Sweezy, en La teoría del desarrollo Capitalista, nos ofrece, bajo varios aspectos, una demostración aun hoy válida (véase sobre todo p. 265 y sig.). Sweezy cita este párrafo de Rosa Luxemburgo en Reforma y Revolución: “El ‘contrato social’ ... se interesa no *en* la limitación de la propiedad capitalista, sino, por el contrario, en su protección. O hablando en términos económicos, no bien una normalización y regulación de ella” (Sweezy, *op cit.*, p. 276; cfr. El capital t. I, vol. 1, pp. 335 y ss., propósito de la legislación inglesa sobre la limitación *de* la jornada de trabajo).
39. Cfr. Spesso, *op cit.*: “Auspiciar ... mayor consumo cultural no tiene sentido si luego no se puede considerar como factible la utilización de esta cultura por parte del individuo precisamente en su actividad creativa y fundamentalmente, en el proceso *de* trabajo... los mismos consumos de un individuo están totalmente condicionados por su posición *en* la actividad productiva... las ‘necesidades esenciales’ (La cultura, la salud) nacen, se precisan, se afirman en el rechazo de las work rules, en la toma de conciencia obrera del significado y del rol del trabajo’. (pp.9-10). La representación de la alienación en el neocapitalismo como alienación del consumidor es al mismo tiempo una de las ideologías corrientes más ridículas y más difundidas.
40. Cfr. Paul Cardan, Capitalismo e Socialismo en “Quaderni di unità proletaria”, n. 3. Es necesario subrayar que tal

ACERCA DEL USO CAPITALISTA DE LAS MAQUINAS

interpretación es utilizada por Cardan para expresar, en polémica con el marxismo, un punto de vista revolucionario.

41. La representación de la sociedad comunista como una sociedad de “abundancia” de bienes (aunque no sólo materiales) y de “tiempo libre” es comúnmente difundida en las ideologías soviéticas y deriva obviamente de la negación de una efectiva regulación del proceso de trabajo las ilusiones “tecnológicas” intervienen hoy en auxilio de estas ideologías. Para Strumilin, por ejemplo, “las funciones directivas de los procesos de producción” se identifican con el control “técnico”, con el “más elevado contenido intelectual” del trabajo vuelto posible por el “desarrollo de la técnica con sus milagrosos mecanismos automáticos y las máquinas electrónicas ‘pensantes’”. (Cfr. Sulla via del comunismo. Moscú, 1959). ¡Y así la automatización permitirá realizar una sociedad realmente “afluente”, de consumidores de “tiempo libre”! (Cfr. nuestra nota 30). Como ejemplo de una típica deformación de los textos de Marx sobre este punto, cfr. Georges Friedman, ¿Dove va il lavoro umano? Milan, 1955, p.333 y ss. Donde la reapropiación del producto y del contenido del mismo trabajo por parte del obrero ¡es identificada con el “control psicofisiológico del trabajo”!



Capítulo III

Luchas obreras en el desarrollo capitalista*

Este primer número de *Quaderni Rossi*, que es por otra parte el resultado de una serie de experiencias políticas, de participación en las luchas que nosotros hemos cuidado, hecho y escrito, lo consideramos ampliamente insuficiente y superado por el desarrollo de la situación política y la lucha de clases en nuestro país. Digo superado, pero no en los aspectos que de costumbre nos reprochan, porque estos,

* Este artículo es la transcripción de una conferencia dictada por Panzieri en Siena, en marzo de 1962, con motivo de la presentación del primer número de los *Quaderni Rossi*. El eje central de reflexión es la relación entre clase, sindicato y partido teniendo presentes los nuevos contenidos políticos que asumieron las luchas durante 1960 y la necesidad de una recomposición unitaria de la clase obrera en el nivel actual del desarrollo capitalista.

Las repeticiones del texto se explican por el carácter oral de la exposición. Tomado de los *Quaderni Piacentini*, 1967

según nosotros, son plenamente válidos (después subrayaré este punto, anticipando que, más bien, el defecto del primer número de los “QR” es el de ser aún tímido en cierto tipo de análisis).

Un punto de referencia, que es un punto de referencia teórico y práctico a la vez, son las luchas obreras que se han desarrollado en Italia alrededor de 1960, es decir, en esta nueva fase. Estas luchas, que han tenido las más de las veces una articulación a la apariencia puramente sindical, no han encontrado una expresión política acabada. Son, sin embargo, importantes, muy importantes porque se caracterizan de manera particular respecto al desarrollo precedente de las luchas obreras. No tenemos aquí, evidentemente, el tiempo para hacer un análisis profundo; por lo tanto, me limito a indicar algunas características generales que han tenido estas luchas obreras en el momento en que han sido vistas en su conjunto (cosa que todos saben pero que repito solo por comodidad discursiva).

No tengo necesidad de decir que las luchas obreras, repito de 1960 a hoy, son el hecho más sólido desde un punto de vista cuantitativo, y cualitativamente, como es obvio, más importante de la situación política italiana. Deseo subrayar que asumimos estas luchas como el elemento más importante de la situación política italiana de 1960 a hoy. Decía, “características relevantes de estas luchas cuando son vistas en su conjunto”: el total de las llamadas nuevas reivindicaciones, que todos conocen, y que no están jamás separadas de las reivindicaciones salariales, como es evidente, es decir todas aquellas nuevas reivindicaciones que tienden a expresar el nivel obrero al mismo que el nivel del capital, así como este se presenta hoy en la fábrica, con sus características actuales, tomadas en su conjunto, estas nuevas reivindicaciones indican la clara

tendencia, por parte de la clase obrera, de llevar al primer plano la condición obrera en su totalidad y, quisiera decir, la condición obrera en sí misma. Tenemos reivindicaciones de diversos tipos: salario por rendimiento, reivindicaciones que atañen directamente a la contratación de las plantillas, ritmos y tiempos de trabajo, etc. que se presentan muy distintas de situación a situación, de empresa a empresa, de zona a zona, etc.; pero que sin embargo la característica relevante es que en un gran número de casos (evidentemente no en la totalidad) las reivindicaciones asumidas por los obreros, por la clase obrera, tienden a golpear, a subrayar el momento característico de la relación del obrero, de la clase obrera frente al capital en una determinada situación; en otras palabras, tienden a poner en evidencia los elementos específicos de la relación de subordinación de la clase obrera al capital, de frente precisamente al capital.

Es claro que hay una relación y usamos, no obstante, la palabra dialéctica a pesar de que siempre sea fuente desgraciadamente de equívocos entre esta tensión obrera, para expresar este tipo de reivindicaciones, no solo salariales que caracterizan la condición obrera en su conjunto, y la actividad desarrollada por el sindicato de clase.

El sindicato de clase ha captado, no sé si más o menos oportunamente (esto no nos interesa), con notable fuerza y claridad, desde antes de 1960 (el proceso autocritico del sindicato de la CGIL arranca por lo menos desde 1956), algunas de las nuevas características del desarrollo capitalista: creciente desarrollo del capital constante, creciente desarrollo y creciente modificación en la composición orgánica de capital, el recurso a técnicas cada vez más refinadas de integración del obrero a la fábrica, el recurso de la técnica de programación, de planificación capitalista, etc.

por lo cual diría que estas características se han arraigado profundamente en estos años en la clase obrera. Cuando observamos a las organizaciones del movimiento obrero y nos damos cuenta de la molesta, difícil y grave situación, no debemos olvidar, por otro lado, lo que estas organizaciones han hecho de positivo en estos años. Ha sido y es un proceso complicado, no simple, de comunicación recíproca entre la clase obrera y el sindicato en estos últimos años. Los canales de comunicación no siempre han estado abiertos de manera evidente. Aun hoy asistimos a menudo a huelgas llamadas espontáneas, que no son de ninguna manera espontáneas, porque cuando una huelga llega a enarbolar reivindicaciones de este género, no se trata evidentemente de una huelga espontánea: puede existir un cierto grado de espontaneidad, pero en realidad hay una conciencia obrera, un grado notable de conciencia obrera, y somos entonces inducidos a pensar y que el sindicato no sabe nada, que interviene después. Pero esto no significa que el sindicato no haya intervenido en ello, que no haya participado en la preparación de esta condición obrera de lucha. Creo que se puede afirmar tranquilamente y con mucha claridad que: en estos años, el sindicato de clase, algunos de sus sectores, algunos de sus exponentes, con un esfuerzo que ha sido también colectivo, ha contribuido notablemente a la formación de una conciencia obrera adecuada al nivel alcanzado por el capital (lo mismo, según nosotros, no puede decirse de los partidos, y después veremos por qué).

Otra característica importante de estas luchas obreras –y esto es verdaderamente muy importante– radica en el hecho de que aún tenemos en Italia una situación de grandes y numerosas desigualdades. Tomo la situación que mejor conozco, la de Turín o Ivrea: tenemos, al lado del nivel

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

de la Fiat, cinco o seis niveles diferentes, con condiciones salariales diversas, con condiciones obreras y de relaciones de trabajo completamente diferentes, etc., sin hacer referencia a la desigualdad más grosera, que es aquella entre el norte y el Mezzogiorno (zona sur o meridional) y sobre la cual, sin embargo, es necesario entenderse.

Tenemos entonces las zonas de desarrollo y las zonas que permanecen más atrasadas. Hemos tenido luchas obreras en zonas avanzadas y en zonas atrasadas: ¿cuál es la característica interesante? Es esta: que a menudo, sea que se desarrollen en zonas avanzadas o en zonas atrasadas, las luchas tienden a asumir las mismas características, esto es, tienden a poner precisamente en evidencia, aunque sea todavía a través de los contenidos sindicales (y este es el gran problema que debemos discutir), la relación compleja entre la clase obrera y el capital. Hemos tenido en Turín luchas características de zonas atrasadas, por ejemplo, los Cotonifici Val di Susa, y recientemente otra lucha importante, la lucha de los obreros de la Lancia (la de los obreros de la Michelin es distinta). Son dos situaciones Cotonifici Val di Susa y Lancia de atraso relativo; la de cvs, se podría decir, de absoluto atraso, tan es así que el periódico de la Fiat, La Stampa ha sostenido abiertamente las reivindicaciones de los obreros de la cvs diciendo: “Se entiende que estos obreros se agiten porque no tienen las condiciones obreras de la Fiat”. ¿Por qué la Fiat estaba interesada en hacer esta política? Primero, porque la Fiat tiene interés en el desarrollo económico dondequiera que esto pueda suceder y, en segundo lugar por razones ideológicas, esto es, por consolidar el mito de la Fiat: “ustedes están mal porque no son obreros de la Fiat”. Pero se equivocan la Fiat y su periódico al hacer esta valoración, porque en realidad, una vez puesto en movimiento el mecanismo de la

lucha por motivaciones salariales (condiciones de absoluta insuficiencia económica de los obreros de la cvs), la lucha ha expresado, inmediatamente después, contenidos de gran valor sindical y potencialmente políticos. Los obreros de la cvs han expresado claramente el problema de su entera condición en cuanto clase obrera, diciendo abiertamente que el suyo no era un problema de salario y obligando a los sindicatos a enarbolar, junto a las reivindicaciones salariales, reivindicaciones que nadie había pensado que en una situación de aquel género pudieran madurar, reivindicaciones que atañen precisamente a la condición obrera, a los otros aspectos de la relación de trabajo. Si se habla con los compañeros de Milán, dicen que la situación es la misma; tenemos una larga documentación de este tipo en la que las luchas de las zonas más atrasadas tienden a asumir las mismas características que asumen las luchas de las zonas más avanzadas. ¿Por qué sucede esto? Porque cuando la clase obrera se mueve y en su movimiento madura una conciencia de clase, en esa misma medida tiende a evaluar sus propias demandas con base en lo que el capital es, no con base en la situación empírica en la que se encuentra la clase obrera. Esta es una señal muy importante que nos impulsa a superar esta visión fragmentada, malamente empírica de la realidad y a reapropiarnos de una visión marxista de la realidad, para la cual lo real no es el dato empírico, esta o aquella empresa vista como un átomo, sino que real es el capital, así como se manifiesta en esta o aquella situación. Si no se observa el nivel del capital en su conjunto, no se puede comprender siquiera la realidad de la situación particular. La realidad empírica de las situaciones individuales es importante en cuanto que nos remite a la realidad del capital en su conjunto; y esta comprensión es la única que permite después regresar

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

a comprender verdaderamente las situaciones individuales. El error que aún todos cometemos es el de observar, el de aceptar nosotros mismos al capital como el que tiende a presentarse, es decir, como un conjunto atomizado de situaciones. Esta tensión hacia un nivel y características únicas de la clase obrera partiendo aún de situaciones distintas significa, evidentemente, que hay una fuerte tensión unitaria con un contenido que no es puramente sindical, sino que potencialmente es un contenido político. Los sindicatos de tierra de la CGIL, (Federbraccianti y Fidermezzadri), están haciendo desde hace muchos meses, desde hace dos años, un discurso análogo al que realizan actualmente algunos compañeros: por esta parte me limito a remitirlos a los estudios extraordinariamente lúcidos e inteligentes que están entre las contribuciones más importantes que el marxismo ha dado en estos últimos años en Italia y no sólo en ella de tres compañeros, Daneo, Bloisey el compañero Guerra.

La tercera característica respecto a la cual quisiera detenerme un momento, y que por lo demás está estrechamente ligada a las otras dos, es esta: que en estas luchas se expresa (es un poco el compendio de lo que habíamos dicho) una fuerte carga, un fuerte potencial, una fuerte tensión hacia una reivindicación evidentemente no sindical, es decir hacia una reivindicación de poder obrero. Tomadas en su conjunto, estas distintas características de las luchas obreras significan que la clase obrera tiende a poner directamente sobre el tapete la relación de poder entre capital y clase obrera, que hay un esfuerzo, una tensión hacia este nivel. Esta tensión, y por lo tanto esta carga unitaria y de reconquistada autonomía de la clase obrera, se expresa también en la actitud que la clase tiene hacia las organizaciones, es decir, como demanda y tranquila imposición de una norma de democracia

con obrera, de una relación justa entre clase obrera y organización. Como todos los sindicalistas saben, en la clase obrera de hoy, sobre todo, se entiende, durante la lucha se expresa fuertemente la reivindicación del control de los organismos, por parte de la clase obrera misma. Ella quiere controlar los organismos de clase, los quiere utilizar, no es cierto que no los reconozca. Los reconoce, pero los reconoce como sus instrumentos, quiere que sean sus instrumentos, rechaza toda relación de carácter instrumental, de carácter externo, que vaya solo del exterior a la clase obrera, de arriba hacia abajo. Ustedes lo saben, es crónica sindical de cada día, que son tal vez poquísimas las situaciones de lucha obrera hoy, aun cuando la lucha se limite a objetivos sindicales, en los cuales, la clase obrera no comience la agitación con la asamblea obrera y no mantenga la asamblea como instancia de decisión soberana hasta el final. Hemos asistido y asistimos continuamente a protestas de los obreros cuando al concluir la lucha el sindicato inevitablemente (inevitadamente tal vez no, pero de cualquier manera de forma muy frecuente) aparece como el delegado que finalmente ha firmado con el patrón, con la contraparte; y se presentan después los obreros a decir lo que han hecho. Nosotros sabemos, y lo hemos comprobado también en decenas de luchas en Turín, que las violentas protestas de los obreros tenían dos significados: el primero, más limitado, es la relación con la organización, el rechazo a delegar en ella las cuestiones sindicales. El segundo significado, más general, es que, en realidad, en aquella lucha sindical, los obreros habían expresado un contenido que no puede ser satisfecho por ningún convenio sindical, porque toda acción sindical, por más avanzada que sea, tiene siempre un aspecto, el contractual, que es inevitablemente un aspecto de estabilización del

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

sistema y que es precisamente aquel que los obreros habían, por el contrario, puesto a discusión durante la lucha. Sin embargo, en vista de que los obreros no encuentran una expresión política adecuada, una posibilidad de articular en el plano organizativo y político esta carga de lucha global que expresan, tienden a mostrar su insatisfacción de manera negativa, revirtiendo sobre el sindicato, digámoslo así, responsabilidades que el sindicato no tiene, porque en ningún caso la acción sindical podría asumir una tarea política de naturaleza general. Esto no significa que la acción sindical no comparta distintas alternativas; la acción sindical será hecha de un cierto modo si se la coloca en relación a una perspectiva política, será hecha de otra manera si se la coloca en relación a otra perspectiva política. Será hecha ambiguamente como hoy, cuando queriendo recoger las derrotas obreras y no pudiéndolas poner en articulación con las perspectivas políticas ofrecidas por los partidos, el sindicato tiende a no elegir, a no expresar sustancialmente ni una ni otra alternativa política, ni una alternativa reformista ni una alternativa de ruptura del sistema. Sin embargo, la acción sindical, aun cuando sea puesta en articulación con una perspectiva de ruptura del sistema, que según nosotros es la función del sindicato, no significa que pueda ejercer las tareas políticas de ruptura: la acción sindical no puede en ningún caso hacer esto. Una de las cosas que más nos ha sorprendido es la de encontrar compañeros que nos acusan de anarcosindicalistas, cuando en realidad nuestra preocupación, la preocupación de la cual hemos partido, es precisamente la de borrar este equívoco que está presente en la situación actual, esto es que la acción sindical pueda hoy desarrollar las tareas políticas de ruptura del sistema. Ahí donde el problema es el de reponer, en su totalidad el problema político, –se

entiende—, del dato sobresaliente de la situación italiana que son las luchas obreras, pero para destacar precisamente que el nivel sindical, por cuanto avanzado que sea la articulación sindical, no puede, en ningún caso, satisfacer las exigencias políticas que estas luchas proponen. Y los partidos de clase, que deberían recuperar esta propuesta, se cuidan bien de no hacerlo.

Ahora, para profundizar un poco este discurso, es necesario remontarse al elemento objetivo. Es verdad que existen estas luchas obreras y que ellas son un hecho relevante desde un punto de vista cuantitativo y cualitativo; todo esto, sin embargo, podría ser un hecho provisional, particular. Se requiere saber cuál cosa es el adversario, si estas luchas revelan los aspectos característicos, objetivos del capital, o no, es decir, se necesita ver cómo está hecho el capital para decidir posteriormente; sobre el significado político de estas luchas. Se precisa de esta verificación, y la verificación esta siempre al nivel del capital, no puede jamás residir solo al interior del nivel obrero. Mejor dicho, el nivel obrero se construye seriamente solo si se ha elevado al nivel del capital y ha alcanzado a dominar, a comprender, a englobar el capital. Si hacemos un esfuerzo en esta dirección (y este es el esfuerzo que intentamos hacer con los *Quaderni Rossi*, un esfuerzo que no intentamos hacer solo nosotros: de ninguna manera presumimos de nuestra contribución, que es efectivamente una contribución modesta; por el contrario, el problema de hoy es el de encauzar verdaderamente todas las fuerzas posibles del movimiento obrero al terreno de esta elaboración), y podemos afirmar que el carácter propiamente avanzado de las luchas obreras revela los aspectos avanzados del capitalismo, revela efectivamente la realidad de capitalismo actual. Las luchas obreras tienden a

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

ser avanzadas, usamos esta fea y ambigua palabra, tienden, digamos mejor, a tener una riqueza de contenidos políticos en absoluta correspondencia con el nivel alcanzado por el capitalismo: son avanzadas cuanto avanzado es el capital, cuanto avanzado está el capitalismo de nuestro país. Nos damos cuenta, por ejemplo, que todas las observaciones que podamos hacer acerca de la tendencia de la clase obrera a proponer en cada lucha aún en la que parta de los problemas sindicales inmediatos, la relación compleja entre clase obrera y capital, corresponden a un aspecto absolutamente fundamental de la condición del trabajo en el capitalismo plenamente desarrollado: es decir, cuando el capitalismo ha llegado al estadio de desarrollo de la composición orgánica de capital, al nivel de relación entre capital constante y capital variable de la relación, esto es, entre el conjunto del trabajo pasado utilizado como capital (máquinas, materias primas, materias auxiliares, etc.) por una parte, y fuerza de trabajo, por la otra, por el cual precisa de una integración total del capital variable y el capital constante, tiene necesidad de garantizarse a sí mismo que el capital variable, es decir la fuerza de trabajo viviente las máquinas que, decía Marx, van a dormir la siesta en casa y habitan el domingo (a menudo también el sábado) que las máquinas vivientes estén subordinadas de manera absoluta a las máquinas muertas, a las máquinas-máquinas (entendiendo la palabra máquina no solo en sentido empírico: las máquinas son los equipos, pero son también las técnicas, la organización del trabajo, etcétera). El capital tiene necesidad cada vez mayor de esta absoluta subordinación, de esta absoluta reducción de los seres vivientes que los trabajadores a puro capital constante, precisamente por cuanto más crece el valor del capital constante, tanto más cualquier interrupción, cualquier

modificación, cualquier defecto de su funcionamiento, en el funcionamiento de las máquinas, pone en peligro un valor tanto mayor. ¿Cómo obtiene el capital el conjunto que esta deplorable parte viviente suya, de la cual, sin embargo, no puede prescindir, sea englobada enteramente dentro de las máquinas? Lo obtiene con una atomización de los hombres. Este capital variable tiende continuamente a devenir en clase obrera, y tienden a reconocerse los hombres que la componen y por consiguiente a devenir clase obrera, tienden a la insubordinación contra el capital constante (también contra sí mismo en cuanto capital variable, que es una cuestión muy importante para no tener un concepto místico *de* la clase obrera): y entonces la primera cosa que *debe* hacer el capital para protegerse de la insubordinación obrera es la *de* impedir al obrero el reconocimiento del otro como parte del mismo capital variable, del mismo ciclo laboral. Marx decía ya en los Manuscritos del 44, en una *de* aquellas obras juveniles que no creo se deban sobrevalorar pero que sobre este punto hay una observación muy bella, que el capital, en su desarrollo, recorre todos los grados de alienación y pasa del primer estadio de la alienación, que es la alienación del hombre, del obrero respecto a su producto, al segundo estadio que es la alienación del obrero respecto al proceso productivo mismo, al tercer estadio que es la alienación del obrero respecto a su propio cuerpo (que se considera a sí mismo en cierto momento como máquina externa al ser viviente que es el obrero), al último estadio que es la extrañación del obrero respecto al otro obrero. Naturalmente no es que estos estadios se reconozcan en la historia como en las estaciones *de* una línea tranviaria: se articulan, se presentan juntos, el capitalismo avanza también haciendo zigzag, retrocede parcialmente. La característica general del capitalismo, sin embargo, es

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

que está en su estadio máximo de desarrollo: uno de los signos *de* esta situación, entre otros, radica en el hecho de que en general se presente una situación de alienación total, digámoslo así, que comprenda todos estos cuatro estadios. Y cuando la cuarta característica, la alienación del obrero respecto al otro obrero, deviene característica importante de la condición obrera, estamos ciertamente en presencia de un capitalismo desarrollado.

Por consiguiente, el capitalismo recurre ampliamente a todo lo que le pueda servir para atomizar al obrero, para fraccionar a la clase obrera en la empresa, recurriendo para ello a un conjunto de ideologías, pero de ideologías funcionales, de ideologías que no son simples máscaras, sino que son funciones del capital. Tenemos así todas las técnicas de integración obrera, que van desde los estadios más burdos (por ejemplo, de adaptación brutal del físico del obrero a la máquina) a los modernos estadios más refinados, o combinando también de manera diferente técnicas viejas y técnicas nuevas. En los inicios del desarrollo de la industria, en el estadio de la manufactura, a menudo es la máquina la que se adapta al hombre; después es el hombre el que se adapta a la máquina.

Las máquinas están hechas por el capital, no son invenciones técnicamente neutras, objetivas. Dentro de la máquina, dice Marx, esta es la voluntad del capital, la máquina está plasmada por el capital. Las máquinas sirven para producir: en este sentido contienen un elemento objetivo, por llamarle de algún modo, pero que es mezclado siempre con el elemento que deriva del modo social con el cual se produce. Existe un uso capitalista de las máquinas que plasma también a las máquinas de cierta manera. Y a medida que se avanza en los distintos estadios del

desarrollo tecnológico, desde los primeros estadios hasta la ultra mecanización y la automatización, se califican siempre más las técnicas de integración del obrero: llega a ser cada vez más necesario para el capitalista asegurarse de que el obrero no se reencuentre como obrero colectivo, sino que se vea como un fragmento dentro de la empresa, como un fragmento de la empresa misma. Y así se llega no solamente al uso de aquellas técnicas que actualmente están superadas o en vías de superación, las human relations, sino que se llega a formas mucho más avanzadas de técnicas de integración obrera que, por ejemplo, se encuentran en todas las ideologías de la participación técnica: al obrero le son ampliamente reconocidos poderes de decisión técnica, más bien se tiende a descargar propiamente sobre el obrero toda una serie de decisiones, porque esto hace funcional a la fábrica. Lo importante es que el obrero no tiene nunca entre las manos la posibilidad de decidir organizativamente, es decir, de decidir sobre el capital. En cambio, la técnica mistificada que se presenta como decisión técnica pura es descargada cada vez más sobre el obrero en el sentido tradicional, sobre aquel obrero que a menudo es el técnico de la gran industria moderna, pero que en realidad es un obrero, un asalariado en la clásica y típica situación característica del obrero.

Entre las técnicas funcionales más importantes a las que recurre el capital (y digo esto porque tiene relación con el inicio de nuestro discurso, es decir, con un cierto tipo de lucha sindical a la cual tiende actualmente la clase obrera) están todas las técnicas que se refieren a las tareas, que se refieren a la tendencia del capitalista a reconocer, a individualizar con características propias, todo puesto individual de trabajo, tendiendo a un fraccionamiento máximo de la clase obrera

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

a través del reconocimiento y evaluación de las tareas individuales. El ideal para el capitalista sería que todo obrero tuviese su evaluación de las tareas. Todo este proceso de la relación de trabajo del capitalista es disfrazado como necesidad técnica objetiva; desde el momento en que las viejas calificaciones obreras no sirven más frente al nuevo tipo de máquinas, de trabajo, de producción, etc., el capitalista tiende a decir: “bien, yo doy una evaluación objetiva de lo que cada obrero hace, midiendo sus operaciones, midiendo sus gestos, introduciendo posiblemente elementos subjetivos, calculando sus capacidades psíquicas, físicas, musculares, nerviosas y cosas por el estilo”. Naturalmente esta objetividad es tan sólo para el capitalista, una objetividad que la clase obrera no puede aceptar evidentemente. Es la objetividad de aquellas máquinas, y entendemos por máquinas el proceso productivo que ha sido determinado, que ha sido plasmado por el capital mismo; es por lo tanto objetividad del capital, no de la clase obrera.

Ha habido una cierta fase en Italia en la cual el descubrimiento de las nuevas técnicas y de la nueva condición del capitalismo, descubrimiento esencial para que el sindicato sea lo que sea de serio y de adherente a la realidad, ha inducido aun a muchos sindicalistas y a algunos estudiosos de los problemas sindicales a cometer este error, a decir que: “aceptamos el reto que el capitalista nos lanza sobre el terreno de la objetividad Y como la técnica en sí no puede ser mala, nosotros estaremos en posibilidad de descubrir una objetividad mejor que la suya, estaremos en posibilidad de descubrir que nos dice estupideces; nosotros le arrojaremos en la cara la verdadera objetividad inherente a las máquinas”. Pero por este camino no se encontraba ninguna objetividad y se produjeron derrotas, porque la objetividad que encuentras en relación al proceso

productivo capitalista es la objetividad de aquel proceso productivo, es la objetividad del desarrollo capitalista. Esto no significa, en efecto, que la clase obrera pueda contraponer a esta falsa objetividad, a esta objetividad capitalista, el recurrir a sus viejos tipos de unidad profesional, porque esos han sido trastocados y en muchos casos ya no existen, transformados por el desarrollo capitalista. Debe, evidentemente, contraponer cualquier cosa que está más avanzada, y esta cualquier cosa que está más avanzada es una reconstrucción de lo que Marx llamaba el obrero colectivo. ¿Pero qué comporta esta reconstrucción del obrero colectivo en una situación como la que tenemos frente a este tipo de capital? Comporta el rechazo global del capital, comporta el hecho de que la clase obrera se reconozca a sí misma como capital variable para rechazarse como tal y reconocerse globalmente como clase obrera, como fuerza social contrapuesta al capital en su conjunto. No existen más salidas políticas que estas. Todas las nuevas reivindicaciones remiten siempre a este proceso, a esta perspectiva: a una perspectiva de recomposición global de la clase obrera y de oposición global de la clase obrera al capital. A esto ha conducido el desarrollo del mismo capital; el desarrollo del capital ha hecho que la relación entre capital y clase obrera se presente como dilema: o una clase obrera totalmente integrada en el capital, o una clase obrera que globalmente se opone al capital y tiende a subvertir la condición capitalista. Esto no significa de ningún modo que el problema sea el de hacer la revolución en un solo acto, en un solo día. Se trata, más bien, de un proceso muy duro y fatigoso de recomposición unitaria de toda la clase obrera pero que significa, no obstante, que el verdadero terreno político hoy es el de la recomposición unitaria de la clase.

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

Pero veamos otra característica que emerge en esta situación del capital tal como nos induce a reconocerla el desarrollo de las luchas obreras. No se trata de una operación intelectual. Quiero subrayar únicamente un aspecto fundamental que, en relación al desarrollo desmedido de la composición orgánica del capital, a los procesos de integración de la clase obrera, de racionalización del trabajo al interior de la empresa, al nivel del proceso laboral, corresponde una cada vez más amplia planificación por lo que se refiere a la esfera del intercambio, de la distribución y del consumo. Existe, en suma, una perfecta correspondencia entre el crecimiento del capitalismo, entre el desarrollo capitalista bajo el aspecto del englobamiento del capital variable bajo la necesidad del capital constante, por un lado, y el desarrollo de todas las técnicas de planificación del comercio y del mercado por el otro. Porque, así como el capital tiene necesidad de protegerse cada vez más de la insubordinación obrera, así también tiene necesidad, en la esfera de la distribución y el consumo, de garantizarse cada vez más una posibilidad productiva a largo plazo, a periodos siempre más largos. Y estas son cosas obvias: economistas y sociólogos burgueses no hacen otra cosa que escribir en torno a ello; sobre este terreno han nacido y florecido todas las importantes teorías, ideologías y técnicas económicas del capitalismo que van desde la verdadera programación del mercado hasta las técnicas de publicidad. Si vamos de visita a cualquier empresa escuchamos rápidamente que el problema actual es el de programar el mercado, de apresurarlo en relación a la producción que cada vez más tiene necesidad de dominar el mercado para no continuar viviendo enganchados a su remolque. Estas cosas son las que golpean fuertemente la mirada del sociólogo burgués, que ve únicamente estos fenómenos aparentes y no la realidad que está detrás. Pero,

¿Cuál es la realidad que está detrás? Es que la producción, como decía Marx, es al mismo tiempo una parte específica del proceso económico capitalista (porque al lado de la producción está el intercambio, la distribución, el consumo, y hay que tener cuidado para no perder de vista otros aspectos y reducir todo planamente a la producción) y es también el elemento esencial, el elemento que domina todo. La producción aparece, por decirlo así, dos veces en la economía capitalista: aparece como hecho específico y también como hecho general, como categoría dominante del proceso en su conjunto. Sin entender esto, no se comprende el funcionamiento del capitalismo y se cae en una concepción empírica de éste o aquel momento del capitalismo y, esto que es un proceso de abstracción, digámoslo así, (en tanto que consideramos científicamente al capital) es también un proceso histórico, y también un proceso de desarrollo histórico del capital; el momento de la producción llega a ser cada vez más el momento determinante de todos los otros momentos de la economía. ¿Qué significa esto? Significa que aquella parte del proceso que en los primeros estadios del capitalismo aparecía como un hecho importante, pero específico, cerrado en sí mismo, es decir la fábrica, se generaliza: la fábrica tiende a invadir, a permear toda la sociedad civil, incluida el área externa. Aquí se requiere prestar mucha atención porque sobre este punto recaen muchas de las acusaciones de obrerismo y otras cosas por el estilo. En realidad, también aquí se trata justamente de lo contrario, se trata de comprender que la desaparece como momento específico. El mismo tipo de proceso que domina la fábrica, característico del momento productivo, tiende a imponerse a toda la sociedad y, por lo tanto, los aspectos característicos de la fábrica la subordinación particular de la fuerza viva de trabajo al capital,

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

etcétera- tienden a teñir todos los niveles de la sociedad, encontrándose en formas específicas, en formas particulares. Pero el momento de la fábrica tiende a devenir en el elemento específico de toda la situación social en un estadio avanzado de desarrollo del capitalismo. No es gratuito que escuchemos continuamente hablar y murmurar acerca de la alienación del hombre contemporáneo, de las formas de enajenación, de opresión, etc. Todos estos rumores de los sociólogos burgueses tienen una verdad que el sociólogo burgués no puede descubrir: la verdad es que el momento de la producción se generaliza y tiende a embestir, todos los momentos de la vida de la sociedad. Pero afirmando esto se requiere afirmar también un concepto marxista de la fábrica. Como decía Lenin, la fábrica no es una colección de datos empíricos, los muros de la fábrica, este o aquel determinado hecho empírico. La fábrica decía, es el desarrollo mismo de la industria en un determinado estadio de desarrollo del capitalismo. Se requiere pues tener un concepto no empírico de la fábrica, se precisa poseer un concepto real que es justamente aquel que nos haga escapar de los peligros y de los escollos absurdos del obrerismo. Los obreristas, en realidad, son aquellos que en lugar de la sociedad civil lo que se desarrolla a nivel de sociedad civil y de Estado y prescindiendo de este momento, proponen de nuevo una imagen empírica de la fábrica y ven por consiguiente las luchas obreras sólo como luchas obreristas limitadas, luchas de fábrica estrechas. Las luchas obreras actuales, por el contrario, son tan fuertes, tienen tal riqueza de contenidos porque expresan, precisamente, la respuesta obrera a la fábrica en su realidad, esto es, lo que hoy es el momento que caracteriza al desarrollo social en su conjunto. Lo que actualmente da a las luchas obreras tanta tensión, tanta carga política, así como grandes posibilidades de llegar

a ser expresión de una situación general de la sociedad es su tendencia a contraponerse naturalmente a la fábrica de hoy, que no es más una realidad *específica solamente*, sino que tiende cada vez más a llegar a ser el elemento determinante al interior del conjunto de la economía y por lo tanto de la sociedad. Lo mismo puede decirse por lo que respecta a la relación entre sociedad civil y Estado: cuando el capitalismo está en sus inicios, cuando el capitalismo, al menos en cierta medida, es aún competitivo, concurrencial, el Estado, que es un Estado clasista, llega a ser la esfera en la cual los capitalistas aseguran, en primer lugar, las condiciones preliminares de la libre compraventa de la fuerza de trabajo. Para que la fuerza de trabajo se pueda vender libremente en el mercado, se requiere que les sea reconocido a todos los individuos el derecho de vender y comprar; es decir, la condición del obrero asalariado presupone la igualdad jurídica de los ciudadanos frente a la ley, sin la cual el capitalismo no se puede desarrollar porque no puede recurrir a la compraventa de la fuerza de trabajo (pero estas son las cosas más notorias y más obvias del marxismo).

El punto más importante, por el contrario, me parece que es el siguiente: hasta que exista una situación relativa de concurrencia, la esfera estatal es para cada capitalista individual la garantía de armonización de los intereses contrapuestos, de los intereses de la concurrencia, el lugar donde se arreglan los conflictos internos al mismo capital. A medida que se desarrolla el capital en su conjunto y se acumulan grandes capitales, se avanza en el proceso de acumulación y se avanza, por lo tanto, en la composición orgánica del capital, se tienen todos los fenómenos que conocemos de la formación de los monopolios, de los oligopolios, etc. El Estado entonces tiende a asumir nuevas características, porque la vieja función no responde más a las necesidades de este desarrollo

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

nuevo del capitalismo; el Estado tiende como decía Marx y esta vez también Engels, en una página lúcida, a devenir en el representante directo del capital colectivo. A medida que se desarrolla el capitalismo desaparecen los elementos privados concurrenciales, desaparece la figura del contratista, y los agentes, los operadores del capital, devienen decía Marx en funcionarios del capital. Existe esta objetivación de todos frente al capital; el capital deviene cada vez más en potencia objetiva que unifica a todas las fuerzas dentro de sí y en este estadio de desarrollo es evidente que el representante más importante del capital para su desarrollo, contra los intereses sectoriales de esta o aquella parte del capital, es el Estado: el capital a su nivel más elevado de desarrollo debe planificarse en sí mismo y el agente más importante de esta planificación es el Estado (Marx usaba ya en *El capital* de manera exacta la palabra “planificación”). El Estado, por consiguiente, no es más un guardián, un terreno neutro al que recurren los capitalistas para solucionar sus conflictos, sino que el Estado deviene en representante en primera persona de los intereses del capital, gestiona en primera persona los negocios del capital. Hay un bonito ejemplo en el documento que Moro presentó al congreso de la Democracia Cristiana respecto a la interpretación capitalista de las funciones del Estado: todos los programas de los que se habla actualmente, las planificaciones económicas, etc., son ejemplos típicos de aquel desarrollo que Marx había previsto, más bien, previendo el cual habla escrito *El Capital*; porque *El Capital* está escrito precisamente para reconstruir en su integridad del proceso de desarrollo del capitalismo (estas son, por lo demás, cosas que Marx dice explícitamente, mofándose de quien nove en su totalidad este proceso de desarrollo). Ahora, naturalmente, todo este proceso de desarrollo capitalista tiende a integrar

cada vez más los términos que en los primeros estadios del desarrollo capitalista aparecen escindidos entre sí, en esferas independientes la fábrica, la sociedad civil, el Estado tiende a integrar cada vez más estas esferas entre ellas, a hacer una sola esfera sin que desaparezcan los caracteres específicos de cada una de ellas (es importante no perderlo de vista). Este proceso, como sucede siempre en la ideología, es decir, en una concepción estática y burguesa, aparece trastocado: este proceso significa el crecimiento “del peso cuantitativo y cualitativo de las potencialidades políticas revolucionarias de la clase obrera y es presentado contrariamente por las ideologías como desaparición de la clase obrera, como tercerización. La generalización de una relación capitalista del trabajo obrero, salario/capitales presentada como tercerización, intercambiando en la producción los términos del consumo, trastocando precisamente la concepción de la relación. También esta es, efectivamente, una ideología funcional porque es evidente que, para este estadio, como habíamos dicho, es cada vez más importante para el capital el elemento de atomización. Pero el secreto de todo esto en realidad está en la generalización de la relación de subordinación, cada vez más amplia, cuantitativamente, del trabajador bajo el capital. Así este crecimiento monstruoso del capital es presentado por consiguiente como desaparición del capital en algunas ideologías neocapitalistas; el capital que al límite desaparece por sí solo, deviene riqueza de todos, riqueza de la sociedad y en función de esto el problema es el de administrar esta riqueza común, de administrar el bienestar, de hacerlo Estado benefactor por medio del cual este Estado, que es el capitalista común, es presentado como un Estado benefactor que se encarga cada vez más de distribuir esta riqueza común entre todas las clases, entre todos los

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

componentes de la sociedad. y así, aquellas funciones que el Estado asume directamente en la gestión del capitalismo, como el factor que asegura el desarrollo capitalista a través de una posible planificación orgánica y cosas por el estilo son presentadas como desaparición del carácter clasista del Estado. Es precisamente por esto que, cuando el Estado realiza plenamente su carácter clasista, es presentado por el contrario como un Estado que pierde por lo menos algunos de sus caracteres clasistas y al menos en parte llega a ser un terreno neutro sobre el cual puede tener lugar el encuentro entre clase obrera y capital.

Y después están todos los mitos tecnológicos, positivos y negativos, que encontramos en las formas más refinadas ligadas a los intelectuales burgueses y reformistas: los más positivos son fáciles de descubrir; son los que dicen que el socialismo vendrá con la automatización, por lo que este futuro monstruoso que sería un mundo automatizado en el capitalismo, es solo una idea límite, evidentemente, es trastocada en forma positiva como liberación del hombre, con todas las consecuencias (y reaparece también aquí el bienestar, etcétera). Pero más interesantes son las ideologías tecnológicas negativas, es decir, todas aquellas ideologías que tienden a afirmar que, en efecto, el proceso de la industria reduce al hombre a una completa alienación en el momento productivo; y esto es producto de la industria, no resultado del capitalismo, del desarrollo capitalista, es la industria en sí la que lo provoca. Y entonces ¿cómo puede liberarse el hombre? Dentro de la industria no se libera, no hay nada que hacer; pero lo podemos liberar fuera de ella, le podemos dar un tiempo libre cada vez mayor: le podemos proporcionar asilos, etc. Y no sólo el automóvil: más bien, por costumbre, estos ideólogos repudian estas cosas vulgares ligadas todavía

al mundo de la producción. Le debemos dar los campos, el retorno a la naturaleza... Por la mañana va a la fábrica; pero en la tarde, al anochecer, este hombre debe entrar nuevamente en contacto con la naturaleza, con las fuerzas naturales.

Nos encontramos en presencia de cosas ridículas, sin embargo, existen tantas personas que parecen inteligentes que las toman en serio. Muchas de las observaciones que hago provienen de un artículo de Mario Tronti en el próximo número de los *Quaderni Rossi* y las señalo porque son muy importantes para nosotros. Hay una observación muy aguda de Tronti a este respecto, que en general, cuando el científico burgués es reducido también a un asalariado del capital, no quiere reconocer jamás la condición de asalariado porque debería reconocer también su propia condición. Y no está por lo tanto facultado para hacer ciencia porque no está en posibilidades de reconocer la realidad de la relación capitalista, aquella realidad capitalista que dentro de cierto límite el economista clásico, por ejemplo, estaban aún en posibilidad de valorar, en cuanto que no era reducido todavía a obrero asalariado dentro del capital y vivía en una sociedad en la cual el capital era todavía una parte de la sociedad no había invadido toda la sociedad como la ha invadido hoy.

Quisiera ahora sacar algunas conclusiones. Sobre estos temas me surgen a menudo algunas preguntas típicas. Una de estas preguntas que se liga al reproche de obrerismo es esta: “¿Pero entonces para ustedes dónde está la esfera de la acción política? ¿No reconocen la mediación política?”. No, el problema no es el de no reconocer la mediación política; por el contrario, todo el discurso que hacemos tiende a afirmar que ya en la fábrica la relación de clase tiende a devenir en una relación política, una relación de poder. La esfera de la

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

mediación política no solo no desaparece, sino que se alarga y, la necesidad del carácter político de la acción obrera, por lo tanto, no se atenúa, sino más bien se refuerza; es decir, que sólo desde este punto de vista se pueden rechazar, criticar a fondo como posiciones carentes de sentido las posiciones de tipo anarcosindicalista. Se requiere verdaderamente llegar a ver cuánto hoy la relación política de clase, en cuanto política, domina todos los momentos, todas las esferas de la fábrica, de la sociedad civil, del Estado. Sin embargo, el desarrollo capitalista quema un viejo tipo de mediación política, viejos contenidos. La mediación política no se encuentra ya sólo al nivel del Estado; más bien si se la busca sólo a este nivel, no se encuentra porque se ha perdido el inicio de la mediación. No se puede saltar sobre las propias espaldas, no se puede llegar al décimo piso sin antes haber recorrido los otros pisos, cuando el Estado es un momento político, pero orgánicamente ligado a todas las fases políticas de la relación de clase hoy. Hay una continuidad en las mediaciones políticas; los distintos momentos desaparecen, pero están integrados unos en otros, no hay una yuxtaposición como la había en los primeros estadios de desarrollo capitalista. La prueba está en el hecho de que la clase obrera en el pasado, en situaciones iniciales del capitalismo, o en decadencia, pero en un estadio inferior de desarrollo, ha tenido, por ejemplo, la posibilidad de insertar su acción en el conflicto entre el capital y las situaciones residuales de los estadios sociales precedentes. Y hoy, en una situación de capitalismo avanzado, como la europea, como la italiana, no hay para la clase obrera este tipo de posibilidad estratégica y táctica, es decir, hacer suyos los objetivos puramente democrático-burgueses para introducirse en el choque entre los residuos de la vieja sociedad feudal y el capitalismo. No porque el

capitalismo haya absorbido, arrollado, transformado todos los residuos precedentes: el capitalismo jamás hace esto; aún en su estadio más elevado de desarrollo conserva siempre zonas de degradación y miseria, pero estas no constituyen un conflicto insalvable; el capitalismo, aun cuando conserva las zonas de degradación, las ha incorporado a su desarrollo (aparte del hecho que los consume ampliamente por su necesidad intrínseca de desarrollo); pero también aquellas que mantiene, evidentemente es interés de la clase obrera que no sean mantenidas en el interior porque es interés de la clase obrera que se cumpla el desarrollo del capitalismo; pero ¿para qué? Para llevar la lucha a su nivel más alto, para que la lucha de la clase obrera llegue a ser directamente una lucha por el socialismo, es decir, aquella lucha que había sido concebida por los clásicos del marxismo, por la que nació la teoría marxista.

Desde este punto de vista, existe objetivamente en la Italia de hoy y en otros países capitalistas avanzados una situación que para los militantes es una situación entusiasmante. ¿Por qué? Porque por primera vez en la historia la clase obrera es llamada a luchar directamente por el socialismo. Este es el carácter verdaderamente entusiasmante. Creemos que existe este impulso, que hoy comienza verdaderamente a existir en la situación de la clase de nuestro país. Lo importante es no atorarse en viejos esquemas, en esquemas superados, en el discurso sobre las viejas contradicciones del capitalismo; lo importante es lograr, hacer que las organizaciones recuperen la plenitud de los nuevos contenidos que están en la realidad de la situación de clase y elaboren las propuestas políticas adecuadas a la realidad de las relaciones de clase actuales: propuestas políticas que no se resumen en el sermón de la revolución. Sabemos bien que esta situación pone a la clase

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

obrero tareas revolucionarias, porque el carácter directo del encuentro con el capital lleva inmediatamente también al nivel de sociedad civil y al nivel del Estado y es evidente que sólo una propuesta política claramente revolucionaria, la recuperación de una estrategia revolucionaria, puede fundar también la táctica. Nuestra táctica no puede repetir viejos modelos, debe ser, una táctica nueva, adecuada a esta situación, la táctica del movimiento obrero actual. El punto fundamental es recomponer unitariamente a la clase obrera a nivel político y no detenernos por consiguiente en la parcialización de las luchas; es deducir de estas luchas el motivo (esta es tarea de los partidos, una tarea que el sindicato no puede desarrollar), el punto de partida para reconstruir políticamente la trama de la unidad de clase, de una clase obrera que no debemos verla más con los ojos de ayer, una clase obrera que ha llegado a ser más fuerte, más consciente y más numerosa: porque es verdad que el desarrollo del capitalismo significa también desarrollo de servicios para el capital; pero significa también la generalización de la condición obrera a estratos nuevos, también a funciones que no tenían una característica precisa de condición salarial y que hoy la tienen. Piénsese en la función de los técnicos, en la función de los intelectuales, que hoy, a menudo, son funciones del proceso productivo. Demorándonos en observar viejos tipos, viejos esquemas políticos de alianzas, no nos enteraremos de los nuevos esquemas que el desarrollo de la situación reclama; y así sucede por ejemplo que en el Mezzogiorno las organizaciones del movimiento obrero se encuentren en una grave crisis, porque también el Mezzogiorno está en movimiento, porque la cuestión meridional en sus viejos términos ha desaparecido, no existe más. Un histórico compañero, Massimo Salvadori,

autor de ese bello libro que es II Mito del buongoverno, está escribiendo ahora una segunda edición con un capítulo final en el cual se dirá que la cuestión meridional no existe más, que no existe más aquella cuestión meridional que nos llevaba a una reivindicación genérica de todos los estratos del Mezzogiorno contra el norte o contra el Estado unitario, perdiendo de vista desde entonces el elemento de clase. Pero hoy enredarse en estos esquemas significa no poder recuperar ninguna realidad, ni siquiera una realidad parecida, porque estas cosas han sido eliminadas por el desarrollo del capitalismo. Por lo tanto, no se trata de juzgar si el centro-izquierda es bueno o malo, o tonterías de este género. El problema es otro: ver si la clase obrera hoy, si el movimiento obrero organizado logra colocarse a este nivel de problemas, si logra conducir la lucha a una perspectiva de lucha global para el movimiento del capital, porque no existe hoy verdaderamente otra posibilidad de enriquecer, de mantener en pie, de llevar adelante la organización del movimiento obrero.

Por último, y –este es el elemento fundamental–, a esto incita también la situación internacional, porque este discurso es un discurso que tiene inmediatamente una dimensión internacional, porque este desarrollo es internacional, porque la clase obrera de los países capitalistas avanzados debe encontrar a nivel internacional sus posibilidades de unidad a nivel de la unidad del capital. Los países subdesarrollados, los países ex coloniales, los países atrasados que han concluido el primer ciclo de su liberación, el ciclo político-nacional de su emancipación, muy difícilmente podrán traspasar este estadio de desarrollo, y enfrentarlas nuevas formas de intervención neocapitalista si la lucha no es conducida por la clase obrera occidental contra los centros del poder capitalista.

LUCHAS OBRERAS EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

Esta es la verdad: esos países tenían grandes posibilidades de desarrollar victoriosamente su lucha hasta que esta no afectara el nivel del capitalismo actual. Sabemos que en Francia las posiciones capitalistas avanzadas han impuesto la paz en Argelia, sabemos que detrás de la OAS no hay nada, es una trágica farsa. ¿Por qué? Porque las fuerzas del capital están detrás de De Gaulle, no están detrás de la OAS. Atrás de ella están los pequeños intereses de los colonos franceses; los grandes capitalistas franceses esperan que salgan de Argelia para que ellos puedan hacer grandes negocios con el petróleo, puedan hacer buenos negocios con el desarrollo económico de Argelia, esperan que la revolución argelina, la independencia argelina, signifique un nuevo tipo colonial de subordinación. Estos pueblos, por fuerte que sea la carga revolucionaria que han acumulado, y que es fuertísima, difícilmente alcanzarán a afrontar este nuevo nivel de desarrollo de la lucha si la lucha no es asumida al nivel del capitalismo actual por los que deben llegar a ser los protagonistas directos de la lucha contra el capitalismo, es decir, los movimientos obreros europeos, los movimientos obreros de las sociedades capitalistas avanzadas. Existe ciertamente un tipo de responsabilidad que, si los movimientos no asumen, terminarán en una forma de traición, traición en sentido profundo, marxista, es decir, de traición en el plano internacional, de la suerte internacional del movimiento obrero y del proletariado. Por otro lado, tenemos en Europa los síntomas de una fuerte tensión de clase, la tenemos desde hace años: la hemos tenido en Bélgica, en Inglaterra y también en Alemania Federal. Dentro de lo que se entiende por lucha sindical hay en realidad una tensión que podría también ser anulada, neutralizada totalmente (América enseña) por una integración sindical en el sistema, pero podría también, por el contrario, ser conducida a una

solución clasista, a una solución revolucionaria. Pero una vez más, sólo la organización de la clase puede expresar y llevar adelante un proceso de este género, lo puede conducir victoriosamente en las formas políticas y organizativas que son también nuevas, que no pueden repetir los viejos tipos de organización de la clase obrera. Pero esto es un proceso que todavía no se puede inventar, que debe pasar a través de la recuperación y de la transformación de las organizaciones históricas del movimiento obrero.

Capítulo IV

Plusvalía y planificación: apuntes de lectura de *El capital**

Dos temas centrales del pensamiento marxista aparecen en primer plano en las obras del joven Lenin. El primero es la afirmación de la unidad del capitalismo, en cuanto función social, en sus distintos niveles de desarrollo, del capital comercial y usurario al capitalismo industrial, “que [...] es al principio muy primitivo desde el punto de vista técnico y no se distingue en nada de los viejos sistemas de producción, organiza luego la manufactura, pero ésta sigue basada en el trabajo manual, en las industrias artesanas, que son las dominantes, y no corta los lazos del obrero asalariado con la tierra, y termina su desarrollo con la industria mecanizada” (1). Lenin ve con gran claridad que la producción mercantil, como forma más general de la producción, se realiza solamente en la producción capitalista en la cual la forma mercancía del producto del trabajo es

* Tomado de Quederni Rossi, Milán, No. 4, 1964

precisamente universal”; pero ello implica “que no solo el producto del trabajo, sino el trabajo mismo, es decir la fuerza del trabajo del hombre, toma la forma de mercancía” (2). Así se funda sólidamente la polémica contra los populistas: “oponer el orden de cosas de Rusia al capitalismo basándose en el atraso técnico [...] en el predominio del trabajo manual, etcétera, [...] no puede ser más absurdo, pues el capitalismo existe tanto con baja técnica como con una técnica muy desarrollada” (3).

En segundo lugar, Lenin retoma, volviéndola contra el “romanticismo económico” de los populistas, la polémica de Marx contra las interpretaciones “subconsumistas” del capitalismo, y en particular contra las explicaciones “subconsumistas” de las crisis. También los populistas, como Sismondi, separan el consumo de la producción, afirmando que la producción depende de leyes naturales, mientras el consumo está determinado por la distribución, la cual, a su vez, depende de la voluntad de los hombres. Pero el propósito de la economía política” no es, de manera alguna, como se dice frecuentemente, la producción de valores materiales (este es el objeto de la tecnología), sino las relaciones sociales entre los hombres en el proceso de producción. Sólo si se concibe ‘la producción’ en el primer sentido es posible disociarla de la ‘distribución’; en este caso, en el ‘rubro’ dedicado a la producción, figurarán categorías que se refieren al proceso del trabajo, en general, en lugar de categorías de formas históricamente determinadas de la economía social: habitualmente, tales trivialidades carentes de sentido no sirven más que para oscurecer después las condiciones históricas y sociales. Ejemplo: la noción de capital. Pero si consideramos lógicamente la ‘producción’ como la expresión de las relaciones sociales en los procesos de producción,

entonces tanto la ‘distribución’ como el ‘consumo’ perderán toda significación independiente. Aclaradas las relaciones establecidas en la producción, queda aclarada con ello la parte del producto que corresponde a cada clase y, por consiguiente, también ‘la distribución’ y ‘el consumo’. Y viceversa: cuando quedan sin aclarar las relaciones de producción (por ejemplo, cuando no se entiende el proceso de la producción del capital social en su conjunto) todos los razonamientos sobre el consumo y la distribución se transforman en trivialidades, o en expresión de inocentes deseos románticos” (4).

Naturalmente, Lenin retoma el esquema marxista de la acumulación (5). Precisamente, es el análisis científico de la acumulación y de la realización del producto el que permite explicar las crisis, no mediante el consumo insuficiente sino por medio de “la contradicción entre el carácter social de la producción (socializada por el capitalismo) y el carácter privado, individual de la apropiación” (6). Aparece aquí en Lenin, extremadamente esquematizada, la explicación de las crisis “por la anarquía de la producción” (7). Lenin es conducido así a dos resultados importantes: el primero, a considerar el movimiento de la sociedad capitalista y los movimientos del capital rigurosamente, como evolución de las relaciones sociales de producción; el segundo, a rechazar, sobre esta base, las distintas utopías reaccionarias que reverdecían espontáneamente en Rusia a fines del siglo XIX frente al impetuoso avance del capitalismo (8). Lenin insiste mucho contra la “crítica sentimental” del capitalismo, sobre su necesidad histórica y sobre su carácter progresista. Pero el análisis que realiza de los procesos de socialización inducidos por el desarrollo capitalista, contra la “disgregación” de la economía artesanal-campesina (del capitalismo en su estadio

mercantil) sigue siendo unilateral y limitado; le parece ver el “carácter antagónico” del desarrollo precisamente en la relación socialización de la producción-anárquica en la circulación, y las contradicciones en el interior de los procesos de socialización como simples reflejos de la anarquía. El mercado capitalista, el cambio generalizado “unifica a los hombres, obligándolos a entrar en relaciones mutuas a través del mercado” (9). Todo el análisis que Lenin realiza al final de El desarrollo del capitalismo en Rusia acerca del aumento de las fuerzas productivas del trabajo social y sobre la socialización de este trabajo está centrado en la formación de “un inmenso mercado nacional”, en lugar del “fraccionamiento propio de la economía natural de las pequeñas unidades económicas”, y sobre la movilidad general de la fuerza de trabajo que destruye las formas de dependencia patriarcal de los productores y crea grandes unidades de obreros asalariados libres (10). Estos procesos brotan directamente de la industria mecánica: la industria mecanizada es un gigantesco progreso en la sociedad capitalista, no solo porque eleva el grado máximo las fuerzas productivas y socializa el trabajo en toda la sociedad, sino también porque destruye la división del trabajo propia de la manufactura, obliga a los obreros pasar de un trabajo a otro, aniquila definitivamente las relaciones patriarcales atrasadas, especialmente en el campo; y de un gigantesco impulso al movimiento progresista de la sociedad, debido tanto a las causas señaladas como a la concentración de la población industrial” (11). Obviamente Lenin no ignora los efectos del uso capitalista de las máquinas sobre las condiciones de la clase obrera (12), pero él no ve como las leyes de desarrollo del capitalismo (plusvalía relativa, maximización de la ganancia) que en la época de la concurrencia hacen del capital individual el resorte del desarrollo del capital total social, se

manifiestan, en la esfera de la producción dirigida, a nivel de fábrica, como planificación capitalista. En el análisis de Lenin acerca de la fábrica, está ausente el concepto marxista de la apropiación capitalista de la ciencia y de la técnica, que es la base para el desarrollo del plan despótico del capital. Para Lenin el desarrollo de las fuerzas productivas (forma específica de desarrollo de la gran industria capitalista), conserva su secreto; la planificación capitalista no aparece como forma fundamental en la producción dirigida y la socialización del trabajo es vista como deformada por la impronta capitalista solamente por aspectos externos (“económicos”) a la planificación misma. Tecnología capitalista y plan capitalista quedan completamente fuera de la relación social que las domina y las plasma. La anarquía es la característica específica del capitalismo, la expresión esencial de la ley de la plusvalía; y es ella quien decide su destino histórico. Es absoluta la incompatibilidad entre la integración del proceso del trabajo social y el hecho de que cada rama singular de la producción es dirigida por un capitalista individual y le da los productos sociales a título de propiedad privada. La hipótesis de una “unión de los procesos de trabajo de todos los capitalistas en un único proceso de trabajo” es descartada explícitamente por Lenin como absurda porque es incompatible con la propiedad privada (13).

Plusvalía y plan en la producción dirigida

Detengámonos ahora *en* algunos puntos fundamentales del análisis del proceso dirigido de producción, *en* la cuarta sección del libro I de *El capital* (dejando de lado los conocidos textos de Marx y Engels Prefacio a la crítica de la economía política,

Anti-Duhring, etcétera, que parecen apoyar la interpretación leninista).

Ante todo, debe subrayarse que el proceso *de* socialización del trabajo no pertenece a una esfera socialmente “neutra”, sino que desde el comienzo aparece en el interior del desarrollo capitalista. El acto que funda el proceso capitalista –la transformación del trabajo en mercancía– ve al obrero ceder al capitalista el uso *de* su fuerza de trabajo individual. Esto sigue siendo verdadero en cualquier escala en que se cumpla la compraventa de la fuerza de trabajo: “El capitalista” paga el valor de fuerzas de trabajo autónomas, pero no paga la fuerza de trabajo combinada de los [obreros]” (14). La relación recíproca de los obreros entre sí, la cooperación, se lleva a cabo después del acto de compraventa de la fuerza de trabajo, que es una simple relación de los obreros individuales con el capital. En Marx, pues, la relación entre proceso de trabajo y proceso de valorización del capital, considerada a nivel del proceso dirigido de producción, es bastante más íntima y compleja de cuanto aparece a nivel del proceso de producción en su conjunto. La cooperación “no comienza sino en el proceso de trabajo, pero en el proceso laboral, ya han dejado de pertenecerse a sí mismos. Al ingresar a ese proceso, el capital se los ha incorporado. En cuanto cooperadores, en cuanto miembros de un organismo laborante, ellos mismos no son más que un modo particular *de* existencia del capital. La fuerza productiva que desarrolló el obrero como obrero social es, por consiguiente, fuerza productiva del capital” (15). Aquí aparece la mistificación fundamental de la economía política: como la fuerza productiva social del trabajo no le cuesta nada al capital, como, por otra parte, el obrero no la desarrolla antes que su trabajo mismo pertenezca al capitalista, esa fuerza productiva parece como si el capital poseyera por

naturaleza, como su fuerza productiva inmanente” (16). La especificación histórica de las formas de cooperación simple es adoptada por Marx para insistir en el carácter peculiar que ella asume como el modo capitalista de producción. Ella, en efecto se presenta “en los comienzos de la civilización humana, entre los pueblos cazadores o por ejemplo en la agricultura de entidades comunitarias indias”, pero en tales situaciones “se funda por una parte en la que las condiciones de producción son de propiedad común; por otra parte, en que el individuo, singularmente considerado, está tan lejos de haber cortado el cordón umbilical que lo liga a la tribu o a la entidad comunitaria, como la abeja individual de haberse independizado de la colonia que integra” (17). Existe además históricamente otra forma de cooperación en gran escala, aquella que se verifica “en el mundo antiguo, la Edad Media y las colonias modernas [que] se funda en relaciones directas de denominación y servidumbre, y en la mayor parte de los casos de esclavitud” (18). En esta forma, “el efecto de la cooperación simple muestra sus características colosales en obras ciclópeas de los antiguos asiáticos, egipcios etruscos, etc.” (19). Sobre la base de las relaciones directas de esclavitud, “los reyes asiáticos y egipcios o [...] los teócratas etruscos etc.”, obtenían –como repite Marx siguiendo a R. Jones– una disponibilidad absoluta sobre el “excedente de medios de subsistencia” y sobre “casi toda la población no agrícola” (20). Agrega Marx: “En la sociedad moderna ese poder [...] es conferido al capitalista, haga este su entrada en escena como capitalista combinado” (21). Pero es obvio que se trata de una identidad o continuidad históricamente genérica, muy escasamente significativa. El carácter específico de la cooperación en su forma capitalista está dado por el hecho de que la misma no se apoya sobre relaciones

directas de esclavitud o servidumbre, que desaparecen con la disolución del modo feudal de producción, sino sobre la relación de venta de la fuerza de trabajo del obrero asalariado libre al capital. Por ello, en oposición a la pequeña economía campesina y al trabajo artesanal independiente a los que más allá de la disolución del feudalismo subsisten durante un cierto periodo junto a las empresas capitalistas “la cooperación capitalista no se presenta como forma histórica particular de la cooperación, sino que la cooperación misma aparece como forma histórica peculiar al proceso capitalista de producción, como forma que lo distingue específicamente” (22). Ocurre así que “en antítesis al proceso de producción de trabajadores independientes aislados o. asimismo, de pequeños patrones”, la cooperación que es el “primer cambio” del proceso real de trabajo, aparece solo como un efecto de la “subsunción bajo el capital”.

La cooperación es la forma fundamental del modo de producción capitalista que permanece en la base de todas sus formas específicas hasta en las más evolucionadas; ella, efectivamente, está en la base del desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo que se presenta, al mismo tiempo, como fuerza productiva del capital. La cooperación en su forma capitalista es, por lo tanto, la primera, la básica expresión de las leyes de plusvalía. Las características de esta expresión podrán ahora ser comprendidas mejor si siguiendo a Marx, analizamos la cooperación no de un modo histórico descriptivo, sino mediante un análisis socioeconómico. “La forma de trabajo de muchos que, en el mismo lugar y en equipo, trabajan planificadamente en el mismo proceso de producción o en procesos de producción distintos pero conexos, se denomina cooperación” (23). Por consiguiente, desde la forma fundamental de su modo de producción, desde

la cooperación, el capital “subsume bajo de sí” un proceso de trabajo planificado. La planificación, lejos de aparecer en contradicción con el modo de funcionamiento del capital, al nivel de producción dirigida aparece inmediatamente como aspecto inicial de aquel proceso de trabajo cuyo desarrollo está condicionado por el desarrollo del capital. No existe, evidentemente, ninguna incompatibilidad entre planificación y capital. Adueñándose del proceso de trabajo en su forma cooperativa (realizando así su “misión histórica”), el capital se apropia al mismo tiempo del carácter específico fundamental de ese proceso que es, precisamente, la planificación.

El análisis marxista está orientado a mostrar cómo el capital usa la planificación a través de los niveles ascendentes del proceso productivo –de la cooperación simple a la manufactura y a la gran industria– para extender y reforzar su dominio sobre la fuerza de trabajo obteniendo así una creciente “disponibilidad” de ella y directamente, como un uso capitalista cada vez mayor de la planificación en la fábrica es exactamente la respuesta capitalista a las consecuencias negativas tanto del movimiento caótico/conflictivo de los capitales aislados en la esfera de la circulación, como de los límites impuestos legislativamente a la explotación extensiva de la fuerza de trabajo.

El primer aspecto en el que se manifiesta la planificación capitalista es “en la función de dirección, control, coordinación”, esto es, en aquellas “funciones generales derivadas del movimiento del campo productivo total, proposicional al movimiento de sus órganos separados”, (24). Y que, en forma evidente, son características del trabajo cooperativo. Así, comando del trabajo y función de dirección se entrelazan y, por así decirlo, se unifican en un mecanismo objetivo, contrapuesto a los obreros: “la cooperación entre los asalariados

no es nada más que un efecto del capital que los emplea simultáneamente. La conexión entre sus funciones, su unidad como cuerpo productivo global, radican fuera de ellos, en el capital, que los reúne y los mantiene cohesionados. La conexión entre sus trabajos se les enfrenta idealmente como plan, prácticamente como autoridad del capitalista, como poder de una voluntad ajena que somete a su objetivo la actividad de ellos”.

Por consiguiente, si conforme a su contenido, la dirección capitalista es dual porque lo es en el proceso de producción mismo al que debe dirigir –de una parte, proceso social de trabajo para la elaboración de un producto de otro, proceso de valoración del capital-, con arreglo a su forma esa dirección es despótica.” (25). El mecanismo del plan capitalista (su carácter despótico) tiende a extenderse y a perfeccionarse en el curso del desarrollo capitalista, ya sea por la exigencia de controlar una masa siempre creciente de fuerza de trabajo, y, por lo tanto, el creciente poder de resistencia de los obreros, ya sea por el crecimiento de los medios de producción que requiere, a su vez, un crecimiento correspondiente del grado de integración de la “materia prima viviente”.

Es sabido que la base técnica de la división del trabajo en la manufactura es siempre el trabajo artesanal: “la maquinaria específica del periodo manufacturero sigue siendo el obrero colectivo mismo, formado por la combinación de muchos obreros parciales” (26). Pero el trabajo combinado de los obreros parciales “heredados” de la conducción de tipo artesanal no es suficiente para alcanzar una unidad técnica real: esta última se obtiene solamente con la industria mecánica. Sin embargo, la “objetivación” (capitalista) del proceso productivo respecto al obrero se presenta ya aquí en un nivel bastante amplio: la planificación capitalista

funciona ya en un nivel tal como para volver general la relación-oposición entre división del trabajo en la manufactura y división social del trabajo. En la esfera de la producción dirigida “el obrero parcial no produce mercancía alguna. Solo el producto colectivo de los obreros parciales se transforma en mercancía” (27). Por un lado, se presenta en la producción la ley férrea del número proporcional o proporcionalidad que subsume determinadas masas de obreros bajo determinadas funciones, por otro lado, “la casualidad y el arbitrio llevan a cabo su enmarañado juego en la distribución de los productores de mercancías y en sus medios de producción entre las diversas ramas sociales del trabajo” (28). La autoridad del capital se manifiesta directamente en la producción: En esta esfera el equilibrio del sistema reside en la proporcionalidad establecida despóticamente entre las diversas funciones del trabajo; a nivel social, la tendencia al equilibrio no se ejerce a través de actos consientes de previsión y decisión, si no solo en un “sistema espontáneo y natural” que hace valer sus leyes aun contra la voluntad de los productores aislados “la norma que se cumpla planificadamente y a priori en el caso de la división del trabajo dentro del taller, opera cuando se trata de la división del trabajo dentro de la sociedad solo a posteriori, necesidad natural intrínseca, muda, que solo es perceptible en el cambio barométrico de los precios del mercado y que se impone violentamente a la desordenada arbitrariedad de los productores de mercancía” (29). Tal es el modo general de funcionamiento del capitalismo de competencia como aparece ya a nivel manufacturero; anarquía en la división social del trabajo, despotismo (plan) en la división del trabajo en la fábrica. A esta relación típica del capitalismo de competencia responde a un determinado

esquema de “valores sociales”: “la misma consciencia burguesa que celebra la división manufacturera del trabajo, la anexión vitalicia del obrero a una operación parcial y la subordinación que acrecienta la fuerza productiva de los mismos, denuncia por eso con igual vigor todo control y regulación sociales y conscientes del proceso de producción, control y regulación en los que ve un cercenamiento de los sacrosantos derechos de propiedad, de la libertad y de la genialidad –que se determina así misma– del capitalista individual. “Es sumamente característico que los entusiasta apologistas del sistema fabril no sepan decir nada peor contra cualquier organización general del trabajo social, que en caso de realizarse la misma transformaría a la sociedad entera en una fábrica” (30). Tal es la apologética peculiar de la época del capitalismo de competencia.

La validez de la relación: despotismo en la fábrica-anarquía en la sociedad aparece aquí bajo una rígida esquematización en el mismo pensamiento de Marx como lo confirma el fragmento de la miseria de la filosofía citado por él: “se puede... formular como regla general que cuanto menos regida por la autoridad esté la división del trabajo dentro de la sociedad, tanto más se desarrollará la división del trabajo del taller, y tanto más estará sometida allí a la autoridad de uno solo. De manera que la autoridad en el taller y la que existe en la sociedad, en lo tocante a la división del trabajo están en razón inversa” (31). La manufactura, por consiguiente, lleva a un grado bastante elevado el proceso capitalista de escisión de los medios de trabajo del obrero, concentrando en el capital las mismas “potencias intelectuales del proceso material de producción”, contraponiéndoles a los obreros, como propiedad ajena y como poder que los domina” –un poder que ya ha alcanzado un cierto grado de “evidencia técnica”, que dentro de ciertos límites

se presenta como técnicamente necesario. Pero permanece, naturalmente el límite impuesto por el origen artesanal que se hacen valer aun en la forma más desarrollada de la manufactura: la alienación del obrero del contenido del trabajo todavía no se ha perfeccionado. Solo con la introducción de las máquinas en gran escala las “potencias intelectuales” exaltan el grado máximo el comando capitalista sobre el trabajo: es cuando la ciencia entra al servicio del capital. Solo en este nivel desaparece todo residuo de autonomía obrera en el proceso de valorización, y el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo se manifiesta sin restricciones “técnicas” (32). La objetividad (capitalista) del mecanismo productivo frente a los obreros encuentra su fundamento óptimo en el principio técnico de las máquinas: la velocidad técnicamente determinada, la conexión de las distintas fases, la continuidad ininterrumpida del flujo se impone como necesidades “científicas” a la voluntad del obrero, y corresponde perfectamente a la voluntad del capitalista de “succionar” el máximo de fuerza de trabajo. La relación social capitalista “se oculta” dentro de las exigencias técnicas de la maquinaria, la división del trabajo parece totalmente del arbitrio del capitalista –simple resultado necesario “natural” del medio de trabajo (33).

En la fábrica automática, la planificación capitalista del proceso productivo alcanza su grado más alto de desarrollo; la ley de la plusvalía parece poder funcionar aquí ilimitadamente, desde que, “mediante su transformación del autómeta en el medio de trabajo, se enfrenta al obrero, durante el proceso mismo de trabajo, como capital, como trabajo inanimado que domina y succiona la fuerza de trabajo viva” y “la habilidad detallista del mecánico individual, privado de contenido, desaparece como cosa accesoria e insignificante ante la ciencia, ante las descomunales fuerza

naturales y el trabajo masivo social que están corporificados en el sistema fundado en las máquinas y que forman, con este, el poder del ‘patrón’ ” (34). El plan aparece aquí como el fundamento del modo de producción capitalista: la ley general de la producción capitalista es aquí “una certeza normal del resultado” y el código fabril en el cual el capital formula, como un legislador privado y conforme a sus capricho, la autocracia que ejerce sobre sus obreros –sin que dicho código figure esa división de poderes de la que tanto gusta la burguesía, ni el sistema representativo, aún más apetecido por ella– no es más que la caricatura capitalista de la regulación social del proceso laboral“ (35).

En el periodo inicial de su introducción las máquinas producen plusvalía no solo devaluando la fuerza de trabajo sino también transformando el trabajo empleado por sus poseedores en “trabajo potenciado”, eleva el valor individual y permite al capitalista, de esta suerte, sustituir con una parte menor de valor de producto diario el valor diario de la fuerza de trabajo” (36). En esta situación, se logran ganancias extraordinarias para los capitalistas poseedores de las máquinas (y puede decirse que es justamente la perspectiva de estas ganancias extraordinarias la que da el primer y necesario impulso a la manufactura). La magnitud de la ganancia así realizada “acicatea el hambre canina de más ganancia” (37); en consecuencia, se produce una prolongación de la jornada de trabajo. Cuando las máquinas han invadido toda una rama de la producción “el valor social del producto de las máquinas desciende hasta su valor individual”, haciéndose valer entonces la ley según la cual el plusvalor no surge de las fuerzas de trabajo que el capitalista ha remplazado por la máquina, a la inversa, de las fuerzas de trabajo que ocupa en ella” (38). Ahora bien, el aumento de la productividad que deriva de la introducción de las máquinas extiende la plusvalía a

expensas del trabajo necesario, pero “solo genera ese resultado mediante la reducción del número de obreros ocupados por un capital dado” (39). Pero el aumento de la plusvalía relativa parece no poder compensar la disminución de la plusvalía determinada por la disminución del número relativo de los obreros explotados: la contradicción que de ahí deriva es resuelta por el capitalista mediante un aumento de la plusvalía absoluta, vale decir mediante la prolongación de la jornada de trabajo (40). Tal esquema, en efecto, es validado solamente para un periodo históricamente limitado del capitalismo, para el primer periodo caracterizado por el uso generalizado de las máquinas; gran parte de las monstruosas consecuencias de la gran industria capitalista en los modos de explotación de la fuerza de trabajo queda explicada por este esquema. Pero el proceso correspondiente a la relación capital-máquinas no se detiene aquí. Los mismos efectos negativos de la prolongación ilimitada de la jornada de trabajo producen, sobre la base de la resistencia obrera, una “reacción de la sociedad amenazada en sus raíces vitales, y una jornada laboral normal limitada legalmente” (41). La nueva situación incita al capital a exaltar otro aspecto de los procesos de explotación implícito en el uso de las máquinas: la intensificación del trabajo. Para Marx está muy claro aquí que una “rebelión” de la clase obrera en la esfera “política” que impulsa al Estado a “abreviar por la fuerza el tiempo de trabajo” provoca una reacción en el sistema, que representa, al mismo tiempo un desarrollo (capitalista) del sistema de las máquinas y la consolidación de sus dominios sobre la clase obrera: (la reducción coercitiva de la jornada laboral con el impulso enorme que imprime al desarrollo de la fuerza productiva y a la economización de las condiciones de producción, impone a la vez un mayor desgaste de la fuerza de trabajo en el mismo tiempo, una tensión acrecentada de la

fuerza de trabajo, un taponamiento más denso de los poros que se producen en el tiempo de trabajo, esto es, impone al obrero una condensación del trabajo en un grado que es solo alcanzable dentro de la jornada laboral reducida. [...] junto a la medida de tiempo de trabajo como ‘magnitud de extensión’. Aparece ahora la medida del grado alcanzado por sus condensaciones” (42). Se verifican entonces los fenómenos típicos de la gran industria capitalista: “la máquina deviene en las manos del capital en un medio objetivo y empleado de manera sistemática para arrancar más trabajo en el mismo tiempo. Ocurre esto de dos modos: mediante el aumento de la velocidad de las máquinas [tiempos] y por medio de la ampliación de la escala en la maquinaria que debe vigilar al mismo obrero” (43). Obviamente en este nivel la relación entre perfeccionamientos de las máquinas y procesos de valorización se torna aún más íntima: tal relación es en parte necesaria para ejercer una presión mayor sobre los obreros, que en parte acompaña “espontáneamente” la intensificación del trabajo, dado que el límite impuesto a la jornada de trabajo obliga al capitalista a la más rigurosa economía en los costos de producción. Así se cumple el pasaje de la subsunción formal del trabajo bajo el capital a su subsunción real. El elemento distintivo de esta es precisamente “necesidad técnica”. Cuando el uso de las máquinas se ha generalizado en amplia escala y en todas las ramas de la producción, en el nivel de la producción dirigida, el capitalismo es despotismo ejercido en nombre de la racionalidad: el viejo sueño “científico” del *perpetuum mobile*, de un movimiento obtenido sin gasto de trabajo, parece realizarse con la máxima explotación de la fuerza de trabajo y la máxima sumisión del obrero al capitalista (en la unión de estos dos términos está la expresión de la ley de la plusvalía). El despotismo del capital aparece

como despotismo de la racionalidad; esta es la mediación necesaria para el mejor funcionamiento del capital en sus dos partes, constante y variable, pues suelda su nexo recíproco y lo torna técnicamente necesario. A nivel de la producción dirigida el capitalismo es para Marx planificación sobre la base del desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas: aquí está la expresión fundamental del carácter antagónico de la producción capitalista. Las “contradicciones inmanentes” no residen en los movimientos del capital, no son “internas” del capital; el único límite al desarrollo del capital no es el capital mismo sino la resistencia de la clase obrera (44). El principio de la planificación, que para el capitalista es “previsión”, “certeza del resultado”, “proporcionalidad racional”; para el obrero se impone solo como una prepotente ley natural (45). En el sistema de fábrica, el aspecto anárquico de la producción capitalista está únicamente en la insubordinación de la clase obrera, en su rechazo de la “racionalidad despótica”. Frente al entrelazamiento capitalista de técnica y poder, la perspectiva de un uso alternativo (obrero) de las máquinas no puede fundarse, evidentemente, sobre el puro y simple trastrocamiento de las relaciones de producción de propiedad, concebidas como una envoltura que en determinado nivel de expansión de las fuerzas productivas estaría destinada a caer simplemente porque se ha tornado demasiado estrecha: las relaciones de producción están dentro de las fuerzas productivas, estas fueron “plasmadas” por el capital. Y es esto lo que permite al desarrollo capitalista perpetuarse aún después que las expansiones de las fuerzas productivas han alcanzado su máximo nivel. La regulación social del proceso de trabajo se presenta entonces inmediatamente como un tipo de planificación contrapuesta a la planificación capitalista.

Las tendencias históricas del capitalismo hacia la superación de la competencia

Pareciera entonces que la oposición: despotismo (plan) en la fábrica, anarquía en la sociedad, fuera en *El capital* la forma general en la cual se expresa la ley del valor.

Habíamos visto también cómo las principales “leyes” del desarrollo capitalista formuladas por Marx están ligadas estrechamente a esa fórmula general: ésta parece identificarse con la estructura misma de *El capital* el que podría ser leído sólo como clave de interpretación del capitalismo de competencia, estando limitada su validez a dicho periodo. Por lo demás, el ulterior desarrollo ortodoxo de la teoría vuelve a confirmar tal esquema, negando al sistema capitalista otro modo “pleno” de desarrollo fuera del asegurado por el modelo competitivo, calificando por lo tanto como último y “embrutecedor” el estadio del capitalismo monopolista-oligopolista, regulado. Además, el “revisiónismo” moderno concluye por perder la continuidad del sistema, a través de sus “saltos” históricos, habiendo fundado también él en dicho esquema la expresión de la ley del valor. Sin embargo, el modelo suministrado por *El capital* no es en realidad tan “cerrado”: efectivamente, el incesante movimiento del capital hacia adelante no es confinado dentro de los límites de la competencia, el “comunismo capitalista” (46) no se presenta solo como movimiento “automático” del capital social total, resultante del obrar ciego de los agentes del sistema.

En una carta del 2 de abril de 1853 Marx expone a Engels un primer esquema del capital Como ya se dijo, en este esquema los diferentes niveles del sistema se presentan aún distribuidos empíricamente, no unificados en torno al núcleo de las leyes de la economía política. De hecho, el plan general

de la obra está dividida en seis libros: 1) *Del capital*, 2) *La propiedad territorial*, 3) *El trabajo asalariado*, 4) *El Estado*, 5) *El comercio internacional* y, 6) *El mercado mundial*. Pero este modo no sistemático de exponer materia vuelve bastante claro el pensamiento de Marx acerca del movimiento de la acumulación capitalista, cuando pasa a exponer en detalle el plan del primer libro (*Del capital*). Éste, efectivamente, “se subdivide en cuatro secciones. a) El capital general [...] b) La concurrencia o la acción de muchos capitales los unos sobre los otros c) El crédito, en que el capital aparece ante los distintos capitales especiales como elemento general d) El capital-acciones, como la forma más acabada del capital (transición hacia el comunismo) y a la par con todas las contradicciones inherentes a “él” (47). Es muy; importante observar cómo Marx subraya aquí que el pasaje sucesivo de una categoría a otra “es histórica a la par que dialéctica” (48). Y ya en los *Gundrisse* Marx habla del capitalismo accionario como de aquella “modalidad bajo la cual el capital se ha elaborado hasta su forma última en la cual está puesto no solamente en sí, según su sustancia, sino su forma como fuerza y producto social (49).

En la exposición “lógico-sistemática” de *El Capital* este estadio de la acumulación capitalista, más allá de la competencia, parece coexistir junto a las formas dominantes de la competencia, sin poder, naturalmente, conciliarse con estas últimas. Sin embargo, el hecho de que el estadio superior, expresión de la tendencia general de la acumulación capitalista, está representado también en *El Capital* por el estadio del capital accionario en cuanto forma del capital social total que no es más que una simple expresión del entrelazamiento ciego de las capitales aisladas. Este hecho, repito, está ampliamente demostrado por los textos que se

encuentran en el libro 1 dentro del capítulo sobre La ley general de la acumulación capitalista.

Aquí este tipo de concentración que se funda directamente en la acumulación o, más bien, es idéntica a ésta”, aparece como el fundamento del sistema competitivo. En efecto, primero el grado de incremento de la riqueza social limitada, bajo condiciones en los demás iguales, la concentración creciente de los medios sociales de producción en las manos de capitalistas individuales. Segundo: la parte del capital social radicado en cada esfera particular de la producción está dividida en numerosos capitalistas que se contraponen recíprocamente como productores independientes de mercancías y compiten entre sí. No solo la acumulación y la consiguiente concentración, pues, están fraccionadas en muchos puntos, sino que el crecimiento de los capitales en funcionamiento está compensado por la formación de nuevos y la escisión de antiguos capitales. De ahí que, si por una parte la acumulación se presenta como concentración creciente de los medios de producción y del comando sobre el trabajo, por otra parte, aparece como repulsión de muchos capitales individuales entre sí” (50). Pero esto, que se presenta justamente como la esfera de la competencia, solo es un aspecto de la ley general de la acumulación capitalista. El otro aspecto, contra la dispersión del capital social de conjunto, está constituido por la atracción recíproca de sus fracciones. “Este proceso se distingue del anterior en que, presuponiendo solamente una distribución modificada de los capitales ya existentes y en funcionamiento, su campo de acción no está circunscrito por el crecimiento absoluto de la riqueza social o por los límites absolutos de la acumulación [...] Se trata de la concentración propiamente dicha, a diferencia de la acumulación”. Es sabido cómo Marx desarrolla el sistema del crédito, “que en sus inicios se

introduce furtiva, subrepticamente, como modesto auxiliar de la acumulación”, para convertirse pronto en arma nueva y terrible en la lucha competitiva, transformándose finalmente en un inmenso mecanismo social para la centralización de los capitales” (51).

Este otro aspecto de la ley general de la acumulación capitalista aparece como un proceso de desarrollo ilimitado respecto a la competencia: “En un ramo dado de los negocios la centralización alcanzaría su límite extremo cuando todos los capitales invertidos en aquel se confundieran en un capital singular. En una sociedad dada, ese límite solo se alcanzaría en el momento en que el capital social global se unificara en las manos ya sea de un capitalista singular, ya sea de una sociedad capitalista única” (52).

A Marx no se le escapa el hecho de que, si la centralización, con sus mecanismos peculiares, es distinta de la acumulación, ella está sin embargo en función de esta última, y sólo permite completar en escala social la revolución introducida por la industria capitalista: “La mayor extensión del establecimiento industrial constituye en todas partes el punto de arranque para una organización más comprehensiva del trabajo colectivo, para un desarrollo más amplio de sus fuerzas motrices materiales, esto es, para la transformación progresiva de procesos de producción practicados de manera aislada y consuetudinaria, en procesos de producción combinados socialmente y científicamente concertados” (53). Pero solamente con la centralización se obtiene esta aceleración, que no depende sólo del “agrupamiento cuantitativo de las partes integrantes del capital social”, sino también del hecho de que ella “amplía y acelera, al mismo tiempo, los trastrocamientos en la composición técnica del capital”. En el momento en el que diferentes masas de capital se sueldan unas con otras, a

través de la centralización, aumentan más rápidamente que las demás, “convirtiéndose con ello en nuevas y poderosas palancas de la acumulación social” (54). A través del análisis del proceso de centralización, las relaciones entre la esfera de la producción directa y la esfera de la circulación llegan a ser entonces mucho más estrechas de cuanto aparece a través del análisis de la relación entre producción directa y competencia. Aquí se manifiesta un tipo de vínculo que no es el establecido en la estructura lógica general de *El capital* y que, en efecto, relega no pocas de las “leyes” a una fase histórica determinada del desarrollo capitalista. Se presenta ya aquí el carácter histórico del proceso de producción en una forma inmediatamente preeminente respecto a las formas asumidas por el proceso de circulación que depende de él.

A la misma temática *de* la ley del desarrollo de la acumulación capitalista hay que vincular los conocidos textos del capítulo XVIII del libro III de *El capital*, sobre “El papel del crédito en la producción capitalista”. Estamos aquí directamente en el nivel del máximo desarrollo del capital accionario. En particular Marx subraya que, en tal nivel, a la concentración social de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo corresponde la forma de capital social contrapuesto al capital privado, por consiguiente, la creación de empresas que son empresas sociales contrapuestas a las empresas privadas. Es -dice Marx la abolición del capital como propiedad privada dentro de los límites del propio modo capitalista de producción. A su vez, la personificación activa del capital, el capitalista, el capitalista realmente activo, se transforma “en un mero director, administrador de capital ajeno”. Los propietarios de capital, a su vez, se transforman en “capitalistas dinerarios”. Puede decirse que comienza aquí el proceso de completa autonomía del capital. El mismo

beneficio total que comprende el interés y la ganancia del empresario “solo se percibe en la forma del interés”, es decir, como simple indemnización de la propiedad del capital, propiedad que en el proceso real de reproducción está ahora tan separada de la función del capital como en la persona del gerente, esta función está separada de la propiedad del capital. En estas condiciones, la ganancia (y ya no solamente una parte de ella, el interés, que deriva su justificación de la ganancia del prestatario) se presenta como simple apropiación de la plusvalía ajena, resultante de la transformación de los medios de producción en capital, es decir, de su enajenación con respecto de los verdaderos productores, de su antagonismo como propiedad ajena frente a todos los individuos que intervienen realmente en la producción, desde el gerente hasta el último jornalero. En la sociedad por acciones la función está separada de la propiedad del capital, y el trabajo aparece también, por tanto, completamente separado de la propiedad sobre los medios de producción y sobre la plusvalía. Es obvio anotar el carácter contradictorio de estos textos. La separación absoluta del trabajo, de la propiedad del capital se presenta como “un punto de transición necesario para la reconversión del capital en propiedad de los productores, pero ya no como la propiedad privada de productores aislados, sino como propiedad de ellos en cuanto asociados, como propiedad directa de la sociedad. Por otra parte, es un punto de transición para la transformación de todas las funciones que en el proceso de reproducción han estado vinculadas hasta el presente con la propiedad del capital, en meras funciones de productores asociados, en funciones sociales”. Aquí parece que el mismo Marx cayera en el error de cambiar el proceso de trabajo por el proceso de valorización. El nexo entre la esfera de la producción inmediata y el modo de funcionamiento

del capital colectivo parece aquí olvidado, y reaparece el esquema simplificado del contraste entre el desarrollo de las fuerzas productivas y relaciones de producción. Por ello dice Marx que “la abolición del modo capitalista de producción dentro del propio modo capitalista de producción”, que es la característica de este nivel de desarrollo de la acumulación capitalista, es “una contradicción que se anula a sí misma, que prima facie se presenta como mero punto de transición hacia una nueva forma de producción”.

Sin embargo la fase del capital accionario, que es la “abolición de la industria capitalista privada sobre la base del propio sistema capitalista”, permite, en el análisis de Marx, comprender el cambio profundo producido en el mecanismo capitalista: “puesto que –dice Marx– la ganancia asume la forma del interés, esta clase de empresas afines son posibles cuando arrojan un mero interés, y esta es una de las razones que detienen la baja de la tasa general de ganancia, porque estas empresas, en las que el capital constante guarda una relación tan descomunal con el capital variable, no entran necesariamente en la nivelación de la tasa general de ganancia” (55).

Marx señala aquí un verdadero “salto” entre diferentes niveles de desarrollo del capital. No sólo son reconocibles distintos niveles en el proceso de la acumulación capitalista (niveles que el análisis debe distinguir, sin caer en la tentación de individualizar, a partir de ese momento, simples ajustes y correcciones respecto a una fase determinada a la que se considera como “modelo” sustancialmente no modificable), no solamente ya está aquí contenido induce el análisis de la fase monopólica, sino también son esclarecidos elementos que ni siquiera pueden ser ubicados en la primera fase del capitalismo de los monopolios (56).

La planificación capitalista en la producción social en su conjunto

La esfera de la circulación para Marx es al mismo tiempo resultado y mistificación de las relaciones capitalistas de producción: “En cuanto mercancía de una naturaleza particular el capital posee también un tipo particular de enajenación” (57). En la fórmula D-M-D’, es decir en el capital comercial “por lo menos existe la forma general del movimiento capitalista”; en efecto, la ganancia aparece como “mera ganancia sobre la enajenación; pero de cualquier manera se manifiesta como el producto de una relación social, no como el producto de una mera cosa” (58). Todo rastro de relación social en el movimiento capitalista desaparece en cambio con el capital productivo a interés, cuya fórmula D-D’ expresa solamente “una relación de magnitudes”. El capital tiene aquí solo una relación cuantitativa consigo mismo: “el capital se presenta en cuanto tal, como este valor que se valoriza directamente, para todos los capitalistas activos, sin que tenga importancia si actúan con capital propio o prestado” (59).

Parece entonces realizarse “la forma originaria y general del capital, reducida a un compendio carente de sentido” (60). Con el desarrollo del capital productivo a interés como formación social dominante: la mistificación implícita en las relaciones capitalistas de producción parece ser llevada a su grado más alto; proceso de producción y proceso de circulación son dejados completamente de lado, ahora la “cosa (dinero, mercancía, valor) ya es capital como mera cosa; y el capital se manifiesta como mera cosa” (61). Se obtiene entonces la expresión más general del fetichismo capitalista: “la relación social se halla consumada como relación de una cosa, del dinero, consigo misma.” (62). Pareciera que el modo

capitalista de producción amenaza de tal manera esconder completamente su raíz y su movimiento real. El mismo capital activo se presenta como capital monetario: “mientras que el interés es solo una parte de la ganancia, es decir del plusvalor que le exprime el capitalista actuante al obrero, ahora a la inversa, el interés aparece como el verdadero fruto del capital; como lo originario, y la ganancia, trasmutada ahora en la forma de la ganancia empresarial, como mero accesorio y aditivo que se agrega en el proceso de reproducción. Aquí queda consumada la figura fetichista del capital y la idea del fetiche capitalista (63). De tal manera, el carácter social específico del capital se fija en el aspecto (“cosa”) de la propiedad del capital, que contiene en sí la capacidad de dirigir el trabajo de otros y da su fruto en forma de interés; por consiguiente la parte de plusvalía que espera al capitalista en activo, al empresario, “aparece necesariamente como que no proviene del capital en cuanto capital, sino del proceso de producción, separado de su determinación social específica, que ya ha adquirido su modo particular de existencia en la expresión ‘interés del capital’. Pero separado del capital, el proceso de producción es el proceso de trabajo en general. Por ello, el capitalista industrial, en cuanto diferenciado del propietario del capital, no aparece como capital actuante sino como funcionario incluso como presidencia del capital, como simple agente laboral en general, como trabajador, y más exactamente como trabajador asalariado” (64).

La relación entre capital y trabajo es así “olvidada” completamente: “en el interés, bajo la figura particular de la ganancia, en la cual el carácter antitético del capital se da una expresión autónoma: le hace de tal manera que en ella la antítesis se halla totalmente extinguida y se hace total abstracción de ella” (65). En el “trabajo” del capitalista activo

las funciones de dirección implicadas por el trabajo social combinado reciben su impronta específica de la relación capitalista: Marx resume aquí parcialmente el análisis de la sección 4 del libro I. El proceso se cumple según Marx, como el mismo desarrollo de las sociedades por acciones. Cuando, por un lado, el “capital dinerario adopta un carácter social, se concentra en bancos, y son estos los que lo prestan, y no ya sus propietarios directos”; y por otro lado “el mero director, que posee el capital sin título alguno -ni de préstamo ni de ningún otro- desempeña todas las funciones reales que competen en cuanto tal al capitalista actuante”. En este nivel “sólo permanece el funcionario y desaparece el capitalista, en cuanto persona superflua, del proceso de producción” (66).

El análisis del proceso de automatización” del capital es retomado en las célebres páginas sobre la “fórmula trinitaria” (67). Si todas las formas de sociedad que llegan al capital mercantil y a la circulación monetaria se caracterizan por el elemento mistificador “que transforma las relaciones sociales en las que sirven en la producción, como portadores, los elementos materiales de la riqueza, en atributos de esas mismas cosas (mercancía) y que llega aún más lejos al convertir la relación misma de producción en una cosa (dinero) [...] en el modo capitalista de producción y en el caso del capital, que forma su categoría dominante, su relación de producción determinante, ese mundo encantado y distorsionado se desarrolla mucho más aun” (68). En la esfera de la producción directa, la relación capitalista, en cuanto el capital “bombee” la plusvalía sobre todo bajo la forma de plusvalía absoluta, de prolongación de la jornada de trabajo, aparece claramente evidenciada desde el primer momento. Pero como ya se vio, con el desarrollo de la plusvalía relativa, es decir, con el desarrollo del “propio modo específicamente

capitalista de producción, con lo cual se desarrollan las fuerzas productivas sociales del trabajo, estas fuerzas productivas y las conexiones sociales del trabajo aparecen en el proceso laboral directo como desplazadas del trabajo al capital” (69). El capital llega a ser así un “ente místico en grado sumo”. El contenido específico de este “ente” es, como ya sabemos, la forma planificada en sentido capitalista del proceso social de producción, la socialización capitalista del trabajo. En el pasaje de la realización del valor y de la plusvalía, a la esfera de la circulación, “tanto la restitución de los valores adelantados en la producción como, ante todo, el plusvalor contenido en las mercancías no parecen realizarse meramente en la circulación, sino surgir de ella (70). En particular, operan dos factores para convalidar tal “apariencia”: la ganancia por enajenación y el tiempo de circulación, que aparenta ser “una causa tan positiva como el trabajo mismo y de aportar una determinación proveniente de la naturaleza del capital e independientemente del trabajo”(71).

Con la transformación de la plusvalía en ganancia, y aún más con la transformación de la ganancia media y de los valores en precios de producción, se “vela cada vez más la verdadera naturaleza del plusvalor y por ende el verdadero mecanismo motor del capital” (72).

Finalmente, para Marx, la “sustantivación” de la forma de la plusvalía se completa con la división de la ganancia de interés y beneficio del empresario: “por ello, la forma capital-interés como tercer término después de ‘tierra-renta’ y ‘trabajo-salario’, es también mucho más consecuente que ‘capital-ganancia’, puesto que en la ganancia persiste siempre el recuerdo de su origen, que el interés no solo está extinguido sino colocado en una forma antitética y fija, contrapuesta a ese origen” (73).

Hacia el final de este fragmento Marx hace una afirmación muy importante que transcribimos in extenso, ya que en nuestra opinión ha sido escasamente subrayada por los intérpretes: “Al exponer la cosificación de las relaciones de producción y su autonomización frente a los agentes de la producción, no entramos a analizar la manera en que las conexiones a través del mercado mundial, sus coyunturas, el movimiento de los precios de mercado los periodos del crédito, los ciclos de la industria y el comercio, la alternancia de la prosperidad y la crisis, se presentan como leyes naturales todopoderosas que los dominan al margen de su voluntad y se imponen frente a ellos como una ciega necesidad. No la hacemos porque el movimiento real de la competencia queda fuera de nuestro plan y solo hemos de presentar la organización interna del modo capitalista de producción, por así decirlo, en su término medio ideal” (74).

La “materialización” del capital en la fórmula trinitaria aparece entonces sola en el grado más elevado del desarrollo capitalista: caracterizada por el capital productivo e interés. Este es el máximo nivel de desarrollo capitalista previsto por Marx. La máxima socialización del capital está en la forma del capital financiero. En la representación general del modelo capitalista la competencia es dejada de lado; pero la regulación del proceso de producción en su conjunto en la esfera de la circulación considerada solamente a través de la teoría de los precios de ~reducción, que representa más bien un mecanismo regulador del sistema, pero un mecanismo que todavía “opera ciegamente” respecto a los agentes aislados de la producción. Sin embargo, la figura del capitalista activo se ha tornado “superflua”; en su lugar la sustituyen los funcionarios productivos del capital, mientras que el banquero encarna la figura del capitalista colectivo. Según Marx, aparece un proceso histórico de cohesión creciente del sistema que atraviesa distintos estadios

(del predominio del capitalista individual al del capitalista como simple accionista del capital social, mediante el pasaje a los precios de producción hasta la aparición del capital social en forma financiera y a la división de la ganancia en interés y beneficio del empresario). Es evidente que en cada uno de estos diferentes estadios de desarrollo se diferencian las formas específicas que asume la plusvalía (las leyes del movimiento del capital en su conjunto). Cuando la ley de plusvalía funciona como “plan solamente a nivel de fábrica, la lucha política de la clase obrera se configura en lo esencial como lucha contra la anarquía de la sociedad. Ya que en este nivel se exaltan las contradicciones internas del capitalismo en la esfera de la circulación (anarquía en los movimientos recíprocos de los capitalistas individuales), la lucha del proletariado se realiza en esta esfera; asume esencialmente la forma de una “política de alianzas”. La lucha en la esfera de la producción directa está destinada a permanecer en el ámbito de la lucha “económica” y el sindicalismo en su forma típica. El modelo correspondiente de sociedad socialista es la planificación, pero no calificada de manera determinada respecto a las relaciones sociales en la esfera de la producción. Es esto lo que repite, con un esquematismo exasperante, el joven Lenin.

Pero el análisis marxista de la fábrica, de la producción directa en el capitalismo, presenta elementos bastante más ricos para la formulación de una perspectiva socialista que no se apoye sobre la base ilusoria y mistificada de su identidad con la planificación, tomada en sí misma, y haciendo abstracción de la relación social que en ella (en sus diversas formas) pueda expresarse. Marx destruye en este análisis el equívoco de la imposibilidad capitalista de planificar. Antes bien, el sistema tiende a reaccionar ante cualquier tipo de contradicción y de limitación a su mantenimiento y a su propio desarrollo, con

un acrecentamiento de su grado de planificación: en ésta se expresa fundamentalmente la ley de la plusvalía. Así también, Marx reconoce explícitamente que la abolición de la vieja división del trabajo no viene preparada automáticamente por el desarrollo capitalista: en la forma antagónica del plan capitalista se vienen preparando simplemente los “fermentos revolucionarios. La caricatura capitalista del proceso de trabajo regulado no es una simple envoltura, caída la cual, aparecerían ante nuestros ojos, bellas y listas, las formas de la nueva sociedad. El plan capitalista no es un “legado» que la clase obrera podría tomar del capital. En Marx, sin embargo, al menos en los límites del Libro I, de *El capital*, prevalece la dicotomía: planificación en la fábrica-anarquía en la sociedad. Y cada vez que explicita los contenidos de esta relación deja en sombras los aspectos del dominio capitalista que derivan de uso capitalista de la racionalidad, poniendo en cambio de relieve las “devastaciones derivadas de la anarquía social”. El plan se detiene en la escala de la fábrica, que sigue siendo el reino cerrado del proceso social de producción. En el proceso en su conjunto dicho plan no funciona. Más aun, la esfera de la circulación en su confrontación simétrica: la anarquía en la circulación crece con el crecimiento de la planificación en nivel de la producción directa. Las leyes que regulan el movimiento de los capitales individuales y que determinan el desarrollo del capital social en su conjunto no son conocidas sino *a posteriori*; por los agentes de la producción. Por consiguiente, ellas se enfrentan con las leyes “racionales” del plan. Existe, por ello, un nivel (la fábrica, la producción directa) en el cual el capitalismo ha incorporado la ciencia y la técnica a su modo de producción; existe otro nivel el de la sociedad en su conjunto en el cual el capitalismo se presenta como un modo de producción “inconsciente”, anárquico, confiado en los movimientos no

controlados de la competencia. Sólo en este segundo nivel los efectos del uso capitalista de las máquinas no son regulados por el capital: desocupación tecnológica, movimientos cíclicos, crisis, son fenómenos que el capitalismo no controla (ni podría controlar, desde que el movimiento de conjunto del capital social es solamente el resultado del entrecruzamiento de los capitales aislados).

Por esto la perspectiva socialista de lucha obrera que se extrae del Libro 1 de *El Capital* permanece ambigua: el crecimiento del comando sobre el trabajo bajo la forma de planificación conduciría a una perspectiva de enfrentamiento directo entre capital y clase obrera y Marx lo señala explícitamente, a través del rechazo del esquema acrítico que identifica el máximo desarrollo de las fuerzas productivas (maquino factura, automatización, socialización del trabajo) con el uso capitalista de la técnica. En tal perspectiva, los elementos del proceso de trabajo compatibles con una regulación social deberían ser recuperados críticamente, extrayéndolos del entrelazamiento capitalista de técnica, ciencia y poder. Mas, por otra parte, la acentuación del aspecto de la anarquía social como característica del proceso de la producción capitalista en su conjunto, en la perspectiva de la ruptura del sistema, tiende en cambio a recuperar el plan en cuanto tal, como “valor” esencial” del socialismo. Dentro de los límites del esquema del Libro 1 de *El Capital* está también, induce la identidad que hoy se desarrolla tanto teórica como prácticamente, de socialismo y planificación, por encima de la consideración de las relaciones sociales sobre cuya base opera la planificación. (75).

En *El capital* por otra parte, la importancia de los movimientos de capitales en la circulación es distinta en los diversos estadios del desarrollo. Los fenómenos típicos

de esta esfera (anarquía, fluctuaciones cíclicas, etcétera) nunca son vistos como acontecimientos catastróficos”, sino esencialmente como modos de desarrollo del capital. La dinámica del proceso capitalista está dominada en sustancia por la ley de la concentración y de la centralización, y tal dinámica es el comienzo de aquella que para Marx es la fase más alta del desarrollo y también de la “automatización” del capital, es decir, la fase del capital financiero. Luego, mientras la planificación en la esfera de la producción directa aparece como expresión general. (Histórica y prácticamente permanente, y siempre más dominante, la anarquía competitiva) es sólo una fase transitoria en el desarrollo capitalista. Bajo este perfil, la ambigüedad de perspectiva que nace del esquema de la relación planificación en la fábrica, anarquía en la sociedad— parece superable en el interior mismo del pensamiento marxista, más aun, dentro del mismo libro I de *El Capital*. Existe dispersamente en Marx (véase la parte final del fragmento de *Grundrisse* referido a las máquinas) una teoría de la “insostenibilidad” del capitalismo en su nivel máximo de desarrollo, cuando las fuerzas productivas “superabundantes” entran *en* conflicto con la “base estrecha” del sistema, y la medición cuantitativa del trabajo deviene un absurdo evidente (76).

Pero esta perspectiva remite inmediatamente a otra cuestión: el desarrollo del capitalismo en su forma reciente demuestra la capacidad del sistema para “autolimitarse”, para reproducir mediante intervenciones consientes las condiciones para su supervivencia, y planificar con el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas hasta los límites de este mismo desarrollo (por ejemplo, con la planificación, de una cuota de desocupación). Se vuelve entonces al problema fundamental del estadio capitalista no previsto por Marx, en su nivel

moderno (más allá del capital financiero) en los puntos más avanzados. Es francamente una obvia banalidad afirmar que el capitalismo de los monopolios y de los oligopolios no es explicado por el predominio del capital financiero. Del capitalismo mono-oligopolista se desarrolla el capitalismo planificado. “La sustantivación” que se manifiesta en la fórmula trinitaria, a la luz de estos desarrollos, aparece como una forma bastante menos “perfeccionada” de cuanto aparece en Marx. Puesto que, con la planificación generalizada, el capital extiende directamente la forma mistificada fundamental de la ley de la plusvalía de la fábrica en toda la sociedad, ahora parece desaparecer verdaderamente todo rastro del origen y de la raíz del proceso capitalista. La industria reintegra en sí el capital financiero y proyecta en nivel social la forma que asume en ella específicamente la extorsión de la plusvalía; como desarrollo “neutro” de las fuerzas productivas, como racionalidad, como plan. La tarea de la economía apologética se ve bastante facilitada.

Habíamos observado ya que hasta en el pensamiento de Marx los aspectos más evidentes y sólidos de la sociedad capitalista de su tiempo ejercieron una cierta “superchería”; es preciso dejar a un lado todos los aspectos contingentes del pensamiento marxista para tomar de él algunas poderosas sugerencias sobre la dinámica de conjunto del desarrollo del capital. Sobre todo, es necesario hacer caer algunos rasgos “hipertrofiados” que derivan de la anarquía en la circulación. Sigue siendo fundamental la importancia que en el pensamiento de Marx tiene la capacidad del sistema capitalista de reaccionar a las consecuencias destructivas del funcionamiento de ciertas “leyes”, pasando a un estadio “superior”, introduciendo nuevas leyes, destinadas a garantizar la continuidad del sistema sobre la base de la ley de

la plusvalía. Considerado de tal manera, *El capital* presenta un modelo dinámico general, del modo de producción capitalista, en el cual, a cada “fase”, aquellas que en las fases precedentes se presentaban como contra tendencias subordinadas a otras tendencias prevalecientes, pueden transformarse a su vez en tendencias dominantes. En este modelo dinámico la única constante es el crecimiento (tendencial) del poder del capital sobre la fuerza de trabajo.

En el proceso de desarrollo del capitalismo son reconocibles, por tanto (y el punto de vista de Marx implica que sean reconocidos) estadios diferentes que el análisis debe distinguir, sin caer en el error “sistemático” de fijar la representación de un momento determinado, con sus leyes particulares y transitorias, como “modelo fundamental”, al cual el desarrollo ulterior del sistema puede aportar a lo sumo algunas correcciones más o menos marginales.

Hay en efecto, en el pensamiento marxista posterior a Marx, un momento de reconocimiento del “giro” verificado en el sistema con la aparición del capitalismo monopolista y el imperialismo alrededor de 1870 (y que hoy aparece como un periodo de transición respecto al “giro” que, iniciado en la década del treinta, todavía sigue cumpliéndose). Pero el análisis y la representación de la nueva fase que nace con aquel giro es colocada de inmediato en relación con leyes que ella misma tendía a superar; y es interpretada, así, como “última fase” (77). El marxismo mismo deviene al pensamiento “apologético” esto es, pensamiento ligado a una visión formalista, que se mueve en la superficie de la realidad económica y no acierta a aprehender el conjunto ni la variabilidad interna del funcionamiento del sistema. Los cambios son vistos así a nivel empírico, y cuando se esfuerza por lograr un nivel “científico” se vuelve a modelos de explicación que se abstraen del desarrollo histórico (repitiendo

entonces, paradójicamente, los esquemas de la economía “racional”, eternamente válida). Ocurre así que al pensamiento marxista se le escapa, en general, la característica fundamental del capitalismo moderno, (78) que consiste en la recuperación de la expresión fundamental de la ley de la plusvalía, el plan, del nivel de fábrica al nivel social.

Notas

1. Lenin, V. I., Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve, en obras completas. Bs. As., ed. Cartago, t. I, 1958, p. 457.
2. Ibid., p. 456.
3. Ibid., p. 457.
4. Lenin, V. I., Caracterización del romanticismo económico, en *Obras completas*, Bs. As., t. II, 1953, pp. 192-193.
5. Ver, por ejemplo, en *Contenido económico del populismo* (op. cit.), la parte donde Lenin polemiza contra «la ingenua idea de que el capitalista tiene como fin el consumo personal, y no la acumulación de plusvalía» contra el error de “creer que el producto social se descompone en $cv+p$ (capital variable más plusvalía), como decían A. Smith y toda la Economía Política anterior a Marx”. y no en $c+v+p$ (capital constante, medios de producción y, luego ya, salario y plusvalía, como lo demostró Marx. Cfr. en *Caracterización del romanticismo económico* (op. cit.) todo el párrafo sobre “la acumulación en la sociedad capitalista” (por ejemplo, “para ampliar la producción (“acumular”, en el sentido absoluto del término), se impone, primero, producir medios de producción, y en consecuencia es necesario ampliar la sección de la producción social que provee dichos medios

de producción; es preciso atraer hacia esa sección a obreros que ya son adquirientes de los artículos de consumo. Por lo tanto, “el consumo” se desarrolla inmediatamente después de la “acumulación” ... En consecuencia, no sólo no es obligatorio que el desarrollo de estas dos secciones de la producción capitalista sea uniforme, sino que, por el contrario, su desigualdad es inevitable” (pp. 145-146)

6. ver caracterización (óp.cit.), p. 157.
7. Ibid., p. 158 y en ‘Genera.l todo el parágrafo sobre La crisis pp. 156-165.
8. Cfr., en particular óp. cit. Pp. 162-163 y ss., 199, 211.
9. Óp. cit., p. 209.
10. Lenin, V. I., El desarrollo del capitalismo en Rusia, en Obras completas, Bs., t. III, 1957, P. 595.
11. Ver caracterización. Óp. cit. P.177.
12. Lenin, V. I., Proyecto y explicación del programa del partido socialdemócrata, en Obras completas. Bs. As., t. II, p. 91 y ss.
13. Lenin, V. I., ¿Quiénes son los amigos del pueblo” y como luchan contra los socialdemócratas?, en obras completas, Bs. As., t. I, 1953, p. 256.
14. Karl Marx, *El capital*. México, Siglo xxi, T. I. Vol. 2 1977, p. 405
15. Ibid.
16. Ibid.
17. Ibid., p. 406
18. Ibid.
19. Ibid., p. 405
20. Ibid.
21. Ibid., p. 406
22. Ibid., p. 407
23. Ibid., p. 395

24. Ibid., p. 402
25. Ibid., p. 403
26. Ibid., p. 424
27. Ibid., p. 432; Cfr. pp. 438-439 “La manufactura propiamente dicha no solo somete a los obreros, antes autónomos, al mando y a la disciplina del capital, sino que además crea una gradación jerárquica entre los obreros mismos. Mientras que la cooperación simple, en términos generales, deja inalterado el modo de trabajo del individuo, la manufactura lo revoluciona desde *los cimientos y hace presa en las raíces mismas de la fuerza individual del trabajo*. Mutila al trabajador, lo convierte en una aberración al fomentar su habilidad parcializada –cual sui fuera una planta de invernadero– sofocando en la multitud de impulsos y aptitudes productivos, tas como en los estados de Plata se sacrifica un animal entero para arrebatarle el cuero del sebo. No solo se distribuyen los diversos trabajos parciales entre distintos individuos, sino que el individuo mismo es dividido, transformado en mecanismo automático impulsor de un trabajo parcial, realizándose así la absurda fábula de Menenio Agripa, que presenta a un hombre como un mero fragmento de su propio cuerpo. Si en un principio el obrero vende su fuerza de trabajo al capital porque él carece de los medios materiales para la producción de una mercancía, ahora en su propia fuerza de trabajo individual, la que se niega a prestar servicios si no es vendida al capital. Únicamente funciona en una concatenación que no existe sino después de su venta, en el taller del capitalista. Incapacitado por su propia constitución para hacer nada con independencia, el obrero de la manufactura únicamente desarrolla actividad productiva como accesorio del taller capitalista”.

28. Ibid., p. 433
29. Ibid.
30. Ibid., p. 434
31. Ibid.
32. Ibid., p. 447-449. Cfr, pp. 463-470
33. Ibid.
34. Ibid., p.516
35. Ibid., p.517
36. Ibid., p. 459
37. Ibid.
38. Ibid.
39. Ibid., p. 496
40. Ibid.
41. Ibid., p.498
42. Ibid., p.499-500
43. Ibid., p.502
44. Ibid.
45. Ibid.
46. Lo que la competencia entre las masas del capital que residen entre las diversas esferas de la producción y compuestas diferentemente determina, en el comunismo capitalista, esto es, el resultado de que cada masa del capital perteneciente a una esfera de la producción retiene una parte alícuota de la plusvalía compleja en la proporción en que constituye una parte del capital social de “conjunto”. (Marx-Engels, Carteggio, Roma, Edizioni, Rinascita, Vol. V, 1951, p. 184.
47. Ibid., III P. 198
48. Ibid.
49. Karl Marx. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858. México, Siglo XXI, Vol. 2, 1977, p. 19.

50. Karl Marx, *El capital*. México, Siglo xxi, t. I. Vol. 3, 1975, pp. 777-779.
51. Ibid., pp. 778-779
52. Ibid., pp. 779-780
53. Ibid., p. 780
54. Ibid., pp. 781-782
55. Karl Marx, *El capital*. México, Siglo xxi, t. III. Vol. 3, Vol. 7, 1977, pp. 563-564
56. Esta relación entre el sistema y sus leyes de desarrollo ha sido visto lucidamente por Giulio Pietranera: “El aumento de la composición orgánica del capital [...] se produce [...] mediante un proceso irreversible de concentración de la producción sobre determinadas unidades productivas, que de tal manera se diferencian de las otras; y mediante la abolición de la competencia y en consecuencia de las categorías que le son propias. La transformación monopolista se afirma así mediante la abolición de la tasa general de ganancia, vale decir; mediante el afloramiento de tasas particulares no competitivas, derivadas de la disgregación monopolista del mercado [...] En un cierto momento, el aumento continuo de la composición orgánica del capital lleva a una disminución tal(tendencial) de la tasa general de la ganancia, que la estructura capitalista reacciona con un ‘salto’, es decir con un aumento tal de la misma composición orgánica que de la competencia pasa al “monopolio”. Y desde entonces ya no existe más una tasa general de la ganancia... La consolidación de la sociedad por acciones constituye originariamente una de las causas antagónicas a la caída de la tasa general de la ganancia (es decir al aumento continuo de la composición orgánica del capital), pero así ellas participan en la centralización del ‘sistema crediticio’ y en el campo de

las formas societarias agudiza, de manera definitiva, la contracción monopolista del mercado (y se produce entonces el ‘salto’ al monopolio). El mismo surgimiento de las sociedades por acciones contribuyen por lo tanto a abolir la tasa general de la ganancia y a sustituirla por tasas monopolistas particulares” la importancia excepcional de tal “salto” en el sistema no se le escapa a Pietranera: “Hay que subrayar que ese aumento dado de la composición orgánica del capital viene como consecuencia de la situación monopolista, es más bien una reacción a la caída de la tasa general de la ganancia, pero una reacción única como experiencia histórica, en cuanto cambian contemporáneamente, desde ese momento, los mismos términos cualitativos y conceptuales del problema, cambiando el curso histórico, del desarrollo del capitalismo”. (Pietranera, G., *Introduzione a Rudolf Hilferding, Il capital finanziario*, Milano, Feltrinelli, 1961, pp. LIV-LV)

57. Karl Marx, *El capital*. Op. cit. México, t. III. Cap. XX. Al uso del término enajenación no es necesario agregarle aquí “ninguna idea mística”. Al contrario, es un instrumento de desmitificación desde el momento en que los agentes (capitalistas) de la producción y los ideólogos y economistas vulgares consideran la economía capitalista a través de categorías que, reflejando el modo unilateral los movimientos del capital en la esfera de la circulación, tienden a ocultar los movimientos reales en la esfera de la producción directa.
58. Karl Marx, *El capital*. México, óp. cit. t. III. Vol. 7, P. 499
59. *Ibid.*, p.500
60. *Ibid.*
61. *Ibid.*

62. *Ibid.*, p. 500. “En el capital que devenga interés, por consiguiente, este fetiche automático –el valor que se valoriza a sí mismo, el dinero que incuba dinero– se halla cristalizado en forma pura, en una forma en la que ya no se presenta los estigmas de su origen”. Cfr. Karl Marx, *Historia. Crítica de la teoría de la plusvalía*, Bs. As., Ed. Cartago, 1956, t V, Cap. Sobre “La economía vulgar ante el problema de la ganancia y el interés”, pp. 366-399.
63. *Ibid.*, p.501
64. *Ibid.*, p.488. Cfr. también: ‘Puesto que el carácter enajenado del capital, su contraposición al trabajo es relegado más allá del proceso real de la explotación, vale decir al capital que devenga interés, este propio proceso de explotación aparece como un mero proceso laboral, en el cual el capitalista actuante sólo efectúa un trabajo diferente al del obrero. De modo que el trabajo de explotar y el trabajo explotado son idénticos ambos en cuanto trabajo. El trabajo de explotar es tan trabajo como lo es el trabajo que se explota. A interés le corresponde la forma social del capital, pero expresada en una forma neutral e indiferente; a la ganancia del empresario le corresponde la función económica del capital, pero abstraída del carácter capitalista determinado de esta función’. (*Ibid.*, p. 489).
65. *Ibid.*
66. *Ibid.*, p.496
67. Karl Marx, *El capital*. México, Siglo xxi, t. III. Vol. 8, 1981, p. 1037.
68. *Ibid.*, p. 1052.
69. *Ibid.*
70. *Ibid.*, p. 1053
71. *Ibid.*

72. *Ibíd.*, p. 1054. Marx resume así la teoría de los precios de producción: “Aquí intervienen un complejo proceso social, el proceso de nivelación de los capitales, que a los precios medios relativos de las mercancías los separa de sus valores y, [por otra parte], a las ganancias medias en las diferentes esferas de producción con total prescindencia de las inversiones individuales de capital en cada esfera particular de la producción) las aísla de la real explotación del trabajo por los capitales particulares. No solo parece serlo, sino que aquí, de hecho, el precio medio de las mercancías es diferente de su valor, esto es, del trabajo realizado en ellas, y la ganancia media de un capital particular diferente del plusvalor que ese capital extrajo de los obreros ocupados por él. El valor de las mercancías ya sólo se manifiesta directamente en la influencia de la fluctuante fuerza productiva del trabajo sobre la baja y el alza de los precios de producción, sobre su movimiento y no sobre sus últimos límites. La ganancia tan sólo se manifiesta accesoriamente determinada por la explotación directa del trabajo, en la medida *en* que esta permite al capitalista, con los precios reguladores del mercado –que existen de modo aparentemente independientes de esa explotación– realizar una ganancia divergente de la ganancia media. Las mismas ganancias medias normales parecen inmanentes al capital, independientes de la explotación; la explotación anormal o incluso la explotación media bajo condiciones excepcionales favorables solo parece condicionar las divergencias respecto de la ganancia media, y no a esta misma”. (*Ibíd.*, pp.1054-1055).
73. *Ibíd.* Aquí Marx reconoce “el gran mérito de la economía clásica”, que ha disuelto parcialmente “esta falsa apariencia, esa superchería”: “el mundo encantado,

invertido y puesto de cabeza donde Monsieur le capital y Madame la Terre rondan espectralmente como caracteres sociales y, al propio tiempo de manera directa, como meras cosas”. (Ibíd., p.1056).

74. Ibíd., p. 1057

75. En los límites de estos apuntes, la observación del texto no está desarrollada. Baste señalar aquí la incapacidad de numerosos economistas marxistas contemporáneos para establecer otra diferencia entre planificación capitalista y planificación socialista que no sea meramente de cantidad respecto al proceso de producción en su conjunto. En consecuencia, las técnicas de la planificación y las “ciencias praxeológicas” vienen concebidas como neutrales, prescindiendo de las relaciones sociales en las cuales están comprendidas.

76. En el fragmento citado se tiene un modelo del “pasaje” del capitalismo directamente al comunismo. Véase en Contra de esto numerosos pasajes de *El capital* y la crítica de programa de Gotha.

77. La mitología del “estadio último” del capitalismo está presente con funciones ideológicas diferentes, y hasta opuestas, tanto en Lenin como en Kautsky. En Lenin para “legitimar” la ruptura del sistema en los puntos menos avanzados de su desarrollo. En Kautsky para sancionar el aplazamiento reformista de la acción revolucionaria hasta la “plenitud de los tiempos”. Desde que la revolución en 1917 no acierta a soldarse con la revolución en los países más avanzados, ella repliega sus contenidos inmediatamente realizables en el nivel del desarrollo de Rusia: y la falta de esclarecimiento acerca de la posible presencia de la relación social capitalista en la planificación (insuficiencia que permanece en todo el

desenvolvimiento del pensamiento leninista) favorecerá a menudo la repetición de las relaciones de producción, ya sea de fábrica como en la producción social en su conjunto, de formas capitalistas, detrás del esquema ideológico de la identificación del socialismo, con la planificación, y de la posibilidad del socialismo en un solo país.

78. La planificación autoritaria como expresión fundamental de la ley de la plusvalía y la tendencia de su extensión a la producción social en su conjunto son intrínsecas a todo el desarrollo capitalista. En la fase actual este proceso aparece como mayor evidencia, como elemento distintivo de las sociedades capitalistas, en formas que son irreversibles. Esto naturalmente, no significa que hoy se está realizando “el último estadio” del capitalismo” lo cual es una expresión privada de sentido. Entre otras cosas, la relación de proporcionalidad conscientemente controlada entre la producción y consumo es todavía establecida con instrumentos toscos y aproximativos; y, lo que más interesa, solo en el ámbito nacional, o en áreas internacionales restringidas de los países más avanzados, sobre la base de la producción de bienes de consumo durables: esto es, en el límite, y por ello, insuficientes para garantizar un desarrollo equilibrado del sistema. Las dificultades bastante graves que emergen en esta situación son evidentes en el peso creciente que asume en Estados Unidos la producción bélica (y todos los sectores ligados a tal producción) y en los obstáculos interpuestos a los programas de conversión. En estos casos se está entonces en presencia no del regreso o de la supervivencia de viejas contradicciones, sino en presencia de nuevas contradicciones y estrangulamientos en el desarrollo capitalista que tienen consecuencias políticas importantes.



Capítulo V

Siete tesis sobre la cuestión del control obrero*

Sobre el problema del tránsito del capitalismo al socialismo

En el movimiento obrero ha habido una larga discusión acerca del problema de las formas y los tiempos del tránsito al socialismo. Una tendencia, que se ha presentado bajo diversas formas, ha creído poder esquematizar los tiempos de dicho proceso, como si la construcción del socialismo debiera estar precedida, siempre y en todo caso, de la “fase” de construcción de la democracia burguesa. Se habría así asignado al proletariado, en el momento en que la burguesía no hubiese hecho todavía su revolución, la tarea de conducir su lucha con un fin muy delimitado: el construir o favorecerla construcción de los modos de producción y

*Tomado de *Mondo Operaio*, No. 2, febrero de 1958

las formas políticas de una sociedad burguesa acabada. Esta concepción puede ser definida esquemáticamente porque pretende aplicarse en abstracto, y sin referencia a una realidad histórica, como un modelo prefabricado. Si, en efecto, es verdad que la realidad de las instituciones políticas corresponde, en toda época a la realidad económica, es, sin embargo, un error creer que la realidad económica (fuerzas productivas y modo de producción) se desarrolla de acuerdo a una línea siempre gradual, regular, perfectamente predecible, dividida en precisas fases sucesivas, cada una distinta de la otra. Es suficiente, para entender la naturaleza de este error, reflexionar acerca de algunos ejemplos históricos. De esta manera, a principios del siglo pasado, el progreso técnico (invención del telar mecánico y de la máquina de vapor) determinó un salto de calidad en la producción (Revolución Industrial) que permanece todavía actuante, al lado de nuevas y viejas formas de producción; y en los países económicamente menos evolucionados la lucha política adquirió un carácter bastante complejo. Por una parte, hubo la resistencia de los restos feudales y por la otra la afirmación de la burguesía industrial; y, finalmente, al mismo tiempo, la aparición de una nueva clase, el proletariado industrial.

Preocupado por la caída de la autocracia zarista y del monstruoso sistema capitalista-feudal, una parte del movimiento obrero marxista, cayendo en el error que hemos enunciado anteriormente, sostuvo que el proletariado ruso debería aliarse con la burguesía para llevar a cabo la “segunda etapa” (democracia burguesa) de la revolución. Como se sabrá esta tesis fue rechazada por Lenin y la mayoría del movimiento obrero ruso; ante la caída total del viejo sistema el único protagonista efectivo que permanecía era el proletariado, y su problema no era crear las instituciones propias de la

burguesía, sino construir las instituciones de su democracia, de la democracia socialista. En China, entre 1924 y 1928, prevaleció en el partido comunista la oposición de aquellos que erróneamente querían dirigir el movimiento de la clase a sostener incondicionalmente al Kuomintang de Chang- Kai-Shek, ayudándolo a realizar, después de la caída de la dinastía Manchú y del sistema feudal, la “segunda etapa” (democracia burguesa): esto sin tomar en cuenta la inexistencia de una burguesía china capaz de considerarse como clase “nacional”, y el hecho de que la enorme masa campesina de aquel país solo podía luchar por la causa de su propia emancipación, y no por perseguir esquemas abstractos e incompresibles.

Estas consideraciones no conducen, en efecto, a exaltar un voluntarismo intelectualista revolucionario (y a afirmar aquello *de* que la revolución pudiera ser el fruto de un acto de voluntad de un grupo de vanguardia), sino a hacer comprender solamente como, antes que nada, cada fuerza política, en lugar de seguir modelos prefabricados, debiera tomar conciencia de la realidad, siempre compleja y específica, en la socialdemocracia, en todas sus formas, conciencia de la realidad, cuyo ámbito se mueve. La social democracia, en todas sus formas, buscando esconder su oportunismo y justificarlo ideológicamente, confunde sistemáticamente las cartas sobre la mesa y reduce todas las posiciones consecuentes de la izquierda revolucionaria al intelectualismo voluntarista. La substancia histórica de la experiencia socialdemócrata consiste en lo siguiente: con el pretexto de la lucha contra del maximalismo, asigna al proletariado la tarea de sostener a la burguesía o en su defecto de sustituirla en la construcción de la democracia burguesa; negando con ello mismo las tareas y la autonomía revolucionaria del proletariado para terminar asignándole un papel de fuerza secundaria.

En la sociedad italiana actual el dato fundamental está constituido por el hecho de que la burguesía no ha sido, no es, no puede ser una clase “nacional”; una clase capaz (como ha sucedido en Inglaterra y en Francia) *de* asegurar, aunque sea en un cierto periodo, el desarrollo *de* la sociedad nacional en su conjunto. La burguesía italiana ha nacido sobre bases corporativas y parasitarias, este es: 1) a través de la formación de sectores industriales aislados sin haberse constituido un mercado nacional, sino basados en la explotación de un mercado de tipo cuasi-colonial (Mezzogiorno); 2) mediante el recurso permanente a la protección y el sostenimiento activo por el Estado; 3) aliándose con los restos del feudalismo (bloque agrario del Sur). El fascismo ha sido expresión exacerbada de este equilibrio contradictorio, y del dominio, en esta forma, de la burguesía: a través de la intervención del Estado totalitario a favor de la industria privada en dificultades. Con la creación del Instituto para la Reconstrucción Industrial (IRI) se ha favorecido al máximo la transformación de determinados sectores industriales en poderosas estructuras monopólicas (FIAT, Montecatino, Edison, etcétera). Después de la caída del fascismo los monopolios han encontrado, en la intensificación de las relaciones con la gran industria norteamericana y su subordinación, la continuación de su vieja política antinacional (las grandes industrias italianas están todas, de una manera o de otra, cartelizadas con los grandes monopolios internacionales; uno de los casos en los cuales estas ligas han aparecido con mayor evidencia, ha sido cuando la FIAT, Edison y Montecatino han sostenido en Italia la compañía del cartel internacional del petróleo: y, en general, en atlantismo de los partidos del centro-derecha es la expresión de las ligas de subordinación que habíamos indicado. Antes que los partidos políticos, el plan Marshall,

SIETE TESIS SOBRE LA CUESTIÓN DEL CONTROL OBRERO

expresión del imperialismo americano, ha sido aceptado por los monopolios italianos).

Así, se ha confirmado una situación en la cual al lado de las áreas monopólicas coexisten grandes áreas de profunda depresión y atraso (muchas zonas de la montaña y las colinas, el delta del Padua y, en general, el Mezzogiono y las islas); se acrecientan enormemente las diferencias entre estratos sociales, entre región y región, aumentan los desequilibrios tradicionales de la producción industrial: crecen los cuellos de botella monopolistas (las limitaciones y las distorsiones, el poder de la política de los monopolios se oponen a un pleno y equilibrado desarrollo de las fuerzas productivas); se registra una desocupación masiva que se convierte en un elemento permanente de nuestra economía; se reproducen agravados los tradicionales términos del máximo problema de nuestra estructura económico-social (la cuestión meridional) .

En esta medida sería un grave error ignorar la existencia de estos datos para ocultar como efectivamente se ha hecho en estos últimos años, los elementos nuevos. No hay duda que, a partir sobre todo de 1951-1952 en algunos sectores el capitalismo italiano ha podido aprovechar la coyuntura internacional favorable y el considerable progreso tecnológico: se ha llegado así a una fase de expansión (rápido aumento de la producción, aumento del crédito, rápida acumulación del capital e intenso incremento del capital fijo) que todavía, desarrollándose bajo el control de los monopolios, ha permanecido restringida a su área, y por consiguiente, ha provocado el agravamiento de los desequilibrios fundamentales de la economía italiana.

La situación contradictoria, determina por largas áreas de depresión y de crisis que hemos descrito; está destinada a no mejorar y a agravarse sea por un posible deterioro de la situación internacional, sea por un aumento probable de la

desocupación tecnológica, sea por los efectos negativos del Mercado Común Europeo, sea en fin porque las características del mercado interno italiano (lo limitado del mismo, su pobreza) no proporciona una área adecuada de salida a la capacidad productiva y tecnológica consolidada, y que va posteriormente consolidándose en el área monopolista.

Un análisis de este tipo no va dirigido y no sirve naturalmente para considerar la perspectiva de una crisis “catastrófica” del capitalismo, ésta es parte de una polémica que se mueve sobre el terreno de las profecías: y en estos términos serviría solo para paralizar y esterilizar el movimiento de clase. Lo único que se desprende de estos análisis es la existencia de ciertas condiciones reales y el reconocimiento de la tendencia de desarrollo en ellas implícitas; es la conclusión que en el ámbito de aquellas condiciones y de aquella tendencia el movimiento obrero debe aprender.

A la luz de estas consideraciones aparecen del todo abstractas e irreales (específicamente hoy en Italia) las tesis según las cuales: a) el movimiento de clase sustancialmente debe limitarse a dar su apoyo a la clase capitalista (o a grupos burgueses determinados) en la construcción de un régimen de democracia burguesa completa; b) el movimiento debe sustancialmente subsistir a la clase capitalista y asumir como propia la tarea de construir un régimen de democracia burguesa completo.

Por el contrario, las contradicciones que laceran actualmente a la sociedad italiana, el peso que los monopolios han asumido y tienden a asumir, la contradicción entre desarrollo tecnológico y las relaciones capitalistas de producción, la debilidad de la burguesía como clase nacional, conducen al movimiento obrero en su conjunto a emprender tareas de naturaleza diversa; a luchar al mismo tiempo por reformas que tienen un contenido

socialista. En el plano político aquello significa que la fuerza dirigente del desarrollo democrático en Italia es la clase obrera y bajo su dirección puede realizarse el único eficiente sistema de alianzas, con los intelectuales, con los campesinos, con los grupos de la pequeña y la mediana producción burguesa. Este es el sistema de alianzas y el tipo de dirección que corresponde a las condiciones y perspectivas reales.

La vía democrática al socialismo es la vía de la democracia obrera

Es una falsa deducción, que se deriva de un análisis erróneo de la situación italiana, y de una interpretación simplista del cambio registrado con las tesis del XX congreso del PCUS, afirmar que la vía italiana al socialismo, democrática y pacífica coincide con una vía “parlamentaria” al socialismo. En efecto es justa la afirmación del carácter democrático de la vía del socialismo, en el sentido que habría que refutar todas las viejas concepciones según las cuales el paso al socialismo es un acto de voluntad revolucionaria, obra de una minoría aislada, sin haber madurado las condiciones políticas y económicas; así ha de rechazarse la concepción que liga el paso al socialismo a la verificación automática de la “catástrofe” del capitalismo. Pero no se puede reducir la vía democrática a una vía siempre y necesariamente pacífica, desde el momento en el que, aunque en un determinado país las condiciones para el socialismo están maduras y sus fuerzas obtengan la mayoría del consenso, todavía la resistencia de la clase capitalista y su recurso a la violencia pueden conducir al robo armado, y a la necesidad de la violencia proletaria.

Para el socialismo hay todavía en Italia una perspectiva democrática y pacífica. Pero quien identifica el instrumento exclusivo (o también como instrumento sustancia o caracterizante) del tránsito pacífico al socialismo con el parlamento, saca la propuesta de la vía democrática y pacífica de todo contexto real. Se resucitan de este modo las antiguas manifestaciones burguesas: las cuales presentan al Estado representativo burgués no como es un Estado de clase, sino como un Estado por encima de las clases; Estado en las que el parlamento es solo la sede donde se ratifican y registran las relaciones de fuerzas entre las clases, que se desarrollan y determinan fuera de él, siendo la economía la esfera en la cual se producen las relaciones reales y tiene su sede la real fuente del poder.

Es justo afirmar, por el contrario que la utilización también de las instituciones~ parlamentarias es una de las tareas más importantes que se ofrecen al movimiento *de* clase y que aquellas mismas instituciones podrán ser transformadoras (por la depresión ejercida desde abajo por el movimiento obrero a través de sus nuevas instituciones) para ser una sede representativa de derechos meramente políticos y económicos al mismo tiempo.

El proletariado se educa a sí mismo construyendo instituciones

Una vez que se define en general, como democrática la vía al socialismo, y se quiere garantizar al máximo la perspectiva del tránsito pacífico, se afirma en consecuencia y en sustancia el siguiente concepto: que hay continuidad en los métodos de la lucha política antes, durante y después del salto revolucionario,

SIETE TESIS SOBRE LA CUESTIÓN DEL CONTROL OBRERO

y que por tanto las instituciones del poder proletariado deben formarse no después del salto revolucionario sino en el curso de toda la lucha del movimiento obrero por el poder. Estas instituciones deben surgir en la esfera económica, donde está la fuente del poder, y representar así al hombre no solo como ciudadano sino también como productor: y los derechos que en estas instituciones determinen deben ser derechos políticos y económicos al mismo tiempo. La fuerza real del movimiento de clase se mide por la cuota del poder y la capacidad de ejercer una función dirigente al interior de la estructura de la producción. La distancia que separa las instituciones de la democracia proletaria es cualitativamente la misma que separa la sociedad burguesa dividida en clases de la sociedad socialista sin clases. Debe rechazarse por ello la concepción de ingenua derivación iluminista, la que quiere genéricamente “adistrar” al proletariado en el poder prescindiendo de la concreta construcción de sus instituciones. Se habla así de preparación subjetiva del proletariado, *de* “educación” del proletariado (¿a quién cabría el papel de educador?); pero todos saben que aprende a nadar solo el que se mete al agua (y por ello, debe pedirse que comience con meterse al agua el iluminado “educador”).

Estas cosas no son ciertamente nuevas, son la experiencia histórica del movimiento obrero y del marxismo, desde los Soviets en 1917 al movimiento de Turín, de los consejos de fábrica, a los consejos obreros polacos y yugoslavos, el desarrollo posterior de las tesis del XX Congreso, que van tomando cuerpo frente a nuestros ojos. Más superfluo debería ser el recordar en el partido socialista este tema, en los últimos años ha proporcionado su contribución más original al movimiento obrero italiano.

Acerca de las condiciones actuales del control obrero

Hoy la reivindicación del control obrero (de obreros y técnicos) no está solo en relación con los motivos que se han expuesto, sino que se liga a una serie de condiciones nuevas que hacen de esta reivindicación una cuestión actual y la ponen en el centro de la lucha del movimiento de clase:

- a) La primera de estas condiciones está constituida a partir del desarrollo de la fábrica moderna. Sobre este terreno hace la práctica y la ideología del monopolio contemporáneo (relaciones humanas, organización científica del trabajo, etc.), que tratan de subordinar de modo integral –alma y cuerpo– al obrero, a su patrón, reduciéndolo a una pequeña pieza del engranaje de una gran máquina que, en su globalidad, permanece ignorada. El único modo de romper con este proceso de sometimiento total de la persona del trabajador es, de parte del trabajador mismo, tomar conciencia de la situación como es; en sus términos empresariales –productivos; y de contraponer a la “democracia empresarial” de marca patronal y a la mistificación de las relaciones humanas la reivindicación de un papel consciente del trabajador en el conjunto de la empresa: la reivindicación de la democracia obrera.
- b) Si siempre los órganos del poder político del Estado burgués han sido el “comité de negocios” de la clase capitalista, hoy asistimos a una compenetración entre el Estado y los monopolios todavía mayor que en el pasado: ya sea porque el monopolio, obedeciendo a su lógica interna, es conducido a asumir un control directo

mayor, ya sea porque las operaciones económicas del monopolio (y afortunadamente están en bancarrota en este sentido las ilusiones liberales) exigen de modo creciente la ayuda y la intervención amiga del Estado. Es así, porque las fuerzas de la economía extienden sus funciones políticas directas (y dentro de la ficción del Estado de derecho crecen las funciones reales y directas de Estado de clase), que el movimiento obrero, aprendiendo la lección del adversario, debe llegar cada vez más el centro de la lucha al terreno del poder real. Y, por este motivo, la lucha de movimiento de clase por el control no puede agotarse en el ámbito de la empresa aislada, sino que debe relacionarse y extenderse a toda una rama, a todo el frente productivo. Concebir el control de los trabajadores como una cosa que se restrinja a una sola empresa no quiere decir solamente “limitar” la reivindicación del control, sino despojarla de su significado real y hacerla degenerar en el plano corporativo.

- c) He aquí una última condición nueva que está en la raíz de la reivindicación del control de los trabajadores. El desarrollo del capitalismo moderno, por un lado, y, por el otro, el desarrollo de la fuerzas socialistas en el mundo y la grave problemática del poder, que se ha impuesto con fuerza en los países en los cuales el movimiento de la clase ha hecho su revolución, muestran la importancia que hoy asume la defensa y la garantía de la autonomía revolucionaria del proletariado, sea contra las nuevas formas del reformismo, sea contra la burocratización del poder, es decir en contra de la subordinación reformista y en contra de las concepciones de guía (partido guía, Estado guía).

La defensa, en esta situación, de la autonomía revolucionaria del proletariado, se concentra en la creación desde abajo, antes y después de la conquista del poder, de las instituciones de la democracia socialista. Y en la restitución de la función de instrumento al partido de la formación política, del movimiento de clase arriba (instrumento, esto es, no una guía paternalista sino *de* fomento y de sostén de las organizaciones desde las cuales se articula la unidad de la clase). El valor mismo de la autonomía del Partido Socialista en Italia estriba en esto: no en el sentido que anticipa o anuncia la escisión del movimiento de clase, no en contraponer una “guía” a otra “guía”, sino en el garantizar la autonomía al interior del movimiento obrero de cualquier dirección externa, burocrática y paternalista.

Afirmar lo anterior no quiere decir en verdad que se olvide la cuestión del poder, condición esencial para la construcción del socialismo: pero la naturaleza socialista está determinada por la base de la democracia obrera sobre la cual se apoya, y que no puede ser improvisada el día siguiente del “asalto” revolucionario en las relaciones *de* producción. Y ésta es la única forma seria no reformista, de refutar la perspectiva del socialismo burocrático (estalinismo).

El sentido de la “unidad clase” es la cuestión de la relación entre luchas parciales y objetivos generales

La reivindicación del control de los trabajadores, los problemas que implica, las consideraciones teóricas relacionadas con ella, implican necesariamente la unidad de las masas y el rechazo de toda concepción partidaria rígida que reduciría la tesis del control a una parodia mezquina. No hay control de los trabajadores sin

la unidad en la acción de todos los trabajadores de la misma empresa, de la misma rama, del frente productivo entero: una unidad no mitológica, ni puro adorno de la propaganda de un partido, sino una unidad que realmente se produzca desde abajo, toma de conciencia de parte de los trabajadores de su función en el proceso productivo, creación de concordancia de las instituciones unitarias de un poder nuevo. Por ello hay que rechazar, en este marco, la reducción de la lucha de los trabajadores a puro instrumento de reforzamiento de un partido o de estrategia más o menos clandestina. La cuestión, largamente debatida, de cómo se relacionan y se armonizan las reivindicaciones y las luchas parciales inmediatas con los fines generales, se resuelven precisamente afirmando la continuidad de las luchas y de su naturaleza. En efecto, esta relación y esta armonización son imposibles, y son un embrollo ideológico, si permanece la idea que hay un reino del socialismo, misterioso y por ahora incognoscible, que llegara un día como un amanecer milagroso para coronar el sueño del hombre. El ideal del socialismo es un ideal que contrasta profundamente y sin posibilidad de conciliación con la sociedad capitalista, pero es un ideal que necesita hacerse vivir día a día, conquistar hora por hora en la lucha; que nace y se desarrolla en la medida en que cada lucha sirve para hacer madurar y avanzar instituciones nacidas desde abajo.

El movimiento de clase y el desarrollo económico

Una concepción fundada en el control obrero y en la unidad de la lucha de masas lleva tras de sí el rechazo de toda actitud o posición que está basada en una perspectiva catastrofista

(derrumbe automático del capitalismo), y la adhesión plena e incondicional a una política de desarrollo económico. Pero esta política de desarrollo económico no es una adaptación, una rectificación del desarrollo capitalista, ni consiste en una abstracta programación que venga propuesta al Estado burgués; ella se realiza en la lucha de las masas, y se concreta al mismo tiempo que rompe la estructura capitalista y desde ahí toma nuevos impulsos. En este sentido se afirma que la lucha del proletariado sirve para adquirir día a día nuevas cuotas de poder, lo que no debe entenderse como que el proletariado adquiera a diario porciones del poder burgués (o de participación del poder burgués) sino que cada día contrapone al poder burgués el cuestionamiento, la afirmación y formación de un poder nuevo que surja desde abajo directamente y sin delegación.

La clase obrera, al mismo tiempo que a través de la lucha por el control se convierte en el sujeto activo de una nueva política económica, asume por sí misma la responsabilidad de un desarrollo económico equilibrado, capaz de oponerse al poder de los monopolios y sus consecuencias: desequilibrios entre *región y región entre estrato y estrato*, entre rama y rama. Por ello del mismo modo, subvirtiendo la función actual de la empresa pública, la transforma de elemento de sostenimiento y de protección de los monopolios en instrumento directo de la industrialización del Mezzogiorno y de las áreas deprimidas. En la práctica esto hace de la política de desarrollo económico un elemento de áspero contraste con los monopolios; contraste que se presentara de todas maneras como conflicto entre el sector público (aliado con la pequeña y mediana empresas) y el sector de la gran empresa privada. Se destaca también el hecho de que el movimiento de la reivindicación del control de parte de los trabajadores es por

SIETE TESIS SOBRE LA CUESTIÓN DEL CONTROL OBRERO

su naturaleza unitaria, nace y se desarrolla sobre el plano de la lucha. En la situación concreta de la lucha de clases en nuestro país el control no aparece como una reivindicación genérica, programática, ni mucho menos como una demanda legislativa al parlamento: consignas y fórmulas de este género no harían sino desnaturalizar el problema del control, reduciéndolo por añadidura a una forma larvada o abierta de colaboracionismo, o remitiéndolo al cuadro de un enfermizo paternalismo parlamentario. Con ello no se quiere decir que haya que excluir una formulación legislativa acerca del control obrero, sino que ésta no puede ser emitida paternalistamente desde lo alto, ni conquistada solo mediante la lucha genérica de tipo parlamentario; en este campo el parlamento puede solamente registrar, reflejar el resultado de una lucha que se ha producido en la esfera económica (esencialmente de la clase obrera). La cuestión del control avanza en la medida en que los trabajadores, en la estructura productiva, toman conciencia de su necesidad, y de la realidad productiva, y luchan por ello. Está claro por las cosas ya dichas que no hay diferencia en cuanto a este tema entre empresa privada y, empresa estatal; la reivindicación del control pone a ambos sectores en el mismo plano de lucha.

Por otra parte la reivindicación del control no es la romántica resurrección del pasado, que no se permite jamás en las mismas formas, ni puede confundirse con las funciones reivindicativas de determinados órganos sindicales (y por lo tanto no puede confundirse con una ampliación del poder de las comisiones internas): y esta última cosa es cierta aunque los trabajadores, en muchos lugares, dan esta forma a la demanda de control porque las comisiones internas han permanecido como el símbolo de la real unidad obrera en los sujetos de trabajo.

Hay que evitar, por tanto, toda anticipación utópica, mientras se debe subrayar que las formas de control no deben ser determinadas por un comité de “especialistas”, sino que surgen solamente de la experiencia concreta de los trabajadores. En este sentido son señaladas tres indicaciones que proviene de ciertos sectores obreros, la primera de ellas concierne al “comité de producción” como una forma concreta desde la cual puede iniciarse el movimiento por el control. La segunda se refiere a la demanda de que la cuestión de control se ponga en el centro de la lucha general por la reconquista del poder contractual y de la libertad de los obreros en la fábrica y así, por ejemplo, que ella se concrete en condiciones electivas que controlen las concentraciones e impidan las discriminaciones. La tercera, al mismo tiempo que subraye la exigencia de la relación entre las diversas empresas, pone el problema de la participación en la representación democrática territorial en la relación con la elaboración de programas productivos.

Estas indicaciones son bastante útiles, resultado de experiencias de base a las cuales se agregan otras: cada una de ellas debe de ser discutida y profundizada, teniendo presente que, después de todo, el campo de aplicación y de estudio es la fábrica y el mejor banco de pruebas es la lucha unitaria.

Aclaraciones acerca de problema del control obrero: un debate con L'Unita^{*2}

[...] no hemos sostenido jamás y sería infantil sostenerlo que los trabajadores puedan ganar en el ámbito del régimen

^{2*}Tomado de *Mondo Operaio*, septiembre de 1958.

SIETE TESIS SOBRE LA CUESTIÓN DEL CONTROL OBRERO

capitalista en derecho a compartir por partes iguales con el patrón la dirección de la producción. Esto es algo que el patrón no puede conceder mientras sea patrón: mucho menos puede concederlo el patrón monopolista. Tampoco pensamos que el parlamento puede emitir leyes para establecer el control, porque el parlamento es el espejo de las relaciones de clases de la hegemonía del monopolio.

El punto central es distinto. En la fábrica, base esencial del reforzamiento del poder patronal, existe la situación que el trabajador ha permanecido del todo extraño al proceso de producción, del cual no conoce nada excepto aquella milésima fracción que es su tarea específica. Así, se realiza el vaciamiento completo de su personalidad, de la cual, a través de un substancial embrutecimiento permanece solo la contribución pasiva de una terrible fatiga muscular y nerviosa, impuesta por la organización moderna del trabajo. Para salir de esta situación los obreros deben aprender a conocer la fábrica en su totalidad, deben convertirse en patrones, al menos en el plano del conocimiento, del mecanismo del proceso productivo [...]



Capítulo VI

Trece tesis acerca de la cuestión del partido de clase*

Las experiencias de la social-democracia alemana, el reformismo y la ilusión parlamentaria

La primera experiencia histórica a gran escala del partido de clase fue la de la social democracia alemana. El partido social-demócrata de Alemania realizó a pesar de las deformaciones Las alleanas, un modelo partidista correspondiente de manera notable a la concepción originaria expresada en el *Manifiesto Comunista*. Sus características dominantes fueron en efecto: la autonomía de clase, la presencia de las masas en la organización, una organización de nuevo tipo respecto a la de los partidos tradicionales, la capacidad de

*Tomado de “*Mondo Operaio*”, No. 11-12, nov-dic. de 1958.

transferir el potencial de clase a la lucha política general y de resolver prácticamente el problema de las alianzas (si se piensa en los debates sobre la cuestión agraria y el tema general de la alianza con los campesinos). La socialdemocracia alemana fue el primer partido obrero que alcanzó por ello, a proyectar nítidamente en términos políticos, de frente a todo el país, una alternativa de poder a la burguesía.

Sin embargo, el partido socialdemócrata alemán fue también, en la historia del movimiento obrero, el primer ejemplo consistente de degeneración oportunista; la matriz de todas las corrientes reformistas, revisionistas y oportunistas al interior del marxismo que se han sucedido en el mismo hasta hoy. Las causas de este fenómeno fueron muy complejas. Es suficiente con señalar el caso de Prusia; la naturaleza y los métodos del poder burgués que se afirmaron en Alemania; los residuos feudales en la sociedad alemana; la sobrevaloración, después de la mitad del siglo XIX, de la función de ruptura y modernización de la nación alemana en una Europa en la que otros países, incluyendo a Francia, no ofrecían perspectiva del avance revolucionario (aquello que confundió por un momento al propio Marx y de manera más amplia a Engels).

Partiendo de una justa consideración de la cuestión nacional alemana y de su importancia, las fuerzas de clase terminaron sin embargo aprisionadas en los límites del paternalismo del nuevo Estado Nación Alemán.

Pero en este marco, es necesario señalar una componente esencial de la degeneración oportunista. El periodo de máximo florecimiento y expansión del partido social demócrata alemán coincide en efecto con la construcción del nuevo Estado parlamentario de la burguesía alemana, se abrieron así perspectivas no despreciables frente al movimiento obrero alemán en el plano de la lucha legal; y la lucha por la

construcción del partido de clase se desarrolló paralelamente al proceso de formación del Estado burgués parlamentario. En aquel mismo periodo histórico Alemania asumía un papel determinante en el imponente desarrollo capitalista que se realizaba en Europa y en Estados Unidos. Mientras se derrumbaba así la falsa concepción de una crisis catastrófica y, por lo tanto, de un salto revolucionario a corto plazo (porque el capitalismo no se encontraba en su agonía sino en el apogeo). El partido de clase alemán fue atraído por la perspectiva de una inserción en el sistema político-económico en construcción. Y, por otra parte, esta inserción se garantizaba en la perspectiva ilusoria acerca de un desarrollo democrático que el Estado de derecho parecía prometer. Venía pues a establecerse una ecuación matemática por la cual el desarrollo democrático, y el desarrollo democrático conduciría, a su vez, al desarrollo del socialismo. Aquí aparecen en primer plano los elementos ideológicos que podríamos considerar permanentes o típicos del reformismo en el ámbito del marxismo.

Al originarse el revisionismo, la respuesta de los marxistas ortodoxos (Kautsky, Bebel) fue inconsistente, porque no puso a discusión el fondo de las tesis revisionistas. Los marxistas ortodoxos terminaron por aceptar la ecuación señalada, y elevaron a dogma la tesis según la cual la ruptura socialista del sistema se produciría solamente al culminar el desarrollo capitalista: su ortodoxia se limitaba a distinguir entre la lucha día por día, que debía “insertarse” en el sistema, y la misión revolucionaria de la cual el partido era considerado misterioso depositario más allá de la lucha de masas, como si la revolución debiera nacer por encanto en un momento indicado con precisión matemática por los astrólogos del marxismo. Los marxistas ortodoxos, en lugar de contribuir a través de la lucha de masas a la maduración del salto

revolucionario, se limitaban a espiar con ansias los signos “objetivos” de la crisis.

En realidad, era equivocado establecer un riguroso paralelismo entre desarrollo capitalista y desarrollo democrático; hoy todos pueden constatar, sobre la base de un siglo de experiencias, que el desarrollo capitalista no solo no conlleva necesariamente un desarrollo democrático, sino que genera una efectiva amenaza totalitaria. Y, por otra parte, no es menos equivocada la ecuación entre desarrollo democrático y desarrollo del socialismo. El socialismo puede desarrollarse, pero no puede alcanzar su victoria decisiva en el ámbito de la democracia burguesa. Esta última expresa, en efecto, un sistema fundado en una determinada base clasista incompatible con el socialismo; y el socialismo se afirma construyendo un sistema democrático nuevo y más efectivo, solo si se destruye aquella base clasista y rompe, por lo tanto, con los esquemas de la democracia burguesa (formal). No hay que confundir entre la necesaria y oportuna utilización de la democracia burguesa por parte del movimiento obrero con la ilusión de que el sistema de democracia burguesa corresponde a un modelo de democracia “objetivo”, válido para siempre y perfectamente compatible con la democracia socialista.

En realidad, la democracia burguesa presupone, en su sistema, la desigualdad económica: la democracia socialista destruyendo la desigualdad económica destruye el sistema de la democracia política burguesa. Una cuestión totalmente distinta es que la democracia socialista salve de esta destrucción y herede naturalmente los elementos de libertad conquistados por la democracia burguesa en contra de la sociedad feudal.

La ideología de la “inserción” en el sistema capitalista que tuvo su manifestación más clamorosa y final en la adhesión de la socialdemocracia alemana a la guerra imperialista de

1914, tenía en el plano del partido una consecuencia lógica: lo impulsaba a adecuarse a la sociedad existente, a perder su autonomía y su originalidad. El partido terminaba sosteniendo solamente luchas democrático burguesas o reivindicaciones obreras parciales, separadas unas de otras (luchas en justas pero que no podían ser exclusivas); se convertía en un sostén o un estímulo de las fuerzas burguesas. Y los obreros de protagonistas de la vida interna del partido se convertían sólo en electores de diputados; de sujeto de una política en objeto de una política: este era el momento decisivo en el cual la socialdemocracia renunciaba a su función específica y se asemejaba a un partido “como todos los otros”. La formación de una poderosa e inamovible burocracia de partido se convertía en una proyección del mundo burgués al interior del partido de clase. El partido de instrumento de la clase se convertía en un fin en sí mismo: en un instrumento para elegir diputados, para afirmar el poder de aquella burocracia y, en definitiva, en un instrumento de conservación.

A través de la degeneración reformista del partido de clase, el sistema capitalista en expansión “cooptaba” a los elementos y fuerzas de ruptura y de renovación, y las ponía a su servicio.

Una condición objetiva: el ciclo ascendente del capitalismo

La experiencia de la socialdemocracia alemana se propuso como modelo del movimiento obrero de la Europa continental. El partido socialdemócrata de Alemania, por su fuerza y prestigio, fue el centro de la Segunda Internacional, *de* manera tal que sus problemas influyeron decisivamente en el

curso de los partidos socialistas europeos, hasta su derrumbe y capitulación al inicio de la guerra de 1914.

La adecuación del socialismo europeo a la socialdemocracia alemana encuentra su explicación, aún hoy, no sólo en las vicisitudes de la Segunda Internacional, sino sobre todo en las condiciones objetivas de los diversos países; entre ellas, fundamentalmente, el ciclo ascendente del capitalismo y del nacionalismo.

Una excepción importante a esta regla fue la del partido comunista italiano, porque la realidad de clase de Italia no era homogénea con respecto de aquella en cuyo ámbito se desarrollaba la socialdemócrata internacional (capitalismo tardío, cuestión meridional, limitación del fenómeno de la aristocracia obrera, fuerza y combatividad del movimiento campesino) No obstante, en el partido socialista italiano ejerció una influencia fortísima al reformismo que, como veremos más adelante, si nunca alcanzó a ser mayoría, de cualquier manera paralizó la elaboración de una ideología y de una política seriamente revolucionaria.

Un desarrollo particular tuvo por su parte el movimiento obrero inglés. En sus orígenes se ejerció ahí una poderosa política, la cual sin embargo no se tradujo en la creación de un partido autónomo de clase, pero sí logró una politización, necesariamente limitada, del movimiento sindical (tredeunionismo). El partido se convierte en Inglaterra en un simple centro político de coordinación y de estudio, recuperando la herencia del liberalismo, al mismo tiempo que dicho liberalismo, en su forma tradicional, era liquidado por la involución de los grupos liberales de la burguesía y por la modernización del partido conservador. Muy limitada fue la influencia del marxismo sobre el movimiento obrero inglés; el nivel político de las luchas obreras fue siempre bastante alto,

pero el laborismo no alcanzó a expresarlo políticamente. En su conjunto el movimiento obrero inglés renunció, por largos decenios, a afrontar el problema del Estado y del poder. De ahí la diferencia importante entre el laborismo y la experiencia socialdemócrata continental.

Aun cuando el laborismo, aceptando la dirección del capitalismo de su país (el problema del aislamiento de Inglaterra del continente y su función imperial), se adecuó a la sociedad que debería haber combatido; sobre el terreno del antagonismo inmediato de clase, precisamente por el papel particular asumido por los sindicatos, mantuvo una notable condición de autonomía. El laborismo inglés sufrió en gran escala la degeneración parlamentaria, mientras el fenómeno del burocratismo se desarrolló en el ámbito sindical. La importancia de la lucha política en el movimiento de clase inglés se convierte, hasta cierto punto, en una ideología: la ideología del rechazo de la ideología (empirismo).

El leninismo: el partido y el problema del poder del Estado

El leninismo surge como momento de ruptura de la degeneración social-demócrata, como reconquista de la autonomía del partido de clase frente a la burguesía.

Ante todo, Lenin golpeó duramente la deformación economicista del marxismo. Lo hizo introduciendo el marxismo en Rusia, combatiendo al populismo /y con ello la perspectiva de un socialismo campesino, de un socialismo sin desarrollo económico; y, además, habría que tomar en cuenta lo que el marxismo se había convertido en Rusia. La concepción dialéctica de la historia había sido sustituida

con la idea de una evolución económica mecánica, que al terminar, tendría que madurar una sociedad socialista; el economicismo no reconocía la justa importancia del elemento consciente en la lucha política, e ignoraba prácticamente el problema del poder y del Estado, para convertirse en una forma de adecuación revisionista a la sociedad existente. Las condiciones de atraso de Rusia empujaban al economicismo a formas extremas; hasta sostener la necesidad de “construir el capitalismo”, porque esto sería la vía obligada al socialismo. Y la presencia de estas posiciones ayudó a Lenin, por contraste, a destacar al interior de la socialdemocracia rusa los problemas del poder y de una ideología revolucionaria en la cual, al elemento consciente, en contra de la espontaneidad, le fuese restituida su justa importancia. Al hacer esto, Lenin no solo combatía al economicismo rudo, sino que se situó en el centro de una polémica decisiva con todo el reformismo internacional (de la cual estaba perfectamente consciente). Sobre este terreno nacieron las tesis de Lenin acerca del desarrollo desigual del capitalismo, respecto al imperialismo como última fase del capitalismo, acerca de la necesidad de una lucha internacional del movimiento obrero, sobre la alianza entre obreros y campesinos (y con ello Lenin asimiló algunas consideraciones justas del populismo).

Naturalmente que la gran batalla ideológica en contra de la socialdemocracia tuvo una gran importancia en la determinación de una nueva concepción leninista del partido. Si el reformismo, con el pretexto de subordinar el partido a las demandas espontáneas de las masas, en realidad restringía el campo de la política general, y hacía del partido un trámite para subordinar las masas del Estado burgués, Lenin, por el contrario, reivindicaba para el partido una función de dirección

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

porque solo a través de ella las masas podían realizar una oposición y una lucha global en contra del Estado burgués.

Lenin no negaba naturalmente la importancia de las reivindicaciones y de las luchas parciales e inmediatas en las cuales es preeminente la espontaneidad de las masas, pero consideraba que el partido debería siempre llevar esta lucha a una lucha política más general. En el sustrato de esta lucha política general está la ideología revolucionaria. El partido encarnaba para Lenin esa ideología que es elaborada desde afuera de las masas, la cual debe ser adquirida por ellas a través del partido.

Aparece a la vista en este punto una limitación, virtual pero importante, del pasamiento leninista, porque contraponiendo esquemáticamente el elemento consciente (ideología-partido) al elemento espontaneidad (lucha inmediata de masas), se alcanza a crear entre ellos una ruptura; puede desplomarse la necesaria relación dialéctica entre ellos y abrirse la puerta a las concepciones del partido-guía, del partido-Estado. Sujeta a las mismas limitaciones esta la concepción sobre el sindicato como correa de transmisión del partido hacia las masas; sobre este terreno puede nacer una concepción instrumental del sindicato, silenciosa ansia del partido-guía.

En el momento mismo en que no se registran estas limitaciones (y esta contradicción) del pensamiento de Lenin, es necesario agregar que lo anterior se encuentra estrechamente ligado a la influencia que sobre el pensamiento de Lenin tuvieron las condiciones particulares. En Rusia la lucha se llevaba a cabo en contra de un poderoso Estado autocrático; eran mínimas las posibilidades de su desarrollo legal; eran determinantes las perspectivas insurreccionales. De esta realidad nacía la tendencia a considerar al partido como un ejército, y más todavía, como un ejército de comunistas. En las

condiciones rusas la disciplina revolucionaria era un elemento esencial, y mientras cada elaboración venía necesariamente desde arriba, nada se podía conceder a la espontaneidad de las masas.

A pesar de ello identificar la concepción leninista del partido con la concepción estalinista del partido-guía es solo una vulgar y grosera deformación de la realidad. Porque en el momento mismo en que, bajo el impulso de las condiciones reales rusas, Lenin daba al centralismo democrático una interpretación tendencialmente dogmática, este núcleo dogmático era sumergido y anulado por toda la lucha que Lenin dirigía hacia la creación del nuevo Estado proletario, en el cual el partido era solo un elemento, mientras el centro del poder se transfería a los soviets, órganos de expresión directa de las masas. En contra de las tendencias anárquicas Lenin afirmó la necesidad del Estado proletario y de su poder coercitivo en la construcción del socialismo; pero la dictadura del proletariado, es decir del Estado del que tiene necesidad el proletariado, era en su pensamiento un Estado nuevo, profundamente diferente y opuesto con respecto al Estado burgués. Era un Estado que no se consideraba eterno, sino sometido a una progresiva liquidación al mismo tiempo que fuese construida una sociedad socialista; era un Estado sobre cuyas funciones se aseguraba el control desde abajo, el más pleno y efectivo control democrático. En este marco la función del partido no era la de reforzar el poder coercitivo, sino lo contrario, la de garantizar el desarrollo de la nueva democracia, resguardar al proletariado de las degeneraciones burocráticas del nuevo Estado, asegurar y desarrollar todas las formas del control desde abajo.

El socialismo italiano: las tendencias revolucionarias y el maximal-reformismo

La historia del partido socialista italiano, como se ha señalado, sigue un curso particular con respecto de la historia del movimiento internacional. Las condiciones estructurales del país eran diferentes de los otros países europeos: un hecho dominante, sobre la base de profundas desigualdades de desarrollo y de la cuestión meridional, era la agudeza excepcional de las diferencias de clase. Por esto el reformismo tuvo dificultad de abrirse paso en el movimiento obrero italiano, y permaneció circunscrito a algunas aristocracias obreras del norte o se redujo a ser la justificación ideológica de un deteriorado clientelismo y transformismo meridional. Y, por consiguiente, la base orgánica del reformismo era precaria a causa de la debilidad de las aristocracias obreras, consecuente con la fragilidad de las estructuras de la gran industria del “triángulo”.

Esta situación general facilitó la transformación de las posiciones de izquierda en un maximalismo que se manifestó en varias formas y que fue un dato prevaleciente y constante del movimiento de clase italiano. En el maximalismo un elemento positivo fue sin duda la intransigencia política y moral; en la cual se realizaba el rechazo drástico de toda subordinación o adecuación a la sociedad capitalista y de la reivindicación de la autonomía del movimiento de clase. Esta intransigencia tuvo una manifestación de gran relevancia histórica en el comportamiento socialista frente a la guerra 1914-1918. Pero los mismos elementos positivos del maximalismo se expresaban en términos negativos: se convertían en el rechazo de la acción política en cuanto tal, ceguera voluntaria frente a las contradicciones que se desarrollaban en la clase antagónica,

desinterés por los instrumentos a través de los cuales la clase obrera puede realizar su política, incapacidad organizativa, nulidad política. La reivindicación, justa en sí misma, del “programa máximo”, frente al minimalismo gradualista se convertía en una estéril y genérica expectativa de un mañana revolucionario que ninguna acción política preparaba, y que aparecía como el fruto de la propaganda y del proselitismo en el trasfondo de la crisis catastrófica del capitalismo. Desde la época de la primera revolución rusa se había abierto en la socialdemocracia internacional el debate acerca de la lucha de masas, sobre su naturaleza, su significado y sus fines: en este debate el socialismo italiano permaneció sustancialmente al margen.

En el movimiento obrero italiano, más allá de los errores del maximalismo y del reformismo, se manifestaron continuamente iniciativas de renovación, la reivindicación de una consecuente política revolucionaria: no tiene importancia que estas iniciativas se expresaran dentro o fuera del partido oficial o de clase, de manera confusa y fragmentada contra concepciones que habrían hecho dar un paso atrás al movimiento de clase.

Un acontecimiento relacionado con la renovación se manifestó en la polémica de Gaetano Salvemini condujo en contra del corporativismo de la clase obrera septentrional. El partido socialista italiano había aceptado la política de Giollitti en el mismo momento en que había ignorado la existencia y los términos reales de la cuestión meridional, y, de su parte, había identificado el socialismo con la defensa de las fuerzas sectoriales de ciertos grupos de trabajadores y con el desarrollo mecánico de las posibilidades por cierto notables que se desprendían del sufragio universal. Combatiendo en contra de dichas posiciones Salvemini no proclamaba un

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

simple “no”; implícitamente abría la perspectiva de una política “nacional” de la clase obrera.

El movimiento anarcosindicalista contenía ciertamente una tendencia peligrosa al desarme ideológico, la renuncia a la valoración adecuada del elemento político general, sin el cual no hay lucha revolucionaria de la clase obrera; en este sentido, esto era un paso atrás respecto a la función política que con el marxismo el movimiento de clase había asumido. Sin embargo, con la ideología no justa en sí misma de la huelga general, el anarcosindicalismo establecía la necesidad de superar la fragmentación de las luchas reivindicativas, y agregaba la propuesta a la clase de asumir sobre el terreno de la lucha de masas, tareas revolucionarias generales. En este ámbito era válida su polémica contra el reformismo y el maximalismo.

El impulso hacia la renovación y hacia una política revolucionaria tuvo su momento político más elevado en los días inmediatamente posteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando ante la crisis total de la vieja sociedad, el movimiento obrero ocupando las fábricas, asumió, aunque parcialmente, responsabilidades directas de dirección política. Pero sobre el movimiento de clase pesaban los errores de las tendencias dominantes, que lo llevaron a oscilar y a dividirse entre la expectativa del salto revolucionario y el gradualismo minimalista: el sindicato y el partido fallaron en su tarea, aislaron a los obreros, dieron la señal de retirada cuando era el momento de avanzar y de explotar las contraindicaciones de la clase antagónica. La solidaridad con la Revolución de Octubre se convirtió solo en una frase, que expresaba el sentimiento de las clases trabajadoras italianas, pero no lo traducía en una política. El grupo del Ordine Nuovo, que había sostenido una línea diferente impulsando la ocupación

de fábricas y dando una perspectiva política al movimiento, permaneció aislado del partido y se agitó, en aquel momento, en el ámbito intelectual.

La escisión de Livorno y la constitución del partido comunista fueron la consagración de la derrota del movimiento de clase. Se estaba ya cerca del fondo del abismo, y la parte más consciente del grupo dirigente comunista pensó en lograr así, a largo plazo, partiendo de bases nuevas, aquella renovación que al interior del partido socialista había fallado. Y todavía debe rechazarse la tesis según la cual la separación entre socialistas y comunistas en 1921 coincide con la separación entre lo viejo y lo nuevo, entre las fuerzas consecuentemente revolucionarias y la nulidad maximal-reformista. No obstante que en la nueva formación prevalecieron por largo tiempo, precisamente aquellos elementos de deteriorado maximalismo que Gramsci y el Ordine Nuovo habían combatido en el maximalismo (abstencionismo, bordighismo). Y también en el partido comunistas un efectivo privilegio de las tareas de la revolución italiana fue cubierto por la naciente mitología del Estado-guía (que habrían resuelto desde afuera los problemas de todo el movimiento internacional): no es gratuito que por largo tiempo haya sido velada una parte importante de la lucha política de Gramsci, la que se desarrolló en contra de esta mitología.

En aquel momento cayó la larga noche fascista. Y en la lucha contra el fascismo volvieron a aflorar de modo nuevo las tendencias hacia una seria política revolucionaria. La necesidad de una lucha tan dura desgastaba y quebraban los viejos esquemas del grupo dirigente socialista, revelaban el vacío del reformismo, la impotencia del maximalismo, la esterilidad de su política, el daño decisivo que proviene de la división política de la clase. La tendencia a una política

TRÉCE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

nueva no se restringió más al ámbito de este o aquel partido, sino que encarnó en grupos de vanguardia que, socialistas y comunistas, operaban en la conspiración en el interior del país: grupos entre cuyos componentes, por su edad y por su diferencia también física del viejo grupo dirigente en gran parte emigrado, rompían con las tradiciones negativas y partían de una consideración fuertemente crítica del maximal-reformismo.

Muy grande es la contribución de Gramsci, muy claro el significado mismo de su opción de permanecer luchando en el país, de lo que no se debe hablar aquí ambiguamente. Menos notable pero no menos ejemplar fue la actividad del centro socialista en el interior dirigido por Rodolfo Morandi: también desde esta dirección, a pesar de una menor elaboración ideológica, se pudieron afrontar con vigor los problemas de una nueva política unitaria, revolucionaria y nacional de la clase obrera. La construcción del nuevo Estado democrático era vista en términos de democracia socialista: era la alternativa al fascismo. La polémica que se daba en el país era intensa también entre los grupos de emigrados y reconoció un momento importante en los acontecimientos de 1934 y en los pactos de unidad de acción. Si esto fue un mérito indiscutible en los dirigentes emigrados es necesario subrayar que la política unitaria de una nueva realidad del movimiento de clase, no como una alianza de vértices más allá de la cual permanecía imperturbable la vieja realidad, sobrevivían los viejos errores.

La caída del fascismo y el retorno del partido problemas a la actividad legal marcaron la confrontación y el encuentro de los diversos grupos que en la patria o en el extranjero habían garantizado durante la lucha antifascista la continuidad histórica del partido. Y en torno a este núcleo afluyeron,

después de la liberación, bastos estratos populares obreros, campesinos, pequeñoburgueses que indiscriminadamente se acogían más que a una política a un símbolo y una tradición. El partido socialista resurgió, por tanto, en nuestro país como un gran partido de masas, pero privado de una base ideológica homogénea; las tendencias que habían confluído en su seno no se fusionaron, sino que iniciaron una coexistencia facial en primera instancia frente a una fidelidad común en el partido, como instrumento de la reconstrucción democrática, y después bastante más difícil desde el momento en que graves problemas de perspectiva vinieron a cruzarse con las tareas generales de la reconstrucción democrática. Fue significativo el hecho de que, al reabrirse la discusión política interna, bajo la bandera de la autonomía revivieron y se organizaron las tendencias socialdemócratas y reformistas mientras que en la izquierda del partido se aglutinaron grupos que del problema de la política unitaria daban una interpretación opuesta. La contribución que los grupos socialistas activos en la conspiración habían aportado a la renovación del partido y al movimiento de clase dieron sus frutos y aparecieron en la concepción que de los Comités de Liberación Nacional (CLN) elaboraron los socialistas y sostuvieron en polémica con los comunistas. Los CLN eran entendidos y propuestos como órganos de autogobierno popular en contraposición con el viejo Estado, y no como alianzas de vértices entre partidos, destinadas a tender un puente hacia la restauración capitalista. En esta línea ideológica y política se inspiró el movimiento de los consejos de gestión: y es notable que la decisiva contribución socialista en esta dirección haya sido pronto olvidada o subestimada al interior del partido en los años sucesivos. Al interior de la mayoría de izquierda del partido se dio constantemente la contraposición entre las

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

dos concepciones de la política unitaria; una que reduce la unidad a un instrumento táctico contingente, aceptando para esto la guía comunista en función de solución “externa” del problema del poder; otra que veía en la unidad la vía histórica para la recuperación de las viejas concepciones, de los viejos errores, de las divisiones tradicionales cada vez menos adecuadas a la nueva realidad de clase. Aquello que aseguró la victoria de la izquierda contra el constante peligro socialdemócrata fue la existencia, en el seno de ella, de una genuina orientación unitaria, que permitió hacer un llamado a la base y dio a la función del partido un significado concreto en el terreno, de la vía democrática y nacional al socialismo surgió una radical contradicción con la solución “externa” derivada de las alianzas vértices.

En su conjunto se puede afirmar que el partido socialista no llegó jamás a tener un adecuado nivel ideológico, y que este hecho, unido a las características de su formación histórica (heterogeneidad, diversidad de sus componentes, sobrevivencia del maximal-reformismo), ha generado y genera un constante peligro de degeneración socialdemócrata.

La lucha permanente en contra de la socialdemócrata, al exterior e interior del partido, es por consiguiente una exigencia elemental de autodefensa, es la garantía, misma de la función del partido en el movimiento de clase. Solo así se defiende en contra del fenómeno social constituido por el reflujó hacia el partido de estratos medios dominados todavía ideológicamente por el capitalismo y portadores de una ideología adversaria.

La experiencia, preciosa y basta, de las luchas de las masas y de una concepción del partido en función de ellas no alcanza a suprimir las raíces de este peligro. En el momento que la crisis del mundo y del movimiento comunista ha

demandado que los socialistas asumieran una mayor responsabilidad, en el sentido de la renovación, la carga socialdemócrata ha explotado, llevando al partido hacia viejas posiciones que se creían superadas, y que eran vistas a la sombra de una concepción dogmática y de vértices de la política unitaria. Hemos visto así el retorno del viejo reformismo (vestido de nuevo con el ropaje de neocapitalismo), el viejo antimeridionalismo, un método de trabajo típicamente socialdemócrata (relacionado con la forma de partido de opinión), el más rancio parlamentarismo. Se ha llegado al punto de resumir la antigua ilusión pequeña burguesa del rechazo de las ideológicas: más bien la ideología de la no ideología.

Si hoy se denuncia el peligro de una socialdemocratización del PSI no es dicho solo como una crítica a una política calificada de socialdemócrata: lo que está en el centro es la concepción misma del partido, su existencia como partido de clase.

La ideología y la primera condición de la existencia de un partido de clase

La ideología es la primera condición de existencia de un partido de clase, porque ella es su conciencia política. Afirmar lo anterior no significa en modo alguno que cada adhesión al partido implique un examen de filosofía, la adhesión consciente a una ideología compleja. Pero la adhesión a un partido de clase la adhesión al partido socialista no debe significar solamente la aceptación de la lucha de clases; implica algo más allá, la conciencia de que la lucha de clases tiene una solución política, de poder, revolucionario, y que para esta solución el partido es un instrumento.

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

La adhesión al partido socialista debe significar la participación en las luchas de clase, a partir de reivindicar éstas. Pero un socialista no puede participar en las luchas de clases ni tampoco en aquellas de carácter espontáneo, reivindicativo sin tener conciencia del significado global, más general que ellas tienen: sin tener conciencia, en primer lugar, de la autonomía de la clase, en su conjunto, frente a la clase antagónica, la burguesía. Y, en el momento mismo en el cual el militante socialista está consciente de ello, debe necesariamente afrontar el problema del poder y ver la solución en términos de alternativa revolucionaria de clase.

La articulación entre luchas parciales y lucha política de clase, una vez que se pone sobre el terreno de la autonomía del movimiento obrero y de la oposición global a la sociedad burguesa, implica que en el curso mismo de la lucha sean opuestos en primer plano los elementos y los instrumentos de un poder nuevo. En este sentido el partido es el núcleo de una sociedad nueva; lo que no significa que el partido sea el depositario de la sociedad nueva; pero en ello debe reflejarse la progresiva toma de conciencias de esta sociedad, debe en cada momento trabajar por construirla en antagonismo con la sociedad burguesa. Del partido se puede afirmar con Marx que: es un educador que debe ser educado. La lucha de clases es la escuela del partido, el poder nuevo es aquel al que el partido-educador ocurre en modo decisivo a construir.

En estos términos aparece la cuestión de la democracia interna del partido. ¿De cuál democracia se trata? ¿De una proyección de la democracia burguesa? ¿De una imagen que el orden burgués circundante reflejado en el partido? Naturalmente que no. Se trata de la democracia socialista, del primer núcleo vital de una democracia nueva, no formal, que

se construirá enteramente sobre las ruinas del orden burgués basado en la división de clases.

De aquí la importancia de los principios en la vida del partido. Los principios no son un ídolo sagrado que hay que poner en un nicho después de la reverencia obligada, sino que deben estar presentes en cada acto del partido, y medir cada acto del partido con el metro de los principios.

Abandonando los principios, así sea “temporalmente”, a favor de una táctica, se traiciona en realidad, conscientemente o no, la función misma del partido, se niega su autonomía como expresión de la autonomía de clase, se tiene un irrefrenable proceso de degeneración, de reabsorción del partido en la sociedad burguesa.

Un ejemplo típico de la importancia de los principios se ofrece a partir del problema de las relaciones partido-clase-parlamento. Puesto que es sacrosanto y necesaria la utilización del parlamento por partes del partido de clase; porque el movimiento de clase hereda todos los valores de libertad arrancados por la burguesía a la sociedad feudal; pero la utilización del parlamento se convierte en parlamentarismo, y con ello el partido de clase es capturado por las instituciones burguesas y los socialistas pierden la noción del valor instrumental del parlamento tratando de ver en él la encarnación eterna de la democracia general.

Todo aquello que se ha dicho acerca de la importancia de los principios y la imposibilidad de “limitarlos” a favor de la táctica, es cierto frente al reformismo, sigue siendo verdadero frente al dogmatismo, frente a cada intento de negar el valor creativo que la democracia socialista tiene también en la lucha actual, remontándola, a un impreciso “mañana”.

La naturaleza y las tareas del partido nacien de la lucha en contra de la amenaza integrista

La definición de la naturaleza y las tareas del partido de clase en la Italia de nuestro tiempo se deriva necesariamente de un análisis de la realidad de clase de nuestro país.

Entre nosotros es dominante la articulación entre las sobrevivencias de las viejas estructuras, en el centro está la cuestión meridional y el nuevo poder de los monopolios, fundado sobre la creciente concentración financiera y sobre la utilización intensiva de las nuevas técnicas productivas. De esta articulación de elementos nuevos y viejos emerge una contradicción fundamental del capitalismo italiano. En efecto, la superación de las viejas estructuras, la solución de la cuestión meridional y la unificación real del país exigen una política de desarrollo económico, capaz de utilizar plenamente todos los recursos, humanos y materiales, y todas las técnicas productivas con el fin de abolir los abismales desniveles y hacer homogéneo el desarrollo de nuestra economía en cada sector. Pero esto es precisamente lo que los monopolios no pueden hacer, porque se trata de una política incompatible con su misma naturaleza y existencia. Los monopolios pueden sustituir, con su iniciativa directa, la vieja dirección fundada en la tradicional alianza entre los agrarios del sur y los industriales del norte; pueden en este marco consolidar y crear “islas” industriales de muy elevado nivel económico, en torno a los cuales los desniveles crezcan, y que no son centros de propulsión de la economía nacional en su totalidad, sino fortalezas del poder monopolista. Es posible que haya una planificación directa de los monopolios, pero se tratará siempre de una planificación fundada en la ley de la ganancia

monopólica: tendiente a controlar el mercado de acuerdo a los intereses del monopolio, y no por cierto a poner las fuerzas productivas existentes, integrante y sin límites artificiales, al servicio del desarrollo general. El interés del monopolio reside en una elevada ganancia que es posible obtener en él, se puede imponer desde arriba una cierta política de precios y una cierta organización económica: ningún interés tiene el monopolio en un mercado más amplio, en una economía con aspiraciones más elevadas, si esta situación nueva no le asegura una utilidad más alta, si ella amenaza con romper sus esquemas organizativos, la base de su dominio.

La cuestión del poder es esencial para el monopolio. Diferente de los que sucede en una economía capitalista de concurrencia, no hay utilidad monopólica sin poder del monopolio; sin la multiplicación continua de sus controles a todos los niveles. Y no hay poder económico sin poder político. Del dominio férreo sobre la empresa, sobre el mercado, sobre una determinada área económico social, el monopolio se dirige al dominio férreo sobre el Estado. En este sentido el desarrollo del capitalismo en nuestro país genera en su seno una grave amenaza totalitaria. El integrismo de la Democracia Cristiana es la expresión de la aspiración totalitaria, del régimen, de los monopolios, que se articula con un renovado integrismo de la Iglesia. Y así como el monopolio impulsa, organiza el corporativismo de la clase obrera, así también la democracia cristiana trabaja por una organización corporativa de la sociedad italiana entera (piénsese en el *Ente Nazionale Idrocarburi* (ENI), la federación de consorcios).

El movimiento de clase ha tomado en sus manos una gran tarea nacional: es la clase nacional, portadora de los intereses generales del país, y el primer lugar de la justa de valoración de la cuestión meridional. El paso ulterior que el movimiento

de clase debe adoptar en esta dirección reside precisamente en ello: debe de tomar en sus manos la dirección de una efectiva política de desarrollo económico, que se contraponga a la política de los monopolios; debe de convertirse en el antagonista directo, en primer lugar, de la amenaza totalitaria de los monopolios.

Pero el movimiento de clase el partido de clase no puede agotar esta lucha y su acción en el ámbito parlamentario, no puede limitarla al campo de la propaganda partidaria. Una política de desarrollo económico no puede ser llevada adelante delegándola a un parlamento impotente para resolver su problemática, sino luchando día tras día en todo lugar, al interior de la estructura productiva, por ubicar concretamente e impulsar la solución los cientos de problemas que juntos forman el tejido del desarrollo económico. En cada cuestión económica, industrial y agraria, el movimiento de clase debe poder expresar su negativa, en la lucha, a las soluciones de la gran burguesía y de los monopolios, y deba, en la lucha, hacer surgir de esta negativa una afirmación por una solución alternativa. En la medida en la que el movimiento de clase impulsa una política de desarrollo ello implica buscar una solución al problema de poder: más áspera se hace la lucha, y más cercano se encuentra el objetivo político general del derrocamiento del poder burgués y de la conquista de nuestro Estado en esta vía democrática y nacional al socialismo.

Del análisis que hemos hecho se desprende con claridad la naturaleza y el modelo del partido de clase en Italia en nuestro tiempo. Debe ser en primer lugar para conducir la acción en el nivel real del país, al interior de la estructura un partido de masas, el partido de las luchas de masas. Hay, sin embargo, importantes y decisivas tareas las cuales se asumen por el movimiento de clase desde afuera del partido (acción del

sindicato, movimiento por el control obrero, cooperativas), pero en cada fase de la lucha el partido debe asegurar su presencia, para garantizar en cada momento al nivel político general de la lucha misma. El movimiento de clase, en su vasta articulación, no puede delegar al partido la solución “milagrosa”, desde arriba, de sus problemas; pero, por otra parte, el partido no puede delegar sus propias tareas políticas generales al sindicato, ni a la cooperativa, ni al movimiento por el control del obrero, ni a cualquier otro organismo. La relación entre el partido y la clase es una relación dialéctica. El partido no sustituye la creatividad de las masas ni se abandona a ellas. El partido no es la guía, no es por definición el depositario de la política justa y de la verdad: ello es función de la clase. Pero ejerce esta función conscientemente, elabora las experiencias de la clase en el más alto nivel político e ideológico, subordinado las soluciones a la permanente e insustituible verificación de la lucha de clases.

El papel de los trabajadores en la vida del partido

El partido de masas tiende a acoger en sus filas al máximo número posible de militantes, a reducir al mínimo la distancia entre inscritos y electores. El trabajador inscrito al partido es, en efecto, un trabajador que ha adquirido conciencia de sus tareas, de su función frente a sí mismo y a la propia clase, y busca llevarlas a cabo; hay así un salto cualitativo enorme entre las condiciones de elector y la condición de militante. El verdadero partido es aquel capaz de ayudar a cualquier trabajador a realizar el pasaje de la condición de elector a la de

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

militante activo, haciendo que tal pasaje vaya acompañado de una efectiva maduración ideológica.

Sin embargo, desde el momento en que en un partido de clase se agrupan centenares de miles o millones de trabajadores, aparece el problema riguroso del papel de los trabajadores en la vida del partido. ¿Cuál es la parte que les corresponde a los obreros y a los campesinos inscritos en el partido? ¿Cuál es el papel de las masas en el partido, éstas se expresan en él? A estas interrogantes decisivas no hay todavía una respuesta adecuada.

Es un engaño y un embrollo hablar de una relación dialéctica entre el partido y la clase, negar la función de guía del partido, si después al interior del partido los trabajadores no son los protagonistas, sino los súbditos de un grupo de dirección que decide por ellos, apelando tal vez desgraciadamente a una presunta voluntad de las indistintas masas electorales, y limitándose a registrar en las sesiones un consenso pasivo a tesis ya elaboradas.

Dos obstáculos principales impiden una efectiva vida democrática en el partido de masas. En primer lugar, está la figura y el papel de “líder de partido”; un lejano y místico personaje al que es delegada la elaboración de la política y que, al mismo tiempo, puede ser destituido cuando su política se haya distanciado abismalmente respecto a la voluntad de la base. A la elaboración colectiva de la línea política del partido, que procede de lo bajo hacia lo alto y de lo alto hacia lo bajo, se le sustituyó por una suerte de verdad revelada que desciende de las alturas y que los militantes pueden aprobar o rechazar (pero a sabiendas que su “no” es un acto excepcional, es un acto que abre la crisis del partido).

El segundo obstáculo, está constituido al sustituir de una efectiva vida democrática por una simbólica y abstracta

representación. Determinadas propuestas o relaciones políticas generales siguen con regularidad burocrática su camino procesal desde la dirección del Comité Central a las Federaciones, a las secciones: una vez que este camino ha sido completado, sea cual sea su contenido, ellas se convierten en “leyes del partido”. No tiene importancia que hayan sido aprobadas en las instancias superiores con un solo voto de mayoría; no tiene ninguna importancia que en la consulta hayan participado solo el 20 o el 30% de los inscritos; no tiene ninguna importancia que los inscritos, obreros y campesinos, no hayan estado en condiciones de conocer y valorar el contenido real de las propuestas. Solo importan finalmente que las instancias burocráticas del partido impongan a los militantes un “sí” o un “no”, de cualquier manera, expresado.

Bajo el manto de la democracia formal se asiste a la victoria de la antidemocracia sustancial: la “consulta a la base” se convierte en una maquinaria bien aceiteada para asegurar la conservación del grupo dirigente, o de una de sus partes. Desaparece el partido de clase y sobre sus cenizas surge la socialdemocracia, proyección de la sociedad burguesa en el movimiento de clase.

Acerca del congreso, las corrientes y las garantías de una real democracia interna

Si el partido no es el depositario de la verdad, la guía siempre iluminada de la clase, sino una función de la clase, el fundamento mismo de su vida democrática reside ciertamente en la plena y total participación en las luchas de masas; participación que no se agita en una declaración formal, en un mensaje de solidaridad genérica, pero que es efectiva solo si

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

se lleva a cabo la participación de cada inscrito en estas luchas el debate acerca de los problemas que las originan, y en el desarrollo de este por medio de la acción.

A veces se afirma que la substancia de la vida democrática es “la libre circulación de las ideas al interior del partido”. Exacto. Pero, ¿de cuáles ideas se trata? ¿Tal vez de un mensaje que una restringida cúpula de inspirados intelectuales iniciados en los misterios de la ideología o de la técnica transmiten a los trabajadores que están a la expectativa? Ciertamente que no. Las ideas que circulan y deben circular en un partido de clases son aquellas que emergen de la realidad de las luchas, de la experiencia directa de los trabajadores y a las cuales los intelectuales dan una contribución de gran relevancia si las elaboran, si las llevan a un nivel político general, remitiéndolas después al banco de pruebas el único válido de la realidad de las luchas. La unidad del partido, la existencia de un genuino partido de clase, significa precisamente esto; que existe una organización política en la cual, en todo nivel, en el proceso de investigación y de elaboración de una compleja línea política participan juntos, mancomunados en un único esfuerzo creativo y en una única lucha, intelectuales, obreros, campesinos.

Para que tal método de trabajo y concepción del partido sean efectivos es necesario antes que nada rechazar hoy la fórmula según la cual la vida democrática del partido se agota en el congreso bianual, en el cual, con periodicidad fija, de una vez por todas, es decidida una línea general que la base del partido puede solo aplicar, o (la expresión es más adecuada) propagandizar. Está fuera de discusión que el partido deba elaborar periódicamente su línea política general y, por consiguiente, tener un congreso, pero es absurdo en primer lugar el vacío democrático que separa un congreso

del otro (durante este periodo el único depositario de la democracia sería el comité central); en segundo lugar, la rigurosa separación entre la línea política general que corre entre canales rígidamente preestablecidos y la experiencia preciosa de las luchas que se va acumulando y que permanece guardada en el refrigerador, esperando a que en el congreso del partido, los “sabios” del grupo dirigente se decidan a utilizarla para la nueva línea política. Un ejemplo de lo absurdo de este método ha sucedido recientemente en el PSI desde el momento en que el secretario del partido ha creído poder proponer en el congreso socialista, “nada más ni nada menos”, las propuestas aprobadas en el congreso precedente: como si se debatiesen principios abstractos, como si la situación italiana estuviese petrificada, como si no tuviese ninguna importancia el desarrollo sucesivo de la lucha de clases.

El vacío democrático que hay actualmente entre congresos y otro puede ser llenado solo si se rompe el diafragma que hoy subsiste entre la esfera de la elaboración política delegada a los “sabios” del partido y a los grupos parlamentarios y la totalidad de las luchas. Una línea política válida establece una liga directa y permanente entre las fases de la lucha y la elaboración de la línea general del movimiento. Una conclusión de esta naturaleza implica una serie de consecuencias: 1) entre un congreso y otro el partido debe ser llamado a discutir las condiciones de las luchas de masas, no solamente a través de encuentros especializados (consultas) sino también a través de verdaderas asambleas deliberativas (decisiones políticas) que involucren a toda la base del partido; 2) debe establecerse siempre una articulación entre cada lucha parcial, reivindicativa, y una política general, de tal manera que las luchas parciales sean despojadas, al límite máximo, de cada carácter particular y corporativo: y esta

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

tarea corresponde sobre todo al partido; 3) sobre este perfil, la elaboración de la línea de lucha toma una particular relevancia lo que es una norma general en la vida de un partido de clase. Los organismos de base del partido no pueden contribuir a la elaboración de la línea de lucha si permanecen separados de las masas: su deliberación deber ser precedidas de amplias consultas efectuadas en el ámbito social en el interior de los cuales viven aquellos organismos (secciones y NAS, es decir, Núcleos Socialistas de Empresa).

Solo así se realiza la condición para que el partido elabore una política válida para toda la clase. Justa es en efecto, la exigencia que la política de los socialistas tenga una validez general de clase, pero es absurdo que aquello se alcance a través de las propuestas que un grupo de especialistas socialistas haga a las masas en expectativa...

Una vez que se ha llenado el vacío democrático que hoy se registra entre un congreso y otro, se pone a discusión la naturaleza, el método de trabajo, las tareas del congreso de un partido de clase.

Hay que rechazar la opción abstracta que de cualquier parte tratan de imponernos entre un congreso (y un partido) no organizado en corrientes. En el partido de clase la formación de las corrientes corresponde a un periodo de crisis; es la respuesta del partido a la intención de poner a discusión la naturaleza, los principios, el método de trabajo. Esta es una situación excepcional que puede verificarse ya sea en el caso de que un partido revolucionario tienda a transitar sobre el plano socialdemócrata; o que se trata de crear desde la estructura de un partido socialdemócrata un partido revolucionario.

La formación de las corrientes no es, por lo tanto, ni un momento normal en la historia del partido de clase,

ni una escandalosa mala costumbre: manifiesta simplemente una condición de crisis del partido, y es un modo de resolver aquella crisis en términos políticos. No es gratuito que el partido socialista italiano entre 1943 y 1948 haya estado en muchas ocasiones ocupado por las luchas de corrientes: nada más falso que referir este fenómeno a una mala costumbre del grupo dirigente (aunque es verdad que la división en corrientes favorece una mala costumbre política), o a cualquier fatalidad político-negativa. Esto ha sucedido simplemente porque el partido socialista ha estado constantemente en el centro de una presión masiva adversa, ha debido luchar por desechar de su seno las presiones políticas e ideológicas de la sociedad burguesa en la que opera, y afirmar, al mismo tiempo, su propia función en el movimiento de clase. Porque el Partido Socialista Italiano es la bisagra de esclarecimiento político italiano, es claro que las presiones opuestas tienden a concentrarse en torno a aquellas bisagras: y solo con una constante y dura lucha el partido socialista puede afirmar y defender su función propia.

Precisamente por estos motivos no se puede pensar en un congreso que esté organizado siempre en corrientes: no se pueden institucionalizar las corrientes en la vida del partido, porque ello significaría asumir como normales y constantes los periodos de crisis. Es necesario afirmar con vigor que la garantía de la más plena democracia interna no reside en la existencia de las corrientes, las cuales en cambio a semejanza de los que sucede en el resto de la democracia burguesa formal pueden convertirse en el biombo democrático de la peor antidemocracia.

Si las corrientes son la expresión de un momento de crisis en la vida del partido, ¿Cuáles son por el contrario las garantías democráticas de una plena y vigorosa democracia

interna? Es necesario comenzar afirmando que la democracia significa esencialmente participación en el poder por los de abajo, exclusión de la delegación permanente, inserción efectiva, lo más extensa posible, de la base del partido en su dirección. Precisamente porque el partido de clase es el núcleo de una nueva sociedad, vale para él lo que es válido para la democracia socialista en general: y es falso que las exigencias de la lucha de clases impliquen una violación de la democracia socialista. Esto puede ser verdad solo para un partido de conspiradores constreñido a vivir en la ilegalidad, pero no para un partido de opere en la legalidad, que funde su política en las luchas de masas, que proclame el deseo de seguir una vía democrática y nacional al socialismo.

El congreso de un partido de clase no se puede reducir a la presentación de una línea general y prefabricada a la base para que ésta exprese un “sí” o un “no”. Comienza desde abajo, con la elaboración en la base de una serie de opciones precisas que emergen de la realidad de las luchas: prosigue con la centralización y elaboración política de las decisiones a niveles superiores (federaciones, comité central, direcciones); se concluye con la verificación de discusión y de acción en la base. Salvo en los periodos de crisis y, por tanto, de formación y de actividad de las corrientes, las decisiones políticas no deben ser ligadas a los nombres de los dirigentes. A las decisiones de los dirigentes concurre todo al partido, sin artificiosas separaciones y discriminaciones, sobre la base de un criterio funcional y de un recambio continuo desde abajo: el compañero adecuado, en el momento justo, en el puesto justo. El congreso no es un mecanismo para el reparto de cargos como si fuese un reparto de pastel al interior del grupo dirigente, sino un momento de la vida democrática general del partido, un instrumento para reforzar la eficiencia.

La necesidad de una política orgánica de cuadros

El desarrollo de un partido de masas está condicionado por la existencia de una fuerte y articulada organización: pero de esta organización es ciertamente la formación y la selección de cuadros políticos a todos los niveles (desde las secciones, a las federaciones, al comité central).

El partido no puede estar ligado a la lucha de clase y expresar la autonomía de la clase si no cuenta con un número muy grande de dirigentes que estén ligados a la actividad de las masas y estén en forma permanente al servicio del partido. Más allá de la existencia de una tropa calificada de cuadros, el partido se reduce a un partido de opinión, decae cualitativamente, pierde gradualmente sus ligas con la realidad de la clase.

El criterio de selección de los cuadros no reside ciertamente en la posesión de un abstracto bagaje ideológico, sino que es, por el contrario, la capacidad de aplicar una formación ideológica precisa a la acción de clase, la capacidad de contribuir cada día al reforzamiento de la relación dialéctica entre las masas y el partido.

Ello se alcanza antes de todo si los cuadros del partido vienen del mundo de la producción; si son, en su mayoría, obreros y campesinos que, en las luchas, han adquirido capacidad de dirección. Y, por otra parte, los cuadros de formación intelectual no deben tener en el partido una tarea de especialistas, que ponen de tiempo en tiempo al bagaje de sus conocimientos al servicio del partido: ellos deben estar inmersos, como los cuadros de otra formación, en la parte viva de las luchas, son participantes de la actividad y el trabajo del partido en general.

La formación y la selección de los cuadros no puede ser abandonada a la espontaneidad: ella exige una política orgánica de cuadros para acrecentar la capacidad de estudio y de trabajo, la experiencia política y garantizar la certeza de pertenecer orgánicamente a la colectividad del movimiento obrero. En esta colectividad no hay siervos y patronos, dirigentes políticos a los cuales están reservados, por gracia divina, las tareas elevadas, y sirvientes abocados a los bajos servicios reducidos a lo marginal del partido. Una concepción semejante es la negación de la democracia socialista, es la proyección al interior del partido de la sociedad dividida en clases. En esta colectividad no hay lugar tampoco para las castas, no debe existir una burocracia privilegiada en cuyas manos se deposita la verdad ideológica y el poder de gobernar al partido.

Acerca de la incompatibilidad de las tareas de dirección

La primera condición para una adecuada utilización de los cúmulos del partido es su dedicación a un sector preciso de trabajo: dedicación que no debe ser confundida con un deterioro tecnicista, en cuanto el trabajo específico del dirigente está siempre en relación con las luchas sostenidas en general por el partido.

Pero la utilización funcional de los cuadros implica que cada uno de ellos pueda tener una sola tarea, porque es imposible en general desempeñar bien más de una tarea, y porque cada uno de los encargos de trabajo en un partido moderno observe todas las capacidades y las energías de un cuadro político.

Tareas importantes en la vida del partido son aquellas al nivel de la dirección, en el campo de la prensa, en el parlamento, en las administraciones locales, en el sindicato. Cada uno de estos encargos es, por las razones generales que hemos indicado, incompatible con los otros. Pero es necesario agregar que hay una jerarquía política funcional entre las diversas tareas: y este es un segundo motivo grave de incompatibilidad. Una relevancia importante ha adquirido en los partidos de clase la cuestión de las incompatibilidades relacionada con las tareas parlamentarias. El cúmulo de tareas de dirección política (en términos absolutos las sesiones de trabajo de la dirección y de las federaciones, en términos más generales la pertenencia a la dirección y al comité central) y parlamentarias no conducen solamente a una parálisis práctica de la actividad del partido, sino que lleva a identificar falsamente el papel del parlamentario con el papel del dirigente político, según una concepción tomada prestada del adversario de clase. La actividad del parlamento es importante, pero instrumental: a los fines revolucionarios del partido. Una vez que se confunden las tareas parlamentarias con las del dirigente político, o directamente se pone en práctica en el partido la condición del parlamentario como el máximo reconocimiento para un militante, los fines revolucionarios del partido son confundidos, y se tiene la degeneración reformista parlamentaria de la estructura del partido. Al interior del partido de clase la función y la condición del cuadro parlamentario deben ser concebidas en un plano de absoluta igualdad, desde todos los puntos de vista, con las funciones y las condiciones de los otros cuadros.

De manera particular debe considerarse la cuestión de la relación de los cuadros sindicales con el partido. La justa reivindicación de la autonomía sindical implica que al interior

del sindicato no tenga una decisión autónoma y democrática de los cuadros. Y como esta autonomía del sindicato no puede ser confundida ciertamente con la despolitización, sigue siendo importante la función del partido en este sector; del partido no debe buscar imponer al sindicato mecánicamente sus directivas y sus cuadros, pero, con su dedicación directa a las luchas sindicales y con la articulación que él continuamente establece entre aquellas luchas y los fines de masa generales del movimiento de clase, debe contribuir a la calificación política de la clase (no partidaria), de la acción sindical. En la decisión de los cuadros sindicales el partido se dirige a integrar el juicio técnico con el juicio político. Y, por otra parte, no es admisible al interior del partido de clase la representación corporativa, de sector, del sindicato, como si se tratase de un poder externo que buscara imponerse al partido. Ciertamente, es necesaria, la presencia de numerosos sindicalistas en el comité central, en la dirección, en los comités de federaciones. Pero ello debe partir de una decisión política del partido, no de un criterio mecánico de representación. La presencia escasa e insuficiente de los cuadros sindicales en los órganos dirigentes del partido es el síntoma de una crisis cualitativa de la corriente sindical: en este caso es necesario preocuparse de resolver esta crisis, pero el problema no puede ser resuelto buscando suprimir artificialmente el síntoma de la crisis.

Acercas de los instrumentos organizativos del partido: las secciones y los NAS

Definidos los términos de una política orgánica de cuadros, las cuestiones decisivas para una adecuada organización de

la estructura de partido son aquellas que conciernen a las instancias de base (secciones y NAS).

Es necesario antes que nada reconocer que hay una crisis profunda de las secciones (en especial las de la ciudad) y de los NAS: crisis frente a la cual sería risible y absurdo querer dictar desde arriba remedios y soluciones que pueden ser encontradas solo a través de un trabajo y una experiencia específica.

Elementos principales de esta crisis todavía parecen ser: 1) una reducida capacidad política de las secciones urbanas, las cuales viven aisladas del ambiente circundante, y se encuentran desarmados frente a los problemas que surgen de la cada vez más compleja estructura de la ciudad; 2) la marginación de la mayor parte de los inscritos de la vida de las secciones, de tal manera que la capilaridad necesaria de la organización se resuelve en un esqueleto diplomático sin alma, soporte puro de actividad burocrática; 3) la fractura cada vez más notoria entre los NAS (aquellos militantes que viven en la producción) y las secciones; 4) consecuencia en gran medida de los elementos señalados, y a la vez factor agravante de la crisis, en la incapacidad de las secciones en los planos de la formación a la elaboración ideológica y política del partido.

Un discurso diferente habría que hacer para las secciones rurales, las cuales solo en ciertos casos y en menor medida están separadas del ambiente social circundante, y alcanzan a ser en general un elemento de propulsión política de las luchas. A pesar de que las secciones rurales dan una contribución escasa o insuficiente a la formación política de los militantes y, en general, no participan en la elaboración ideológica y política del partido.

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

En tres grandes direcciones es necesario realizar un trabajo concreto de investigación, de experimentación y de renovación para resolver la crisis de las secciones. El primer problema es el de los cuadros seccionales, cuya formación hasta ahora es confiada a una peligrosa espontaneidad: ha faltado y falta una política de cuadros seccionales. El segundo se refiere a las tareas políticas de las secciones, su capacidad de hacer las veces de motor político-social en el ámbito de una determinada zona territorial y de un determinado núcleo social: de hecho, en el partido socialista las secciones han abandonado las tareas políticas, salvo en ocasiones especiales. Finalmente, está el grave problema, de difícil solución antes que todo en el plano técnico y financiero, del bajo nivel asociativo de las secciones, las cuales son hoy en su mayoría clubes incómodos y desligados de todo nexo con la vida moderna, organizados de una manera que no tiene relación alguna con la vida del barrio.

Pero, dicho esto, es necesario agregar que el renacimiento y la expansión de las organizaciones de base del partido de clase se ligan cada vez más, en la sociedad moderna, a la cuestión de los NAS, de las células-base del partido en los lugares de trabajo. Un partido que no esté, antes de todo, en las fábricas y en las oficinas no vive tampoco más allá, y fatalmente verá sus organizaciones territoriales reducirse a una larva burocrática o a un círculo de pensionados.

Las causas de la crisis actual de los NAS son múltiples. Por ello no es extraña la masiva ofensiva de los patrones contra la libertad de los trabajadores en los lugares de trabajo: el régimen carente de libertad impuesto a gran escala por parte de los patrones ha sofocado la vida política organizada de las clases obreras al interior de la estructura productiva, allí donde ella puede y debe encontrar su más alta y calificada expresión.

Y aun así no puede reducir la crisis de los NAS solo o factores objetivos, a una condición general, por importante que ella sea. Queda el hecho de que los NAS, las organizaciones políticas de clase en los lugares de trabajo, han sido derrotados por el ataque del adversario: pero esta derrota tiene también causas internas, “subjetivas” respecto al partido de clase. En la raíz de todo esto está la concepción prevaleciente que hace de los NAS los apéndices organizativos externos de las secciones, a los que comparte solamente la función burocrática de la inscripción o de la cotización: una concepción que implica una sola variante, puesto que el NAS se convierte en un organismo parasindical, el corredor diplomático donde los dirigentes de las corrientes sindicales prefabrican las soluciones para presentárselas después a los trabajadores. Antes de verse privado por la fuerza de sus funciones políticas, el NAS, por efecto de una política general del partido, ha renunciado por propia voluntad. Parecía inútil una larga y dura lucha al interior del lugar de trabajo cuando el partido de clase ofrecía soluciones extremas más fáciles y milagrosas. ¿Para qué afrontar riesgos y luchas cuando bastaba distribuir un cierto número de credenciales y votar una vez al año por el sindicato, y una vez cada dos o tres años por el partido, y después esperar que en el parlamento, o bien en el vértice, cada problema fuera resuelto? ¿O cuando parecía que aquella solución venía del exterior, como producto de un cambio a escala mundial? No eran problemas específicos del NAS. Las cuestiones salariales, reivindicativas, concernían al sindicato, las cuestiones más generales comprendidas aquellas de la vida y la libertad en las fábricas correspondían al partido que recibía un cheque en blanco y lo hacía valer a “nivel nacional”. Los problemas de la fábrica, de su desarrollo productivo, los problemas del desarrollo económico de una zona, de un

barrio, de la ciudad, o eran demasiado “particulares” para que el NAS se ocupase de ellos, o eran bastante “generales” para que fuese tarea del partido, si no es que proyecto del gobierno socialista del mañana. El NAS debería haber sido una escuela política, de poder y de dirección de los trabajadores; pero la política del partido lo ha alejado de estas tareas y lo ha reducido a una instancia organizativa, burocrática.

Y así, el NAS, en la mayor parte de los casos, ha muerto naciendo, enterrado sobre el cadáver de los consejos de gestión. Y si superando la concepción errónea de las secciones de empresa (los núcleos de fábrica como núcleos parasindicales por definición), el partido socialista estableció justamente la relación necesaria entre el NAS y las secciones (es decir la función general de los trabajadores en el partido), esta relación se redujo a un vínculo burocrático. ¿Qué cosa van a hacer los militantes del NAS en las secciones, si al interior del NAS el tema obligado es un cierto tecnicismo sindical o la inscripción al partido? Para esta función es suficiente un empleado administrativo. Cada acto de vida asociativa es bastante costoso en la sociedad moderna (por los márgenes restringidos de tiempo libre, por las distancias, por los miles de condicionamientos externos de la existencia individual): ellos no pueden ser repetidos sin que haya un motivo válido, un motivo de lucha y de acción. Ninguna actividad organizativa de masas se puede realizar en torno a un puro esquema burocrático.

La crisis de los NAS, las crisis de las secciones son un producto no de esta o aquella errada fórmula organizativa, sino desgraciadamente de la insuficiencia de la política de clase respecto a las tareas seriamente revolucionarias al interior de la sociedad en la cual vivimos. Con las consecuencias de la dualidad que en esta política se ha insinuado: dualidad con

respecto a una eventual solución externa, a escala mundial, o con respecto a la validez, asumida como absoluta, de la lucha en los vértices, en el plano parlamentario y en el marco de las instituciones burguesas.

Sobre la naturaleza y la función de un periódico de clase

La función de la prensa del partido de clase en particular del diario es la de ligar vastas masas con el partido, y de educarlas día a día en una nueva concepción de la información, en una nueva concepción realista general y particular de la sociedad en la que ven, en la comprensión articulada de los objetivos del movimiento de clase.

Estas tareas son negadas en la práctica por aquellos que reducen el diario socialista a un boletín interno, escrito en jerga burocrática y en el que ocupan el primer lugar las resoluciones del partido; o por aquellos que lo conciben como un instrumento de maniobra política, al nivel parlamentario, para los fines tácticos del grupo dirigente: y no menos lo niegan aquellos que, desprovistos de una conciencia de los valores culturales nuevos de los que el movimiento de clase es portador, piensan superar los dos errores que hemos indicado imitando a la prensa burguesa, adecuándose burdamente y de una vez por todas con pueriles expedientes a sus métodos, a sus cánones, a sus tradiciones. Un periódico de clase es ciertamente un gran periódico en sentido técnico, por la amplitud de la información, grupo de colaboradores, dirección formal, organización interna. Pero en él no hay lugar para la información “objetiva”, la cual no existe como tal y está siempre empapado de opiniones políticas (en el mundo

burgués: de las opiniones políticas de la burguesía). En él no puede ser trasladado, ni siquiera con el método simplista del cambio, mecánico de sus términos, el contenido de las agencias de prensa. El periódico de clase es un periódico original, autónomo del mundo burgués externo, en el cual se viven día a día el trabajo y las pasiones de una sociedad nueva que nace, y que educa a los lectores a ver cada aspecto de la sociedad vieja con ojos nuevos, Del periódico burgués al periódico socialista hay un salto de calidad, correspondiente al salto cualitativo entre el partido burgués y el partido proletario.

El periódico de clase debe aspirar a la información, con amplitud, coraje, sin prejuicios, de un mundo oculto por la información burguesa; el mundo de las luchas de los trabajadores, revisado día por día no en el estilo de las comunicaciones burocráticas, sino en un plano periodístico adecuado. Es por esto que no se debe dar espacio a los diletantes del periodismo: pero por otro lado es indispensable una articulación más viva y directa con el mundo de la producción, también buscando extraer de él los cuadros periodísticos necesarios al partido de clase. El periodista socialista reúne en sí mismo dos requisitos esenciales: adecuada capacidad profesional y plena calidad de militante revolucionario.

La responsabilidad de la dirección del periódico de clase corresponde a los órganos del partido. Pero, en el marco de la disciplina política del partido, la redacción expresa su contribución activa a través de un consejo de redacción que realiza la intervención de los periodistas en la vida del partido, no solo pronunciándose acerca de todas las cuestiones de la vida del periódico, sino también llevando el debate de las instancias del partido las cuestiones propiamente políticas que surgen en el desarrollo de una línea periodística en las diversas cuestiones.

El partido reconoce la autonomía de la cultura y prepara los instrumentos de realización de la misma

Si el partido revolucionario no es guía de la clase, depositario por definición de la verdad, sino un instrumento de lucha y de acción de la clase, es fundamental que el partido reconozca la autonomía de la cultura. Más allá del juego interno de las mayorías y minorías el partido de clase tiene la necesidad de un centro científico de verificación de la elaboración ideológica: y tal verificación la encuentra en el ámbito de un movimiento cultural en el cual se le garantice una plena autonomía.

¿Se trata por tanto de un movimiento que sea un área reservada a la libre caza y los duelos académicos de intelectuales recluidos en el gozo de la calificación profesional? ¿Se trata de una absurda mezcla entre las concepciones del partido de clase y la vieja concepción liberal de la cultura como mundo en sí, más allá de las dimensiones de la sociedad? Absolutamente no. Estrecha y continúa deber ser la relación entre la esfera cultural y la esfera política. Los intelectuales del partido de clase no son un adorno de él, no son esclavos dorados a los que todo es perdonado siempre y que no alcen la mano sobre el arca santa de los políticos, no son aliados privilegiados, compañeros de viaje: son militantes como todos; los que como todos tiene la obligación de participar en las luchas y desempeñar un compromiso político pleno. Ellos tienen ciertamente una responsabilidad particular y la explican en un área particular, fuera del control de los políticos, pero con la obligación de verificar sus conclusiones en el marco de la realidad de clase y de la lucha general del partido. De esta manera su investigación se desenvuelve en un plano de clase: y los intelectuales no se aíslan del resto del partido, sino

TRECE TESIS ACERCA DE LA CUESTIÓN DEL PARTIDO DE CLASE

que tienden a asociar a su investigación el mayor número de militantes.

La condición de los intelectuales en el partido de clase debe anticipar la condición nueva de los intelectuales y de la cultura en la sociedad socialista: una condición libre, pero no por ser indiferente, agnóstica, no por presumir de ponerse más allá de la vida.

El reconocimiento de la plena autonomía de la cultura implica el disponer de los instrumentos necesarios (comenzando por los órganos de prensa) para que aquella autonomía pueda realizarse.



Capítulo VII

El uso socialista de la investigación obrera¹

No he encontrado mejor manera de presentar algunas aclaraciones al tema Fines políticos de la investigación, si no es refiriéndome a algunas cuestiones del marxismo; esto presenta el peligro de centrar la discusión sobre temas teóricos y posiblemente también de afrontarlos de la manera menos provechosa, cuestión que por el contrario pienso debe ser evitada, de manera que este seminario tenga un destino digamos más práctico, esto es: definición del cuestionario, organización y preparación de la investigación. La ventaja, por otra parte, es tal vez la de facilitar la precisión de un cierto método de trabajo de los “QR” que a veces, tengo la impresión, que produce todavía perplejidad en

¹ El Uso socialista de la investigación obrera es la intervención de Panzieri en un seminario de los *Quaderni Rossi* en septiembre de 1964 en la ciudad de Turín pocos días antes de morir. Posteriormente fue publicado como artículo en la revista *Quaderni Rossi*, Milán, n. 5, 1965, de donde tomamos esta versión.

algunos compañeros. Quiero decir que tengo la impresión de que algunos compañeros tienen aún desconfianzas hacia la sociología y el uso de instrumentos sociológicos que no me parecen justificadas y que creo son esencialmente motivadas por los residuos de una falsa conciencia, es decir; por los residuos de una visión dogmática del marxismo. Es evidente que el uso de instrumentos sociológicos para fines político-obreros no puede dejar de reabrir esta discusión, desde el momento en que el fundamento científico de una acción revolucionaria históricamente se identifica con el marxismo.

Brevemente quisiera hacer alguna referencia filológica: el marxismo –el de la madurez de Marx– nace como sociología; *El capital*, en cuanto crítica de la economía política ¿qué otra cosa es si no el bosquejo de una sociología? La base de la crítica de la economía política es la imputación ricamente –aunque nunca suficiente y persuasivamente– documentada del carácter unilateral de la economía política.

Entendámonos, este tema emerge del joven Marx, y desde este punto de vista hay una continuidad entre el joven Marx y *El Capital*; la economía política que reduce al obrero a factor de la producción es tomada, no en su falsedad, sino en su límite. Puntualizo esto: la economía política pretende encerrar la realidad social dentro del esquema limitado de un particular modo de funcionamiento, y asume después este modo de funcionamiento como el mejor y el natural. Pero mientras en los manuscritos económico-filosóficos y *en* todas las obras del Marx joven esta crítica de la economía política está más ligada a una visión histórico-filosófica de la humanidad y de la historia, es decir, el término de la confrontación es el hombre alienado (“el obrero sufre en su propia existencia, el capitalista sufre en la ganancia de su inerte Mammon”), el Marx del Capital abandona este tema filosófico, metafísico, y esta crítica

es dirigida exclusivamente hacia una realidad específica que es la realidad del capitalista y no pretende ser la autocrítica universal respecto a la unilateralidad de la economía política burguesa.

Creo que es fácil sostener que una visión de la sociología como ciencia política es un aspecto fundamental del marxismo; si se debe de dar una definición general del marxismo diría que es ésta una sociología concebida como ciencia política, como ciencia de la revolución. A esta ciencia de la revolución le es suprimido todo significado místico y es reconducida, por lo tanto, a la observación rigurosa, al análisis científico. (Esto además es demostrable también por el Marx político, pero no desarrollo este tema). Se desarrolla por otra parte, contemporáneamente a Marx y bajo la denominación común del marxismo, otra veta en la que creo radica también el origen de las desconfianzas marxistas modernas hacia la sociología en cuanto a tal; esta veta lo sabemos bien, puede emerger de ciertos escritos de Engels, el cual contrariamente a su pretensión de establecer un materialismo general y una dialéctica de validez universal, crea evidentemente un sistema que, como quiera que se le vea, aparece poco fiel al pensamiento de Marx. La ciencia de la dialéctica, aplicable tanto a las ciencias físicas como a las ciencias sociales, es evidentemente una negación a la sociología como ciencia específica, y en cambio recrea frente a ésta una metafísica, que hace equivalente la metafísica del movimiento obrero con la metafísica del renacuajo y la rana. Detrás del naturalismo de la tradición marxista engelsiana, detrás del objetivismo naturalista, despunta una concepción mística de la clase obrera y de su misión histórica; a este punto se justifica perfectamente la desconfianza hacia la sociología por principio; si nosotros debiéramos aceptar el

marxismo en esta versión no sería posible, evidentemente, una ciencia de los hechos sociales.

Hay un rasgo específico de la sociología marxista la cual nace de la crítica de la economía política, sobre el que me parece oportuno insistir previamente y que señala un cierto límite opuesto entre una sociología del movimiento obrero y una sociología que no toma en cuenta este elemento (no la defino ahora burguesa porque todavía no sería justificado). El límite es que la sociología de Marx, en tanto que nace de la crítica de la economía política, nace de una constatación y observación de la sociedad capitalista, la cual es fundamentalmente una sociedad dicotómica, una sociedad en la cual la representación unilateral de la ciencia que ella ha desarrollado, es decir, de la ciencia de la economía política, deja afuera la otra mitad de la realidad. El hecho de tratar la fuerza de trabajo solamente como elemento del capital, según Marx, provoca desde el punto de vista técnico una limitación y también una deformación interna al sistema que se construye. Para Marx, por consiguiente, el análisis sociológico socialista (entendido como ciencia política, porque es una observación que pretende superar esta unilateralidad y comprender la realidad social en su integridad) está caracterizado por la consideración específica de las dos clases fundamentales que la constituyen. Desde este punto de vista, subrayo nuevamente el carácter sociológico del pensamiento de Marx que rechaza la individualización de la clase obrera a partir del movimiento del capital, es decir, afirma que no es posible remontarse automáticamente del movimiento del capital al estudio de la clase obrera: sea que opere como elemento conflictual y por lo tanto capitalista o como elemento antagónico y por lo tanto anticapitalista, la clase obrera exige una observación científica absolutamente aparte.

Por consiguiente, creo que desde este punto de vista el fin de la sociología en la tradición marxista es un índice de involución del pensamiento marxista.

Me detengo un momento sobre este punto.

La historia cultural de los últimos veinte años nos presenta un gran desarrollo de una sociología externa al pensamiento marxista, de la tradición y también del pensamiento marxista. No obstante, es necesario decir que quien posiblemente puede ser considerado como el personaje más importante de la historia de la sociología, es Weber, y él, evidentemente, ha tenido en cuenta de manera muy seria el pensamiento marxista. Esta, creo, es una de las cosas sobre las cuales valdrá la pena profundizar y dedicar estudios por parte de los “QR” porque es un nudo que debemos alcanzar a individualizar bien en todas sus características.

La sociología burguesa, por consiguiente, se ha desarrollado, según yo, hasta el punto de presentar características de análisis científico que superan al marxismo. (Algunas cosas que he dicho sirven tal vez como filón muy general para esclarecer esta especie de historia). Se puede arriesgar una hipótesis en el lenguaje marxista, que el capitalismo, habiendo perdido su pensamiento clásico en la economía política como lo ha perdido (vean: crisis de la economía moderna, crisis de la economía subjetiva, etc. e intentos, más o menos incompletos de retomar la veta de la tradición del pensamiento clásico en la economía) haya encontrado en cambio su ciencia no vulgar en la sociología. Una hipótesis de este género permitiría también indagar las raíces objetivas de este hecho, que posiblemente tiene una connotación inicial muy general en el hecho de que, mientras en un primer momento el capitalismo necesita sobre todo indagar sobre su propio mecanismo de funcionamiento, en un segundo momento, cuando ha madurado, tiene necesidad

por el contrario de organizar el estudio del consenso, de las reacciones sociales que se establecen sobre este mecanismo. Esto evidentemente llega a ser tanto más urgente para el capitalismo cuanto más se desarrolla y pasa a la fase superior, a la fase de planificación cuanto más se libera (como determinante) de las relaciones de propiedad y funda cada vez más su estabilidad y poder en la creciente racionalidad de la acumulación.

Esto no significa en absoluto, según yo, que la sociología sea una ciencia burguesa, más bien significa que nosotros podemos usar, manejar, criticar la sociología como Marx hacía con la economía política clásica, es decir, viéndola como ciencia limitada (y es evidente que, en la investigación que estamos proyectando, están contenidas todas las hipótesis que han surgido en el marco de la sociología común) –pero, no obstante, aquello que dicha ciencia ve en su conjunto, es verdadero, esto es, no falsificado– en sí, sino es más bien algo limitado, que provoca deformaciones internas; pero ella conserva, sin embargo, aquello que Marx consideraba el carácter de una ciencia, es decir, una autonomía que soporta un rigor coherente, científico, lógico.

Repito, es necesario tener mucha desconfianza en las confrontaciones con la desconfianza hacia la sociología burguesa: me parece que por ello también la historia del marxismo demuestra cómo, en cambio el punto de contacto se encamina con este desarrollo del pensamiento político revolucionario. Como, además esta historia se agrava a través de las políticas de factura estalinista es algo que no debe ser ni siquiera demostrado, porque es obvio que, en la gran mistificación soviética del pensamiento estalinista, era una medida higiénica elemental crear una especie de cinturón en las confrontaciones de la sociología: esto era absolutamente

indispensable. Puede ser más o menos remitido a los orígenes este hecho, pero es un hecho histórico evidente.

Es necesario agregar también que el pensamiento marxista como sociología era un tema muy apreciado por Lenin, que de joven trató como sociología las obras de Marx: Él dice explícitamente que las trata como tales, y creo que en ésta como en muchas otras cosas, Lenin tenía perfectamente razón. Antes de hacer alusión a un aspecto de la sociología contemporánea, que según yo debe verse críticamente con mucho rigor y fuerza, quisiera señalar la relación que se puede establecer entre la utilización de la investigación sociológica y el marxismo. Este es un tema, creo yo, que en el fondo traíamos desde el nacimiento de los “QR” y no habíamos jamás desarrollado profundamente; lo habíamos afirmado, pero en realidad no lo habíamos razonado rigurosamente.

Subrayo una cuestión a la cual me había referido con anterioridad: que la dicotomía social frente a la cual nos encontramos comporta un nivel de indagación científica muy alto, tanto por lo que respecta al capital, como por lo que se refiere al elemento conflictual y potencialmente antagónico que es la clase obrera.

Yo diría que el método de investigación, desde este punto de vista, es una referencia política permanente para nosotros, aparte de que se debe exponer además un hecho específico, en ésta o aquella investigación; ello significa el rechazo de extraer del análisis del nivel del capital el análisis del nivel de la clase obrera. Significa, en sustancia, que queremos repetir la proposición de Lenin que el movimiento político obrero es el encuentro del socialismo con el movimiento espontáneo de la clase obrera. Dentro del movimiento espontáneo de la clase obrera –decía Lenin, con una imagen bastante bella– si no existe encuentro con el socialismo como hecho voluntario,

consciente y científico, existe la ideología del adversario de clase. El método de investigación es, por lo tanto, el método que debería permitir escapar a toda forma de visión mística del movimiento obrero, que debería asegurar siempre una observación científica del nivel de conocimiento que tiene la clase obrera, y debería ser también la vía para llevar este conocimiento a niveles superiores; desde este punto de vista existe una continuidad bien precisa entre el momento de la observación sociológica, conducida con criterios serios y rigurosos, y la acción política: la indagación sociológica es una especie de mediación, sin la cual se corre el riesgo de caer en una visión pesimista u optimista, de cualquier modo absolutamente gratuita, por lo que respecta al grado de antagonismo y de conciencia de clase por parte de la clase obrera. Es claro que esta consideración tiene consecuencias sobre los fines políticos de la investigación, más aun, representa en sí el fin máximo de la investigación misma.

Ahora quisiera abordar dos cuestiones: me parece que es necesario, en la elección de los instrumentos de la sociología contemporánea, realizar efectivamente algunas operaciones críticas, especialmente por lo que se refiere a todos estos aspectos que se denominan micro sociológicos, en los cuales los límites asumidos a priori conducen a grandes deformaciones, en el sentido que no permiten ver conexiones que, por el contrario, podrían quedar al descubierto si los estudios fueran colocados en un ámbito más amplio; en efecto, a menudo en este tipo de investigaciones, que por ejemplo en parte son también antropológicas, los temas han sido elegidos a priori aislándolos de un contexto más amplio, tratando de no ver las correlaciones con tal contexto, y esto conduce a una verdadera deformación en la elección misma. Muy a menudo son electos aquellos temas que pueden ser incluidos en el ámbito de una resolución de los

conflictos, sin embargo, las conexiones que por el contrario pueden existir entre las relaciones sociales analizadas en este campo y una perspectiva antagónica de subversión del sistema, son descartadas *a priori*.

Es evidente que el uso socialista de la sociología requiere de elaboraciones nuevas, precisa que estos instrumentos sean analizados a la luz de las hipótesis fundamentales que se asumen y, que después se sintetizan en una: en el hecho que los conflictos se pueden transformar en antagonismos y no ser por consiguiente más funcionales al sistema (teniendo en cuenta que los conflictos son funcionales al sistema, porque es un sistema que va adelante de los conflictos).

Me parece que en este marco adquiere una importancia fundamental aquello que se mencionaba esta mañana, que es necesario que un aspecto de la investigación sea representada por la llamada “investigación en caliente”, es decir, la investigación hecha en una situación de notable movimiento conflictual, y en esta situación analizar la relación entre conflicto y antagonismo, estudiar de qué manera cambia el sistema de valores que el obrero expresa en periodos normales, cuáles valores se sustituyen a sabiendas de que representan una alternativa, cuáles desaparecen y en qué momentos: porque hay valores que el obrero posee en periodos normales y que no posee nunca en periodos de conflicto de clase y viceversa.

Estudiar esto, particularmente todos los fenómenos que atañen a la solidaridad obrera, y qué relación existe entre solidaridad obrera y su rechazo al sistema capitalista: es decir, en qué medida los obreros son conscientes del momento en que su solidaridad puede ser portadora también de formas sociales antagónicas. Se trata en sustancia de verificar en qué medida los obreros son conscientes de reivindicar, frente a la sociedad desigual, una sociedad de iguales y cuanto son

conscientes de que esto pueda asumir un valor general para la sociedad, en cuanto valor de igualdad frente a la desigualdad capitalista.

Al acentuar los aspectos de la investigación “en caliente” hay una referencia, evidentemente, a una asunción fundamental; que la sociedad antagonica en sí, es una sociedad que no logra jamás homogeneizar por lo menos a uno de los factores fundamentales que la constituye la clase obrera; resulta entonces necesario estudiaren qué medida es posible asir concretamente la dinámica a través de la cual la clase obrera tiende a pasar del conflicto al antagonismo, es decir, a tomar explosiva esta dicotomía de la cual vive la sociedad capitalista; creo por consiguiente, que la formulación del cuestionario por aplicar en estas situaciones amerita una seria atención, y debe ser estudiada muy bien.

Refiriéndome nuevamente a la discusión de esta mañana, quisiera agregar otra cuestión particularmente importante: sobre la base de la transformación fundamental del capitalismo, es decir, sobre la base del pasaje del capitalismo a la planificación, la investigación debe tener en cuenta los procesos de burocratización, en cuanto que estos tienen un referente real, esto es, el pasaje del capitalismo a la planificación y por lo tanto la importancia decreciente de la relación de propiedad como base del capitalismo y la importancia creciente por el contrario de la racionalidad en la acumulación. Así son vistas las transformaciones de la clase obrera: esencialmente bajo el perfil de las nuevas relaciones que se establecen entre obreros y técnicos de la constitución de nuevas categorías, y de las transformaciones en la composición de la misma clase obrera.

Me parece que estos dos aspectos son preeminentes: por un lado, la verificación en situaciones de lucha de los dos niveles, por el otro las tendencias provocadas en la conciencia de

EL USO SOCIALISTA DE LA INVESTIGACIÓN OBRERA

la clase obrera y de los técnicos por las transformaciones de su estatus.

Me parece que la investigación debe tener presente un cierto cambio que se ha producido históricamente en las relaciones capitalistas, por lo cual esquematizando podemos decir: hay una inversión de la relación entre riqueza y poder; mientras en el capitalismo clásico la riqueza es el fin y el poder es un medio, esta relación en el curso del capitalismo tiende a invertirse y el poder tiende a someter a la riqueza, esto es, la riqueza deviene un medio para incrementar el poder.

Esto evidentemente provoca severos cambios estructurales en todas las relaciones sociales.

Ahora bien, pueden llamar investigación; si estos son dos aspectos preeminentes, aun no se pueden llamar todavía en sentido específico dos fines de la investigación; por el contrario, los fines de la investigación se pueden resumir esquemáticamente de la siguiente manera: tenemos fines instrumentales evidentemente muy importantes que están representados por el hecho que la investigación es un método correcto, eficaz y políticamente para entrar en contacto con los obreros individuales y grupos de obreros; esto es un fin muy importante: no sólo no hay una desviación, una dispersión y una contradicción entre la investigación y este trabajo de construcción política, sino que la investigación aparece como un aspecto fundamental de este trabajo de construcción política. Más aun, el trabajo al cual la investigación nos obligara, es un trabajo de discusión también teórica entre los compañeros, con los obreros, etc., es un trabajo de formación política profundo y la investigación es, por consiguiente, un instrumento óptimo para proceder a este trabajo político. Hay además otros fines políticos de la investigación: me parece que es decisivo, a fin de suprimir la ambigüedad todavía existente

de manera notable en la formación teórica, es decir en la teoría que están elaborando los “QR”, desde el momento en que (como varios compañeros han admitido), muchos elementos de este bosquejo de teoría son recabados solamente por antítesis, esto es por la crítica a las posiciones oficiales, o por la crítica de los desarrollos que ha tenido el pensamiento del movimiento obrero, pero no están fundados positivamente, es decir, no están empíricamente fundados a nivel de clase. En ausencia de la posibilidad de verificación política en sentido estricto, en la cual todavía el rigor de la indagación sería siempre fundamental, pero evidentemente nos daría elementos microscópicos, pruebas documentales incontrovertibles, el trabajo de indagación realizado de esta manera es el trabajo en cierto sentido más importante que podemos hacer, es decir, el trabajo que asegura también el nexo entre teoría y práctica que hoy parece escaparnos por razones objetivas.

Esto es un fin permanente que debería ser perseguido siempre y que en sustancia representa un aspecto fundamental de método de nuestro trabajo.

Otro objetivo importantísimo está constituido, finalmente, por el logro de una dimensión europea en el trabajo.

La confrontación realizada mediante la indagación de varias situaciones europeas nos debería proporcionar no solo a nosotros, sino también a los compañeros franceses y alemanes, elementos bastante importantes para definir la posibilidad o no, y sobre qué bases, sería posible la unificación de las luchas obreras a nivel europeo.





Raniero Panzieri,
Orígenes del El Obrero Italiano:
Control sobre el Proceso de Trabajo, Sindicato, Partido y Estrategia
del Movimiento Obrero
se terminó de imprimir en enero de 2021
el tiraje consta de 1 000 ejemplares

